

FRAN CAZORLA

DÉJAME
CONTAR
LAS
PECAS
DE TU
CARA

DÉJAME
CONTAR
LAS
PECAS
DE TU
CARA

DÉJAME CONTAR LAS PECAS DE TU CARA

© 2018, Fran Cazorla Crespo

© Diseño de cubierta y maquetación: Editorial SoldeSol

Corrección: Ana Elisa Naranjo García

EditorialSoldeSol.com

Plaza Admón. Vieja 1, 1ª Izquierda. 04003, Almería

Abril 2018

ISBN: 978-84-948184-1-7

Depósito Legal: AL 672-2018

Impreso en España

Los derechos de este libro quedan reservados a su autor. Puede dirigirse a ella para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

A mis amigos, esa familia que no comparte sangre,
pero sí todo lo demás.

PRÓLOGO

«Juventud, divino tesoro». Lo reconozco. Soy un amante de las citas pero pocas son tan sabias como ésta de Rubén Darío, extraída de su poema «Canción de otoño en primavera». En una época en la que se frivoliza con la juventud y en la que el amor adolescente ha quedado relegado al olvido de los que nacimos en los setenta, encontrar una novela como «Déjame contar las pecas de tu cara» significa para mí el reencuentro con aquellos tiempos en los que una aventura podía ser mucho más que un simple juego y en los que la mirada vivaz de la chica de tus sueños te sorbía el alma y detenía tu corazón para luego ponerlo en marcha con un simple suspiro de amor.

Fran Cazorla nos enseña, una vez más, que no hay que ser un adolescente para soñar con el amor verdadero, con la pureza de la juventud y el sentir de dos seres que se ven capaces de superar esos pequeños avatares de la vida. La diferencia de edad tan solo es un obstáculo si permitimos que lo sea y si el sentimiento que nació de dicho amor no es capaz de romper cadenas y derribar los muros que nos niegan esa felicidad.

Mike sabe lo que es luchar y se deja llevar por la juventud que recorre sus venas y que alimenta su corazón al tiempo que Luly se nos muestra como

una estudiante modelo pero con tal sensibilidad y dulzura que el alma de su profesor de Literatura deseará bailar una danza de amor entre las paredes de San Servolo.

Y, por si todo ello fuera poco, la preciosa historia de amor se ve regada con un sinfín de detalles que la vuelven inolvidable. Un entorno idílico en el que perderse, amigos que darían lo que fuera sin tan siquiera pensarlo, historias que nos conmueven y que nos muestran el alma de quienes las viven y un misterio a desvelar que puede llegar a cambiar la vida de los protagonistas.

Cierra los ojos un instante antes de comenzar a leer esta preciosa aventura e intenta imaginar cómo sería vivir un amor adolescente sin pensar en nada más. Vuelve a abrirlos, pasa la página y descubre que Fran Cazorla decidió ayudarnos a crear este milagro el día en el que su mente fraguó «Déjame contar las pecas de tu cara».

Javier Romero, escritor

**Déjame contar
las pecas de tu cara**

I

Aquella joven sonreía alegremente mientras jugaba a las cartas con sus

amigos en una mesa de la cafetería. En aquel lugar idílico junto al embarcadero, en pleno centro de ocio de la ciudad, donde a través de la cristalera de la terraza podía verse el oleaje empujando el agua hacia los muelles, sus ojos no podían huir y dejar de mirar a aquella chica; y eso que ponía todo su empeño en no dirigir la vista hacia ella.

En un receso de la partida, la muchacha se estiraba en el respaldo de la silla y, con toda naturalidad, sacaba de su bolso un pequeño bloc de cuero color rosa y lo dejaba encima de la mesa. Después sacó un bolígrafo y se dispuso a anotar algo en las hojas del interior. Por un rato estuvo escribiendo a la vez que participaba en la conversación de la mesa.

—No deberías mirarla de forma tan descarada. Se va a dar cuenta — comentó Sack mientras daba un sorbo a su taza de té.

—¿Quién?, ¿yo? Eh...Esto... No miraba a nadie.

—Vamos, Mike, no me chupo el dedo. Cada vez que quedamos aquí, te quedas embobado mirando a esa niña...

—Tampoco es que sea una niña. Está ya en la universidad...

—Para ti sigue teniendo seis años menos que tú, es decir, una niña.

—Bueno, ¿nos vamos? —Cortó de forma tajante la conversación—. Hay mucho por hacer esta tarde.

—Venga, sí, vámonos antes de que lo pongas todo perdido de babas...

—Hoy estás gracioso, ¿eh?

—Salgamos, anda.

Al salir por la puerta de la cafetería, Mike se dio cuenta de que la chica estaba mirando hacia ellos. Se sorprendió al notar cómo un suave calor abrazaba su rostro. Se había sonrojado al percatarse de que lo miraba. Cuanto más pensaba en ello, más avergonzado se sentía, así que aceleró para marcharse de allí lo antes posible; comenzaba a sentirse bastante incómodo con aquella situación y no alcanzaba a comprender el porqué. De todos modos, el periodo veraniego llegaba a su fin, y, al día siguiente, comenzaría su nuevo trabajo.

Mike soñaba desde pequeño con ver mundo, salir de Venecia y recorrer otros lugares, otros países, descubrir mil cosas y conocer a personas de toda índole. Era solo un sueño, él sabía bien que era muy difícil y que, aunque salvara las complicaciones, en el fondo de su ser sentía miedo, pánico de abandonar la seguridad de su mundo, de esa vida que había creado a su medida desde pequeño. Ahora tenía ante él la posibilidad de dar el primer paso para lograr su sueño. No se iba lejos, pero al menos saldría de ese

pequeño círculo en el que se encontraba encerrado. A veces le costaba creer que había dado el sí cuando le propusieron cambiar de lugar de trabajo y de residencia. Después de cuatro años dando clase en la universidad, le habían ofrecido formar parte de la prestigiosa nómina de profesores de la Venice International University. Pocos eran los privilegiados que conseguían acceder a esa institución, y menos aún eran a los que iban a buscar de forma expresa para unirse a ellos. La sola proposición ya era un honor, y, por tanto, irrechazable. Profesor de Literatura en la VIU, un sueño al alcance de muy pocos.

Mike había oído innumerables historias sobre la universidad. El emplazamiento se encontraba arropado por un manto de leyendas y sucesos que avivaban la atracción, junto con su enclave geográfico: la isla de San Servolo, al este de la ciudad de Venecia, una preciosa isla donde se yergue un impresionante campus universitario. El núcleo de la universidad estaba ubicado en un viejo edificio de principios del siglo VIII, en su origen un monasterio, dedicado con posterioridad a hospital psiquiátrico, y universidad ahora. Pero aquel hermoso lugar escondía más secretos de los que jamás nadie sospecharía, y él estaría allí para conocerlos si le era posible. Todo a su debido tiempo. Había aprendido a ser paciente.

Aquella tarde no tenía rehabilitación. Marcus, su fisioterapeuta, estaría todo el día fuera y no podía darle sus dos horas de ejercicios. Tampoco es que ocurriera nada por pasar un día sin rehabilitación, ni era el fin del mundo ni perdería avances significativos, lo único cierto era que no estaba habituado a tener toda una tarde libre; lo ponía algo nervioso el no saber qué hacer esas dos horas. Decidió hacer algo diferente esa tarde. Pasó de ir al museo o a la biblioteca para quedarse ensimismado con cada una de las obras o libros que viese, haría algo diferente: tuvo la genial idea de acercarse a San Servolo para conocer más de cerca su futuro lugar de trabajo.

Recorrió despacio las estrechas calles adoquinadas que iban desde su casa hasta el embarcadero de la calle Fonti. Acababa de mirar en su *smartphone* el número de embarcación que hacía el trayecto hasta la isla; tan solo tendría que esperar a que llegase, a lo sumo media hora, no más.

El transporte apareció por el fondo del canal en menos tiempo del esperado, apenas llevaba unos minutos allí cuando escuchó el tintineo de la barcaza que se acercó lentamente hasta detenerse a centímetros del embarcadero.

—¿Necesita ayuda, señor? —preguntó con amabilidad el barquero.

—No es necesario, me las arreglo yo solo, pero gracias de todos modos.

No era difícil acceder a aquel transporte, pero era de agradecer encontrar personas amables de vez en cuando. Y como acostumbraba, nada más subir se dirigió hasta la parte de popa. Por lo general era donde más espacio había, y, además, allí estaban siempre las mejores vistas. Lo que más buscaba era la paz y la soledad, además de la visión que se dejaba apreciar al pasar la estela del barco. Y así transcurrió el viaje. No miró su reloj, pero calculó mentalmente que habían tardado unos veinte minutos en hacer el trayecto que separaba San Servolo de tierra firme.

Al descender del barco se sintió como aquellos primeros exploradores que llegaban a un lugar desconocido, deseosos de aventurarse en los secretos que encerraba.

La isla era más grande de lo que imaginaba; los edificios, cuatro en total, eran majestuosos, y el más antiguo de ellos era imponente: el viejo monasterio que levantaron los benedictinos allá por el siglo XII, el mismo edificio que siglos después se convertiría en el gran manicomio de Venecia. Le fascinaba la historia de todo aquel lugar. El antiguo sanatorio mental cerró y se reconvirtió en una parte de la universidad, la más antigua. Se decía que parte de las instalaciones del manicomio se habían conservado y restaurado como fueron en su origen, como parte de un proyecto-museo de conservación de la historia. Para Mike aquella decisión era fascinante y más que acertada, claro que todo aquello eran rumores y suposiciones que había estado escuchando desde hacía tiempo. Lo cierto era que en ningún lugar había constancia de aquello. O era mentira, o lo guardaban en secreto.

Mike se adentró en la isla por un camino de gravilla que se dirigía a un bonito parque.

Los primeros que se encontró eran los de más reciente construcción, grandes, modernos, eficientes; pero apagados, sin vida, sin historia. Mike prefería los edificios clásicos, los antiguos, aquellos que se habían construido con tiempo y esfuerzo, y albergaban entre sus gruesos muros tantas historias que haría falta más de una vida para poder conocerlas.

En la comparación arquitectónica entre siglos estaba cuando, al salir del parque y los árboles lo dejaron ver, divisó lo que buscaba: el antiguo monasterio benedictino, una auténtica obra de arte.

Una voz lo sacó de su absorto mundo:

—Disculpe, señor, ¿puedo ayudarle? —un hombre alto y espigado que iba de uniforme le hablaba desde atrás.

—Buenas tardes. No se preocupe, solo he venido a mirar y a dar una vuelta.

—Está todo cerrado, señor. Esto es una propiedad privada. Mañana comienza el curso académico, no hoy; no pueden estar aquí personas ajenas a la institución.

—Lo entiendo perfectamente. Mañana empiezo a trabajar aquí yo también como profesor —dijo llenándose de orgullo mientras pronunciaba sus palabras.

—¿Y no puede esperar a mañana para comenzar a trabajar? —soltó riendo el vigilante—. Debe de ser usted de las pocas personas a las que agrada que comience el curso.

Mike sonrió mientras alargaba su brazo para invitar a su interlocutor a estrecharle la mano.

—Me llamo Mike. Y no, no tengo tanta prisa por comenzar, eso se lo aseguro. Solo quería conocer un poco este lugar y no parecer mañana un pardillo que se ha perdido.

—Soy Anton —contestó el vigilante estrechando la mano de Mike—. Soy el Guardián de San Servolo, como me apodan cariñosamente por aquí.

—Es un placer, Anton. La verdad es que este sitio es impresionante, más de lo que había oído.

—Cierto —hizo una pequeña pausa para mirar a Mike—. Ya que no es ajeno a la institución, si quiere puedo hacerle de guía un rato, así mañana parecerá un nativo...

—Eso sería estupendo, Anton, pero no quiero importunarle.

—Será un placer. Además, no se imagina lo aburrido que es este trabajo cuando todo el mundo se va de vacaciones.

Mike se echó a reír mientras asentía con la cabeza. Parecía un tipo bueno el Guardián de San Servolo.

—Ahora, eso sí, le tengo que decir que este suelo no me gusta nada en absoluto —dijo Mike.

—Es molesto incluso para mí —contestó Anton con gracia—, así que imagino que a usted le gustará menos aún.

—De tú, por favor...

—De acuerdo, Mike. Lo mismo digo.

Los dos hombres sonrieron y continuaron avanzando hacia el edificio más antiguo de la isla. Anton se había percatado de que aquello era lo que más atraía a su nuevo amigo. La forma de mirar hacia el viejo hospital

psiquiátrico le daba a entender a las claras que lo que más le llamaba la atención era lo que antaño había sido un viejo monasterio. Por su parte, Anton prefería la historia del manicomio, era mucho más atrayente.

—Anton, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro que sí. ¿Por qué no ibas a poder hacerlo?

—Porque no sé si la pregunta es alto secreto o no.

Anton se detuvo y miró sonriente a Mike.

—¿Alto secreto?

—Ya me entiendes, eres un tipo listo —halagó Mike al vigilante.

—Sí, creo que te entiendo. —Una risa se escapó de su boca—. Pero vamos, que tampoco es para tanto.

—Entonces... ¿es cierto?

—Unas cosas sí, y otras no. Depende de lo que hayas escuchado.

—La parte del psiquiátrico...

—A ver... Es cierto que hay un ala del edificio que está como antes. Un día de estos puedo mostrártela. Lo de los fantasmas y todo eso... Yo te puedo decir que no he visto nunca nada raro ni me ha pasado nada extraño en los años que llevo aquí.

—Es decir, que la historia es cierta al cincuenta por ciento, ¿no? —Mike reía mientras reanudaban la marcha.

—Más o menos.

—Me encantaría ver esas instalaciones. ¡Qué digo! Me gustaría ver todo este lugar, me parece fascinante.

—Por eso no hay problema, uno de estos días te hago de guía por toda la isla.

—Gracias, Anton, estaría en deuda contigo.

—De eso nada. Estaré encantado.

La plaza llegaba a su fin a medida que el viejo edificio iba surgiendo de forma espectacular a la vista de los dos visitantes. Su aspecto era imponente.

—¿Conoces la historia, o necesitas que te la cuente? —dijo Anton con la vista fija en Mike.

—Algo sí, pero poco. Prefiero que me ponga al día un experto.

—¿Experto yo? —Anton se echó a reír a carcajadas—. Yo solo sé lo básico de historia. Más adelante te iré contando las anécdotas y detalles que no salen en los libros.

—Esa es la historia que a mí me interesa.

—A todo esto, aún no te he preguntado de qué eres profesor. ¿No

vendrás a dar clases de Historia, verdad?

—¡Ah, no! —Mike sonrió—. Me gusta la historia, pero soy profesor de Literatura.

—Hum... Literatura, una asignatura que por aquí no tiene demasiados adeptos, creo.

—Espero poder despertar el interés de mis alumnos...

* * *

No podía negar que se encontraba nervioso ante su primer día de clase en aquella prestigiosa universidad. Respiró hondo y se miró al espejo. «Siempre me pasa lo mismo al comenzar el curso. Es normal en mí», se decía mientras terminaba de peinarse. Salió de casa muy temprano, quería llegar con antelación al trabajo. Prefería que no hubiera ningún contratiempo el primer día, era mejor comenzar el curso con buen pie.

El primer día y tenía la jornada partida: cuatro horas por la mañana y dos por la tarde. Era un pequeño engorro que lo obligaría a almorzar tres veces por semana en el campus.

Esa mañana no disfrutó del viaje en barco como solía, estaba nervioso y no alcanzaba a entender el porqué. No era la primera vez que se ponía delante de un grupo de alumnos, sí la primera que lo hacía ante mayores de edad; esa debía de ser la razón, nunca había dado clases a chicos tan mayores. Debía concienciarse de que ya no eran niños y podían ponerlo en más de un aprieto, y más aún cuando lo vieran entrar al aula. Los adolescentes solían quedarse en silencio, pero un chico adulto podía llegar a ser bastante impertinente. «¡No! Estoy preparado», se espetó de manera firme antes de descender del barco. Ya estaba allí.

Recorrió despacio el camino empedrado hasta llegar al parque. Era temprano, pero ya había bastante bullicio por el campus. Las clases comenzaban a las nueve, aunque, por alguna extraña razón, había un gran número de alumnos.

Mientras avanzaba, advirtió cómo las miradas se posaban en él. Intentó colarse en la mente de los *voyeurs*: «¿Sería un alumno nuevo?, ¿un profesor?, ¿alguien que se había perdido?».

Giró rumbo al edificio más nuevo del complejo; sabía bien a dónde dirigirse gracias al bueno de Anton. Al entrar y preguntar en el mostrador, el amable conserje le indicó que debía dirigirse al final del pasillo. Una placa

mostraba que aquel era el despacho del rector, el ilustrísimo señor don Fabrizio Bertolini Di Ricci. Mike tocó con decisión y esperó a que alguien contestase. La respuesta se demoró unos instantes, pero finalmente un «adelante» le indicó que el momento había llegado.

—Buenos días, señor Bertolini. ¿Puedo?

—Buenos días. Usted debe de ser el señor De Luca. Pase y siéntese un momento, enseguida cuelgo.

Mike tomó asiento en una de las dos grandes butacas que había frente a la ostentosa mesa victoriana de madera maciza que ocultaba al rector. A los pocos segundos, el señor Bertolini colgó el teléfono y lo miró fijamente.

—Es un orgullo decirle que nos encanta que este curso trabaje con nosotros, señor De Luca. Soy el rector, Fabrizio Bertolini, para lo que usted necesite.

—Es un placer, señor Bertolini. Créame que el honor es mío. Es un sueño que se ha hecho realidad.

—Confío en que encuentre satisfactoria esta universidad, y, para cualquier cosa que necesite, mi despacho estará siempre abierto. ¿Deseando comenzar a impartir sus clases?

—Lo cierto es que sí. Un poco nervioso, pero con muchas ganas, señor.

—Eso me gusta, señor De Luca. —El rostro de satisfacción del rector era más que evidente—. Diríjase al viejo edificio y en Secretaría le informarán de cuál será su aula y sus horarios. Siento mucho no poder haber avisado al claustro, pero hemos tenidos ciertos problemas técnicos y logísticos, y hemos tenido que improvisar algunos aspectos. Le ruego que nos disculpe.

—No importa, señor Bertolini. Sigo sintiéndome muy halagado. —Se levantó y ofreció su mano para ser estrechada—. Si le parece bien, me pongo a trabajar enseguida.

—Ese es el espíritu que buscamos en esta universidad. —El rector se incorporó también y estrechó su mano con la de Mike—. Mucha suerte.

* * *

Al llegar a la entrada del viejo edificio, se encontró con Anton.

—Buenos días, Mike, ¿qué tal lo llevas?

—Buenos días. No se lo digas a nadie, pero estoy un pelín nervioso.

—¿En serio? Yo creía que eran los alumnos los que se ponían de los

nervios el primer día de clase. —Anton reía con ironía.

—Ellos saben que hoy es el día de las presentaciones, de comentar por encima la asignatura y el programa para el curso que comienza —contestó Mike con sonrisa nerviosa—. Hoy es uno de sus mejores días.

—Tú a por ellos, no dejes que puedan contigo.

—No lo haré. —Rio.

—¿Recuerdas dónde estaba Secretaría?

—Lo recuerdo a la perfección... —añadió Mike.

—Suerte. Ya me contarás luego. —Anton se despidió de él y continuó sus quehaceres.

Mike llegó hasta la ventanilla de Secretaría, dejó su carpeta y un libro sobre el mostrador, y se quedó mirando a la señora mayor que estaba sentada ordenando una pila de papeles. En cuanto lo vio, alzó la cabeza para mirarlo.

—Buenos días, joven, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Buenos días. Me llamo Mike y comienzo hoy aquí.

—Bien. —La señora cogió un archivador que tenía cerca y lo abrió—. Dime qué carrera y qué curso estudias este año.

—No, no. —Mike se dio cuenta de la confusión—. Me refiero a que comienzo hoy, pero a trabajar aquí. Soy profesor de Literatura.

—¿Cómo? —La cara de sorpresa de la mujer era evidente—. ¿No es demasiado joven?

—Le agradezco el halago, señora, pero ya no soy tan joven. —Mike esbozó una gran sonrisa—. ¿Y usted se llama...?

—Me llamo Sofía, soy la secretaria del centro desde ya ni recuerdo —contestó la señora con media sonrisa—. Mucho gusto, Mike. No es muy habitual ver a personas jóvenes por aquí que no sean alumnos, por eso te he tomado por uno de ellos.

—¿No hay profesores jóvenes? —Mike se sintió por un momento más halagado todavía. Si ya había sido una sorpresa que le ofrecieran aquel puesto, lo era aún más que le dieran esa oportunidad siendo tan joven.

—De todo el profesorado, solo hay una persona que está por debajo de los cincuenta: la señorita Vecci. Y creo que ya ronda los cuarenta y dos o cuarenta y tres. —El tono con el que lo dijo le dio a entender a Mike que no había mucho *feeling* entre ellas.

—Vaya, me siento un privilegiado. —Mike sonreía mientras miraba de forma atenta a Sofía, que rebuscaba entre unos papeles.

—Mike De Luca, ¿no? —preguntó y continuó sin dejar contestar al

muchacho—. El nuevo profesor de Literatura. A ver... Tu primera clase comienza dentro de veintidós minutos en la planta segunda, aula Julio César. Sí, exacto: segundo de carrera.

—Perdón. ¿Aula qué?

—No te asustes, Mike. Aquí las aulas, en vez de números, llevan nombres de personajes importantes de la historia.

—Ah, vale. Algo muy interesante, la verdad. —Mike se echó un poco hacia adelante, como queriendo acercarse a Sofía y comentarle algún secreto—. ¿Son buenos los chicos de ese curso?

—¿Buenos en qué sentido? —La vieja señora intentaba aguantarse las ganas de reír a carcajadas.

—Ya sabe, buenos chicos, que no den problemas y se porten bien...

—Son jóvenes de menos de veinte años, ¿cómo esperas que sean? Te encontrarás de todo, ahí entra tu maestría a la hora de ganártelos o no.

—Ya veo. —Mike suspiró.

—Eres joven, seguro que les caes bien. —Sofía se percató del nerviosismo del nuevo profesor y trató de quitarle importancia—. Consigue engancharlos a la asignatura y te los ganarás en un par de días, estoy segura de ello.

—Eso espero. Muchas gracias, Sofía. Ha sido un placer conocerte. —Se marchó en dirección a las escaleras.

—¡Suerte, Mike! —gritó la señora mientras el chico se alejaba.

Mike se quitó la americana y, con ella en el brazo, subió las majestuosas escaleras de mármol peldaño a peldaño, dándole vueltas en la cabeza a cómo debía entrar en el aula, cómo debía presentarse, en qué tono debía hablarles. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Iba a llegar con el tiempo justo, y ya se notaba por los pasillos el rumor y el bullicio de los alumnos buscando sus clases. El momento había llegado.

II

—¡Venga ya! —refunfuñó Alessandra cuando su amiga mostró una vez más las cartas ganadoras—. Podrías perder alguna vez, ¿no?

—Sabes que es la suerte la que habla, no yo...

—Sí, pero podrías dejarte ganar de vez en cuando. Anda, *porfi, porfi, porfi...* —Alessandra trató de poner cara de pena.

—Eso no te va a funcionar, y lo sabes. —Luly miraba con atención las payasadas que hacía su amiga—. Y que sepas que no te pareces nada nada al

gato de *Shrek*.

Las carcajadas inundaron la mesa, Alessandra le dio una patadita por debajo a su mejor amiga y después se echó a reír con el resto. Aquella tarde estaban disfrutando de su último día de vacaciones y habían quedado en reunirse, como siempre, en el viejo café del paseo marítimo. Para no romper la tradición que mantenían desde el instituto, antes de comenzar el curso tramarían algo para divertirse a costa de algún profesor.

—Me he enterado de que este año tenemos *profe* nuevo de Literatura — Jerom inició el cambio de tema—. Este año podríamos gastar la broma al novato, ¿no os parece?

—¿*Profe* nuevo? —Claudio se giró hacia su amigo—. No me digas que el señor Moretti se ha jubilado al fin.

—Eso parece. —Jerom reía porque sabía que a Claudio nunca le había gustado demasiado el viejo profesor de Literatura.

—Bueno, en realidad ya le iba tocando, ¿no? Que parecía que cualquier día se moriría de viejo al lado de la pizarra —Alessandra sacó una vez más su terrible humor negro.

—No seáis así, chicos —Luly tomó la palabra mientras buscaba algo en su bolso—. El señor Moretti tendrá sus cosas, pero a mí me cae bien.

—Claro... —Claudio la miró fijamente—. Eras su ojito derecho, la empollona, la única que le prestaba atención en clase.

—Pues sí. Me gusta esa asignatura, qué le voy a hacer... —Luly sacó su pequeña libreta rosa y un bolígrafo, y se puso a anotar algo en sus hojas.

—¿Alguna idea interesante? —le preguntó Alessandra.

—Así es, voy a apuntar unas cosas sobre un personaje; ya sé cómo quiero que sea el chico perfecto. —Luly miró a su amiga con una sonrisa de oreja a oreja, y entonces se dio cuenta de que un hombre estaba mirando hacia ella.

—Vale, ya me contarás luego —le respondió Alessandra.

—Mujeres... —Jerom y Claudio suspiraron y hablaron a la vez, como si lo hubieran estado ensayando toda la vida.

Luly observó cómo los dos hombres se levantaban de la mesa después de dejar algo de dinero en el platillo de la cuenta y se dirigían a la puerta. El más joven la sostuvo un momento mientras daba paso a su amigo. En ese mismo instante sus miradas se cruzaron. Ella decidió seguir con los ojos clavados en los de él todo lo que fuera posible, pero no fue necesario demasiado esfuerzo, a los pocos segundos notó cómo comenzaba a sonrojarse

y se apresuraba a salir de la cafetería tras su compañero. Luly dejó escapar una sonrisa mientras su mirada parecía ausente y sus amigos la miraban con cara de extrañeza.

—Luly, ¿te encuentras bien? —le dijo Jerom—. ¡Eh!, ¡vuelve a nuestro mundo, chica!

—¿Qué? —Luly reaccionó y los miró atenta—. ¿Y bien?, ¿qué broma le gastamos al *profe* nuevo?

—Pues aún no había pensado nada, esperaba que vosotros tuvierais alguna idea en mente —Jerom se dirigió a sus compañeros moviendo los brazos con las palmas hacia arriba.

—¿Nosotros? —Alessandra frunció el ceño mientras lo miraba—. Eres tú el estratega de todos los años, ¿no?

—Siempre yo... —Jerom suspiró resignado.

—Venga, si sabes que te encanta. —Luly le lanzó un guiño adulator.

—Bueno, la ventaja está en que es nuevo, por lo que, hagamos lo que hagamos, no se lo esperará. —La mente de Jerom comenzaba a carburar.

—Ya se te ha ocurrido algo, ¿verdad? —Alessandra lo miraba con atención tratando de adivinar qué pasaba por aquella retorcida mente.

—Dejadlo en mis manos, chicos —contestó Jerom simulando una sonrisa forzada a lo Joker—. Os aseguro que recordará el primer día de clase el resto de su vida.

—Tampoco te vayas a pasar, ¿eh? —Luly se quedó mirándolo con cierta preocupación. Lo conocía desde siempre y sabía que era capaz de cualquier cosa.

Los chicos continuaron con su partida de cartas un rato más hasta que decidieron volver a sus casas y prepararse para el día siguiente, sobre todo las chicas, que querían además ir de compras para tan señalada ocasión. Los chicos, en cambio, solo pensaban en irse a casa y ponerse a ver la televisión, coger el ordenador, o simplemente jugar a la consola.

* * *

—¿Y bien? A ver, cuéntame cómo es el chico perfecto que algún día será el protagonista de la gran novela escrita por la guapa, atractiva e inteligentísima escritora Lucila Wallace. —Alessandra calló de repente y siguió andando hacia la tienda de ropa, consciente de que Luly la miraba con los ojos entrecerrados y llenos de ira—. Perdona, se me ha escapado.

—Sabes de sobra que no me gusta que me llames así —reprendió Luly—. Que no me gusta que nadie me llame así. Ni mis padres siquiera.

—Que vale, Luly, que vale, que lo siento, de verdad; se me ha escapado sin querer. No sé por qué te pones así, si tampoco está tan mal.

—Tú sigue tentando a la suerte y ya verás.

—No me cambies de tema, que a mí lo que me interesa es lo del chico perfecto ese.

—¿De veras que no te has dado cuenta de los dos tíos que había sentados al fondo?

—¿Qué? —dijo Alessandra con sorpresa—. ¿Me estás diciendo que el supuesto chico perfecto estaba en la misma cafetería que nosotras?

—No sé si será el hombre perfecto, porque no sé cómo es en persona, pero que guapo era un rato...

—Anda que ibas tú a decirme algo, ya te vale.

—Y bien, tú que eres experta en moda... ¿Qué tendencia se llevará este curso?

—Shorts muy cortitos y un top bien ajustado. —Luly le echó una mirada poco aprobatoria—. O... un bonito y sencillo mono con unos zapatos coloridos, si te gusta más, por supuesto.

—Me quedo con la segunda opción, la verdad.

—¡Eh, que no me vuelvas a cambiar de tema! ¿Cómo era ese chico?

—Alto, buen cuerpo, de piel morena, con el pelo cortito y negro, y con unos ojazos color miel que derretirían a cualquier mujer.

—¿Y vestía bien?

—Vestía muy bien: vaqueros negros y camisa celeste, se le veía bastante elegante.

—¿Joven?

—Algo mayor que nosotras, creo, pero me ha parecido bastante joven.

—Será algún alumno de traslado, porque a todos los guapos del campus los tengo fichados desde el año pasado. —Alessandra miraba a su amiga haciendo el gesto de controlarlo todo en la universidad.

—Puede ser, o tal vez solo sea un turista o alguien que trabaja por aquí. Tenía pinta de ser una persona culta.

—¿Abogado? —dijo cogiendo su barbilla con el dedo índice y el anular, simulando al pensador—. O quién sabe, a lo mejor es un escritor de éxito...

—Anda, olvida ya a ese chico —le contestó Luly dándole un empujoncito en el hombro—. ¿Qué te parece este?

—Me parece que te va a quedar como anillo al dedo. —Alessandra se acercó para coger la percha y probarlo visualmente sobre el cuerpo de su amiga—. Es un mono precioso. Unos bonitos zapatos rojos y te harás notar el primer día de clase...

—¡No es para presumir, Aless! —le respondió algo indignada—. Me gusta y punto, nada más.

—Haz como si yo no hubiera dicho nada, y listo, renegona...

* * *

El primer día de clase siempre era especial para todo el mundo, tanto para aquel al que no le gustaba eso de volver a las clases, los deberes, los exámenes... como para los que deseaban regresar a la rutina del aprendizaje, el conocimiento y labrarse un buen futuro profesional. Tanto unos como otros disfrutaban del reencuentro con amigos que no veían desde hacía meses, o del mero hecho de conocer gente nueva.

Cuando llegaron, el campus estaba abarrotado de personas. El bullicio y el jaleo reinaban por cada rincón de la isla. Luly y Alessandra caminaban juntas hacia el viejo edificio principal, deteniéndose a cada momento para saludar a sus conocidos. Sus caras reflejaban sentimientos opuestos; estaba claro que Alessandra era de los del primer grupo, y la amplia sonrisa de Luly colocaba a esta en el segundo.

—¿Qué tenemos a primera hora? —preguntó con desidia Alessandra.

—¿No te has molestado ni en mirar los horarios de hoy?

—¿Qué? —Miró a Luly con gesto de incredulidad—. Claro que no, ¿qué tipo de gente mira eso el primer día?

—Gente como yo, por ejemplo. —Luly la miró con gesto divertido—. El primer día ya sabes que es un simple trámite. Debería gustarte incluso a ti.

—A ti te encanta, no puedes evitarlo. El único interés que traigo es el de saber qué habrá tramado Jerom para darle la bienvenida al *profe* nuevo.

—Alguna de sus tonterías, seguro. Ya lo conoces. El misterio se resolverá en cuestión de minutos, la primera clase es Literatura...

—¿En serio? —Alessandra sonrió maliciosa—. ¿En qué aula?

—La Julio César.

—Pues vamos rápido, quiero coger un buen sitio.

—Eres muy mala, ¿lo sabías?

—Pues sí —respondió, dedicándole a su amiga una pícaro sonrisa.

Entraron en el aula saludando a sus amigas y buscando con la vista a Jerom y a Claudio. Los dos estaban ya sentados, juntos, en la columna central de pupitres. Las chicas se acercaron a ellos preguntando solo con la mirada.

—Será algo sencillo, no te preocupes, Luly —dijo Jerom cuando estuvieron a su lado.

—En realidad me importa poco, la verdad —le contestó ella.

—¡Escuchadme todos! —Jerom se levantó y arengó a la clase para que le prestaran atención—. Quiero que estéis atentos. En cuanto el profesor nuevo se presente, voy a simular un ataque de locura, ¿de acuerdo? Y quiero que me sigáis la corriente.

—Y cómo, si puede saberse —preguntó Alessandra.

—Muy fácil: podéis decir que ya tenía antecedentes, que soy muy peligroso... Yo que sé, lo que se os ocurra, pero que salga acojonado del aula. —Jerom reía orgulloso del plan tan sencillo y divertido que había urdido.

Luly y Alessandra se sentaron justo detrás de ellos, aguardando a que fuese la hora. El timbre sonó y, poco a poco, se fue haciendo el silencio en los pasillos. Luly escuchó detrás de ella a varios chicos decir que pasaban de la clase, levantarse y salir del aula por la puerta de la parte de atrás hacia quién sabía dónde. A los pocos minutos todos estaban sentados y callados, a la espera de que el profesor hiciera su entrada. Todos miraban hacia la puerta que había delante, justo por donde estaba la pizarra.

La expectación era máxima cuando atravesó el umbral de la puerta. Giró la cabeza y fue observando a los alumnos mientras se dirigía a su mesa. Tan solo llevaba bajo el brazo una pequeña carpeta de cuero y un libro.

Luly abrió los ojos de par en par. No podía creerlo, era el mismo hombre que vio en la cafetería, aquel sobre el que había llenado un par de páginas de su bloc la tarde anterior. Cogió con fuerza la mano de Alessandra, y esta la miró con preocupación y curiosidad.

—¿Qué pasa, Luly? ¿Estás bien?

—Shhh... Es él... El chico de la cafetería...

—¿El chico perfecto? —Alessandra entrecerró los ojos llena de curiosidad—. ¿Nuestro *profe* de Literatura es el chico perfecto?

—No digo que sea perfecto, pero ya ves que sí que es muy guapo, ¿no?

—Guapo no..., lo siguiente —le susurró, viendo que se disponía a presentarse a la clase.

El nuevo profesor se acercó a su mesa y dejó sobre ella la carpeta y el

libro que llevaba, después se sentó ligeramente en el lateral de la misma y se quedó mirando a la clase sin decir nada. Así permaneció durante un par de minutos, con gesto impertérrito, hasta que notó que la atención de los alumnos era total.

—Buenos días —arrancó a hablar en tono serio—. Me llamo Michael De Luca y seré vuestro profesor de Literatura Contemporánea durante este curso, el que viene, el otro y el otro, hasta que salgáis siendo unos licenciados.

Se dirigió hacia toda la clase, aunque siempre mirando con el rabillo del ojo hacia la zona donde se sentaba Luly. Se incorporó y comenzó a caminar entre los pupitres del aula con pasos lentos y medidos, haciendo pausas al hablar.

—Esta asignatura se aprueba leyendo mucho y demostrando que saben pensar. No hay atajos ni trampas, si quieren aprobar conmigo, tendrán que trabajar duro todos los días.

Jerom giró la cabeza y le hizo un guiño a su amigo Claudio, era hora de empezar. Levantó sus brazos dirigiéndolos hacia el techo, llamando la atención del profesor y de todos sus compañeros. Entonces comenzó a darse pequeños golpes en la cabeza con las palmas de las manos bien abiertas y a respirar fuerte por la nariz. Después empezó a temblar como si estuviera convulsionando, y Claudio fue el primero en seguirle el juego:

—¡Jerom! ¡Tío! —Sus dotes teatrales eran indudables—. ¡Dios! ¡Le está dando otro ataque! ¡Haga algo, por favor!

Jerom se dejó resbalar por la silla y quedó tumbado boca arriba, simulando espasmos y dando golpes a las sillas y mesas de alrededor como si no pudiese respirar. Luly intentaba aguantarse la risa, no quería chafar la genial interpretación del más loco de sus amigos, y, entonces, buscó con la mirada al profesor, deseaba ver la cara de horror que habría puesto. Pero se llevó una sorpresa: allí estaba, de pie, mirando toda la escena con tranquilidad, y cuando ya todos esperaban su reacción, se acercó despacio a Jerom.

—Vamos, chicos, apartaos, por favor. Dejadle aire. —La templanza de su voz no evidenciaba que estuviera asustado o preocupado, y menos aun cuando, con total seguridad, se dirigió a Claudio—. A ver, tú, escúchame atento: quiero que le sujetes bien fuerte de los brazos.

—¿Cómo? —Claudio lo miraba extrañado—. ¿Para qué?

—¡Tú hazlo ya! —Por primera vez el profesor alzó el tono de su voz—.

Es tu amigo, no puedes dudar ni un segundo.

—Pero yo... —Claudio decidió obedecer y sujetó los brazos de Jerom. Cada segundo que pasaba estaba más preocupado, y no acababa de entender qué diablos estaba pasando. Miró al profesor y vio en él a un hombre que permanecía con los ojos bien abiertos, con la vista fija en su amigo y con un gesto que, por momentos, se asemejaba al de un loco.

—Ahora necesito que lo agarres con fuerza para que no se mueva. — Mike llevó una mano al bolsillo de su americana y sacó un cúter—. Es muy importante que mantengas la calma y lo sujetes bien, no puedo fallar, ¿entendido?

—¿Qué? —Claudio estaba ya asustado de verdad—. Pero ¿qué quiere hacer?

—O le hacemos una traqueotomía, o se nos muere —le contestó con firmeza Mike, deslizando hacia afuera la cuchilla del cúter y acercándose decidido a su amigo, que permanecía en el suelo—. ¡Vamos, ahora!

Jerom abrió los ojos de par en par y comenzó a intentar alejarse del profesor a toda prisa. Se zafó de un tirón de las manos de Claudio, que, cuando le soltó de repente los brazos, se cayó de culo entre las mesas, sillas y pies de sus compañeros.

—¡Eh! ¡Eh! Pero ¿qué demonios hace? —comenzó a gritar Jerom desde el suelo, presa del pánico—. ¡Que no me pasa nada, que solo es una broma! ¿Está usted loco, o qué?

Consiguió levantarse a trompicones y alejarse cuanto pudo de aquel profesor, que, con la misma naturalidad con la que entró en clase, retrajo de nuevo la cuchilla del cúter y lo volvió a guardar en su bolsillo.

—Sentaos todos en vuestro sitio —dijo con un tono algo menos serio; de hecho, a Luly le pareció que había cierta sorna en él—, el espectáculo se ha terminado.

* * *

Mike miró el cartel que había en lo alto de una de las puertas del aula. El nombre de tan ilustre romano figuraba allí. Las dos puertas de la clase estaban abiertas, pero casi no había nadie dentro, la mayoría de alumnos se arremolinaba en las puertas y en el pasillo. Decidió entrar por la puerta trasera. Se sentó en el primer pupitre que vio, justo al lado de la puerta, y dejó la chaqueta en el de al lado.

Por unos instantes, sus recuerdos volvieron a su época de estudiante. Aún recordaba lo que era ser un alumno más, estar sentado allí, pendiente de lo que dijera el profesor. Unos cuantos muchachos entraron y se sentaron a su alrededor. Estaba claro que no tenían ni idea de quién era; lo habían tomado por uno de ellos, si no, no hubieran comenzado a criticar la asignatura. Desde luego, no iban a ser los mejores alumnos del curso.

El resto de los estudiantes comenzó a entrar poco a poco. Se fijó en dos chicos que parecían los más populares de la clase, a los que todo el mundo saludaba, daba abrazos y besos, y reía con ellos. Se sentaron en medio del aula. Desde su posición privilegiada, Mike iba analizando uno por uno a todos los alumnos que iban entrando. Y entonces entró ella. No se esperaba aquella sorpresa ni pensaba volver a verla tan pronto. Durante todo el verano, solo los domingos cuando iba a la cafetería la veía, semana tras semana; pero ahora la veía a diario, en su clase. Entró con su carpeta agarrada contra el pecho y con una gran sonrisa. Ahí se dio cuenta de que había olvidado en el mostrador de Sofía su carpeta y su libro.

Su pelo rojizo destacaba entre todos los demás, era como si ella sola llevara el color al aula. Mike agachó un poco la cabeza y se colocó una mano sobre la frente, no quería que lo reconociese; pero no hizo ni falta, la pelirroja y su amiga se fueron directas a donde estaban los dos chicos populares y se sentaron justo detrás de ellos. Mike prestó atención a la conversación y presenció en directo la arenga de Jerom a toda la clase para gastarle la inocentada al profesor, o sea, a él mismo. Comenzó a darle vueltas a la cabeza para ver qué haría. Pensó en levantarse e ir directamente hacia el chico y cantarle las cuarenta, pero cuando escuchó a los chicos de al lado decir que pasaban de la clase y se marchaban, cambió de plan inmediatamente, se levantó también, y salió escabulléndose entre el grupo.

Con calma, bajó hasta la planta baja y cogió su carpeta y el libro. No tuvo tiempo de decirle nada a Sofía, porque estaba liada con una marabunta de alumnos, solo se limitó a saludarla con la cabeza. El timbre sonó y Mike volvió a subir. El pasillo estaba ya vacío, y el silencio parecía haber encontrado su lugar en el aula. Se puso de nuevo su americana, se colocó bajo el brazo la carpeta y el libro, respiró hondo y entró en la sala con paso lento pero firme. Hora de dar su primera clase.

* * *

Todos permanecían sentados y en silencio, a la espera de conocer la reacción del nuevo profesor a todo lo ocurrido. Mike se limitó a borrar lo que había escrito en la pizarra y a pintar un buen puñado de asteriscos en ella, a modo de lista.

Jerom y Claudio cuchicheaban sobre cómo podía haberse dado cuenta de que todo había sido una broma, y de si recibirían un castigo por ello. Por el momento, seguían sentados y no los había enviado al despacho del director, su único castigo había sido hacer el ridículo y que todos sus compañeros se mofasen de ellos.

Mike terminó con la pizarra y se dio la vuelta para observar a sus alumnos. En ese instante dejó aparecer una sonrisa.

—Bueno, chicos, como iba diciendo, seré vuestro nuevo profesor de Literatura Contemporánea. —Se le notaba mucho más tranquilo, había conseguido controlar la clase desde el principio y dejar bien claro que no era fácil engañarlo—. *Tabula rasa*, ¿entendido? Y ahora, id diciendo vuestro nombre uno por uno, empezando por aquí.

Mike señaló al primer alumno, este dijo su nombre, y continuaron así hasta el final. Tenía buena memoria, pero aquel día solo consiguió retener a Jerom, Claudio, Alessandra y... Luly. Por fin sabía cómo se llamaba aquella bonita chica de cabellos rojizos, ojos azules y con la cara moteada de pecas.

—Encantado de conoceros a todos. Este curso trabajaremos la literatura contemporánea, y, en concreto, la de los últimos veinte años. Quiero que las clases sean interactivas, deseo que participéis en todo. —Advirtió que una de las alumnas levantaba la mano—. Dime, Alessandra.

—¿Tendremos examen final?

—Si venís a clase siempre y participáis, no será necesario. El examen será para aquellos que no trabajen día a día —contestó y aguardó unos segundos por si alguien más hacía una pregunta, y después continuó—: Empezaremos mañana, pero, antes de irnos, quiero que cada uno de vosotros, al salir, escriba en la pizarra el último libro que haya leído. No importa si lo leyó hace una semana o hace diez años. Y por mi parte nada más, espero que todos podamos disfrutar de este curso.

Los alumnos se fueron levantando uno por uno, se acercaron a la pizarra y escribieron los títulos de los libros. Mike se había apartado al otro lado de su mesa para ir contemplando lo que escribían en la pizarra. La última en hacerlo fue Luly, que después de dejar la tiza en la mesa, se quedó mirando a Mike muy atenta.

—¿Sabe? En la cafetería me pareció muy joven, jamás imaginé que pudiera ser mi nuevo profesor de Literatura; pero me alegro, creo que será usted muy bueno.

—Gracias, Luly —le respondió Mike con algo de nerviosismo y cierto sonrojo en su rostro—. Hace poco que terminé la carrera, sí, pero ya no me considero muy joven.

—¿Puedo preguntarle algo? —Luly apretaba con fuerza la carpeta contra su pecho mientras lo miraba con los ojos fijos en los de él.

—Claro que sí.

—¿Cómo sabía lo de la broma de Jerom?

—Sé una buena alumna y a final de curso te lo contaré, ¿de acuerdo?

Luly sonrió y se dio la vuelta hacia la salida. Al llegar a la puerta se detuvo y giró levemente la cabeza para volver a mirar a Mike

—Falta usted por escribir el último libro que ha leído... Hasta mañana.

Desapareció tras el umbral sin dejar contestar a Mike, que se quedó embobado de nuevo con aquella muchacha. Algo había en aquella pecosa que lo desarmaba siempre por dentro. Se acercó a la pizarra para mirar el título que había escrito, y no pudo evitar dejar escapar una sonrisa al leerlo: *When summer ends*. Recogió la tiza de la mesa, a continuación escribió el título del último libro que él había leído y se sentó en la silla a esperar la siguiente clase: los alumnos de tercero.

III

El primer día de clase siempre se parecía más a un día de fiesta que a uno lectivo. Solo había que presentarse, dar unas pinceladas de lo que iba a ser la asignatura durante el curso, intentar caer bien a los alumnos, y poco más. La mañana pasó volando para Mike, que antes de darse cuenta ya estaba en Secretaría preguntándole a Sofía por dónde se iba al comedor del campus.

—Está justo aquí detrás —una voz a su espalda le contestó antes que la conserje.

—Así es, no tiene pérdida —habló Sofía—, pero ya que estáis, aprovechad que vais al mismo lugar, y os vais juntos. Mike, te presento a la señorita Vecci.

—Tú debes de ser el nuevo profesor de Literatura, ¿no? —La mujer no le dio tiempo a Mike a decir nada—. Llámame Gabriela, por favor.

—Es un placer, Gabriela. —Mike por fin reaccionó y habló antes de darle un par de besos en las mejillas—. Soy Mike.

—Encantada, Mike. ¿Almorzamos juntos entonces?

—Me encantaría, por supuesto.

—Genial, así te presento al resto de profesores.

—Vamos allá. —Echaron a andar—. Hasta luego, Sofía.

«Llevaban razón en lo de que estaba cerca», pensó Mike cuando únicamente habían atravesado un pasillo corto y ya habían entrado en el comedor. Era una sala amplia llena de sillas y mesas para seis comensales. Al fondo había una especie de cantina, y, al lado de esta, una barra donde colocaban la comida que iba saliendo de la cocina. Salvando las distancias, era como estar en un bufet libre. Gabriela y Mike se acercaron y cogieron una de las bandejas que había al comienzo de la barra, antes de ir pasando y cogiendo lo que les apetecía.

—Y bueno, ¿qué tal el primer día de clase? —preguntó Gabriela mientras echaba en su plato un par de cucharones de ensalada.

—Yo diría que bastante bien, la verdad —le respondió Mike con su mejor sonrisa.

—Los de segundo son los que más tormento te darán, ya lo habrás comprobado, imagino.

—Bueno, tampoco es para tanto, lo normal a su edad, supongo.

—¿Lo normal? —Gabriela soltó una carcajada—. Lo que pasa es que eres casi tan joven como ellos, por eso lo ves todo con otros ojos.

—Puede que sea joven, pero llevo vivido mucho a mis espaldas. —Mike se sintió algo molesto con aquel comentario, era como si por allí a nadie le gustase que hubiera un profesor tan joven.

—De eso estoy segura. —La señorita Vecci cambió el tono y lo miró curiosa—. Espero que algún día me cuentes tu historia.

—Algún día.

Mike siguió a Gabriela hasta una de las mesas donde estaban sentadas tres personas más. Antes de tomar asiento se presentaron. Eran profesores también: Hugo, Flavio y Silvia.

—Ya nos íbamos, acabamos de terminar —habló Flavio mientras estrechaba la mano de Mike—. Os dejamos comer solos y tranquilos, así que ten cuidado con Gabriela, Mike...

—Sabes que soy muy buena —respondió Gabriela con cierto tono picante mientras el resto sonreía—. No le haré nada malo.

—Estaré muy atento, gracias.

El almuerzo se le hizo eterno, y eso que Gabriela comió poco y rápido.

Aquella mujer no dejaba de hablar de ella misma, de todo lo que había tenido que luchar y de todo lo que había conseguido en la vida. «¿Qué sabrá esta lo que es una vida dura?», pensaba Mike mientras la escuchaba parlotear. «Bla, bla, bla... No se callaría ni bajo el agua».

Y de pronto, como por arte de magia, la señorita Vecci dijo que había terminado, que tenía que irse, y, con las mismas, se levantó, se despidió de Mike con un «nos vemos», y desapareció en unos segundos, dejándolo allí con un gesto de estupefacción y solo en la mesa. «Mejor, así puedo terminar de almorzar en paz».

No había hecho más que empezar a cortar el filete de pollo cuando vio entrar por la puerta a Luly, acompañada por Alessandra. Recorrieron la distancia que había desde la puerta a la barra riendo sin parar. Se quedó con los cubiertos en la mano, como si se hubiera convertido en una estatua de sal, y sin poder quitar los ojos de la pelirroja. A los pocos segundos entró en razón, no podía dejar que alguien lo viese observando de forma tan descarada a una alumna, y bajó la vista a su plato y siguió almorzando. No era fácil convencer a su mente de que no debía girar la cabeza para ver en qué mesa se sentaba ella, pero con fuerza de voluntad lo consiguió.

Sintió una punzada muy fuerte en la base de su espalda que lo hizo echarse hacia delante y fruncir el ceño, y cerró los ojos intentando disimular el dolor. A su mente vino Marcus y no pudo evitar pensar que quizás no había sido buena idea el paseo del día anterior, máxime cuando su *fisio* no había podido darle la sesión de aquel día. Hacía tiempo que no le pasaba, a veces incluso se le olvidaba su problema, pero no, ahí estaba el dolor para devolverlo a la realidad.

—¿Se encuentra bien, *profe*?

—Un segundo, por favor. —Mike reconoció aquella voz sin necesidad de abrir los ojos. Aguardó un instante antes de hacerlo y mirar a su lado—. He estado mejor, pero gracias por preocuparte.

Luly estaba al lado de la mesa, de pie junto a Mike, con cara de preocupación, mientras, unos metros por delante de ella, Alessandra se había detenido al darse cuenta de que iba hablando sola.

—¿Está seguro? —Luly insistió—. ¿Aviso a alguien de enfermería?

—No, de verdad, no te preocupes. Ya se me ha pasado, solo es un dolor que me ha dado en la espalda. —Mike trataba de quitarle hierro al asunto—. Debe de ser un lumbago, o algo así.

—Vale, le creo, pero cuídese. —Luly sonrió y se reunió con su amiga.

Mike las observó irse hasta la mesa del fondo y sentarse con otro grupo de chicas. El dolor había ido remitiendo, pero le había quitado las ganas del postre. Decidió salir al exterior a que le diera un poco el aire fresco, y, si podía, charlaría un rato con Anton.

* * *

Alessandra se quedó mirando fijamente a su amiga nada más sentarse a la mesa. Luly se limitó a abrir su lata de refresco y comenzar a aliñar la ensalada que había cogido.

—¿No hay nada que quieras contarme? —le preguntó sin poder aguantar callada más tiempo.

—¿Contarte?, ¿yo?, ¿de qué?

—No sé, por ejemplo, algo sobre el *profe* nuevo, sobre el chico perfecto... —dijo levantando los brazos y haciendo con los dedos el gesto de entrecomillar sus últimas palabras.

—¿Qué pasa con el *profe* nuevo? —Luly contestó antes de dar un sorbo a la Coca-Cola con la pajita.

—No te hagas la tonta conmigo, Luly. Te conozco mejor que nadie.

—¿Y...? Es bastante mono, ¿a ti no te lo parece? No suele haber profesores jóvenes por aquí, ¿cierto?

—Y encima guapo, ¿verdad?

—Pues sí. —Luly la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te gusta, ¿verdad? —Alessandra no sabía andarse con rodeos.

—¿Qué? —Casi se atragantó con el bocado que acababa de llevarse a la boca, y, aun así, siguió tratando de hablar con la boca llena—. *¿Egftas lfioca?*

—Mastica y traga antes de hablar, anda. Niégalo todo lo que quieras, pero te lo noto.

—Eso es imaginación tuya. —Terminó de engullir para contestarle con claridad—. ¿Qué pinto yo con un tío mucho mayor?

—Tampoco es tan mayor, no creo que tenga más de veinticinco o veinte seis a lo sumo.

—Y además, es mi profesor —soltó con cierto tono irónico mientras le hacía morritos a su amiga.

—Hoy en día eso da igual; ya sois adultos, y no creo que nadie acuse a la superempollona de que la aprueban Literatura porque se enrolla con el profesor.

—Estás tú muy graciosa hoy, ¿no?

—Lo que quieras, pero siempre digo verdades como puños. —Las dos se quedaron en silencio cuando advirtieron que Mike se levantaba para marcharse—. Y, ¿sabes una cosa? Creo que a él también le has hecho tilín.

—¿Tú crees? —se le escapó, sin darse cuenta, mientras iba girando la cabeza a medida que su profesor abandonaba la sala.

—¡Lo sabía! —gritó Alessandra señalándola con el dedo índice—. ¡Te gusta tu *profe*! ¡Qué fuerte!

—¡Venga ya! Deja ese tema de una vez. —Luly se había sonrojado sin poder evitarlo y ni todas sus pecas podían disimularlo en su blanca piel.

* * *

Las chicas se separaron a la salida del comedor. Alessandra no tenía más clases y se marchó a casa. Luly decidió ir a la biblioteca para buscar algunos libros que le pudieran ser útiles durante el curso. Antes de dirigirse hacia allí, sintió curiosidad por saber si el profesor había escrito en la pizarra el título del último libro que había leído. Algo en su interior le decía que sí que lo había hecho, y no pensaba esperar al día siguiente para averiguarlo, y eso contando con que no lo hubiesen borrado. Por ello, se giró en dirección al viejo edificio.

No había nadie en el aula y los pasillos estaban desiertos a esa hora. Entró despacio, con la vista fija en la parte final de la lista de la pizarra. Había algo debajo de lo que ella había escrito antes. Sonrió complacida porque le había hecho caso. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para leerlo, hizo una mueca de disconformidad. Lo único que había eran cinco letras en mayúsculas: «MQEOS».

—¿Qué diablos es eso? —se dijo a sí misma—. ¿Será un libro?

Estaba convencida de que era el acrónimo de alguna obra, por eso tomó nota para buscarlo en internet por la noche, y salió del aula con cierto sentimiento agrídulce.

* * *

Mike caminaba por el parque, buscando la sombra de los árboles, en dirección a la caseta del embarcadero. Imaginaba que allí encontraría a Anton. Los alumnos se desparramaban por todo el campus, unos en los

bancos de piedra, otros sobre el césped, incluso algunos a pleno sol. Aún sentía alguna molestia por el pinchazo en la espalda durante el almuerzo y se le notaba al andar.

—Buenas tardes, señor profesor —gritó Anton en cuanto vio acercarse a Mike.

—Buenas tardes, supremo guardián de San Servolo —respondió con la misma ironía, arrancando la risa del vigilante.

—¿Te encuentras bien? —Anton había notado que caminaba con cierta dificultad.

—¡Perfectamente! Para algo soy el docente más joven de toda la universidad, ¿no?

—Uy, cómo ha sonado eso... Te están dando caña con eso, ¿verdad?

—Bueno... —Suspiró profundo—. Lo cierto es que empieza a incomodarme un poco, es como si ser joven fuese un lastre por aquí.

—Eso es envidia, nada más. Ya se acostumbrarán.

—Eso espero, porque no me gustan ciertas miraditas, ciertos comentarios, ya sabes.

—Tú tranquilo. —Anton le dio una palmadita en el hombro—. Al menos conectarás bien con tus alumnos, ¿no?

—Creo que sí. De momento he comenzado con buen pie, al menos eso me ha parecido.

—Imagino que te encontrarás de todo, pero la mayoría son buenos chicos, así que no te agobies. —Anton se dio cuenta de que el nuevo se llevaba a menudo la mano a la espalda—. ¿Qué te pasa, Mike?

—Nada, Anton, solo es un problema de espalda que tengo desde pequeño, y a veces le da por darme la lata.

—Pues vaya, hombre, para ser el más joven, estás hecho una pena... — Los dos se echaron a reír, a pesar de que la risa causaba aún más dolor en la espalda de Mike.

—Oye, Anton, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—Hay algo que no me cuadra sobre ti.

—El qué, si puede saberse.

—¿Trabajas día y noche aquí? —le preguntó con curiosidad y atrevimiento—. Me ha dado la impresión de que siempre estás de servicio.

—Sí y no...

—¿Cómo dices?

—Llevo más de treinta años vigilando este lugar. No tengo familia ni nadie que me espere en casa, por eso este sitio es mi hogar.

—¿Vives en la isla?

—Sí, en una pequeña casita que hay detrás del viejo edificio, donde los loqueros pasaban los fines de semana de guardia. Ahora solo hay un loco: yo. —Anton sonrió con gracia.

—¿Solo? ¿Y todos los días? —Mike no daba crédito a lo que oía.

—Es mi vida, Mike. Me gusta vivir aquí, en paz, alejado de la locura del mundo exterior.

—No sé, Anton. Yo no sé si sería capaz de vivir aquí encerrado.

—No estoy encerrado, puedo irme cuando quiera, pero aquí lo tengo todo, en este lugar está mi vida.

—Cada vez me pareces más fascinante. La de historias que tendrás para contar.

—No tantas, Mike. Aunque no lo parezca, llevo una vida placentera.

—¿A qué te dedicabas antes de venir aquí?

—Trabajaba de orfebre en Venecia.

—¿Orfebre? ¿Y cómo acabaste de vigilante en esta isla?

—Esa sí que es una larga historia que ya habrá tiempo de contar.

—Estaré deseoso de escucharla.

* * *

A excepción del viejo bibliotecario, no había un alma en toda la biblioteca. Luly pensó que tal vez sí era una empollona, ese bicho raro que era capaz de ir allí el primer día de clase. Incluso el anciano señor Petri se extrañó al verla entrar, aunque se limitó a sonreírle mientras pasaba por el mostrador. Ya se conocían de sobra del curso anterior, y ambos valoraban el silencio en aquel lugar por encima de todo, por eso prescindían de las palabras incluso para saludarse.

Una vez allí, comenzó a preguntarse qué pintaba en aquel lugar, no sabía ni qué buscaba; no tenía temarios ni libros de referencia, nada para comenzar a estudiar, y por eso decidió hacer algo que el año anterior ya había pasado por su cabeza, pero que al final no tuvo tiempo de llevar a cabo: turismo de bibliófilo. La vieja biblioteca era un edificio que guardaba verdaderas joyas desde los tiempos en que en aquel lugar había reinado el majestuoso monasterio benedictino. Todo el mundo sabía que aquella biblioteca

pertenecía a una familia muy poderosa en Venecia, y que aquel era el motivo de que todo aquello no estuviese en algún museo o institución gubernamental. Siempre había oído decir que allí se conservaban códices y documentos de siglos y siglos atrás. Era el momento de dar una vuelta por las salas más antiguas. Disponía de algo más de una hora antes de volver a las clases de la tarde, así que podría explorar al menos un par de sitios. Avanzó por el pasillo principal hasta las salas del fondo sin saber en cuál entrar; todas la atraían, pero algo la hacía seguir avanzando. «¿Por qué tengo la sensación de buscar algo?», se preguntaba, hasta que llegó al final del corredor. Las salas se habían terminado, pero allí, casi imperceptible, había una pequeña puerta del mismo color que la pared, con un pequeño cartel de letras desgastadas en las que podía leerse a duras penas una inscripción: «San Servolo». ¿Qué era aquella puerta?, ¿qué escondía tras ella? Asió con fuerza el viejo tirador de hierro con forma de serpiente, dispuesta a empujarla para descubrir qué había al otro lado, pero entonces se quedó quieta, su conciencia le decía que no era buena idea, y además no tenía permiso para hacerlo. Notó cómo alguien le tocaba el brazo y, del sobresalto, se separó rápido de la puerta pegándose a la pared para ver quién estaba con ella.

—Perdone, señorita —el viejo señor Petri le habló muy bajo, haciendo gestos de estar arrepentido por haberla asustado—. No quería asustarla.

—No se preocupe, de verdad. —Luly, poco a poco, fue recobrando el aliento que había perdido segundos antes—. Discúlpeme a mí por meterme donde no me llaman...

—Puede entrar ahí si lo desea —le dijo con tono sosegado—. Esa sala es para personas que, como usted, aman los libros y valoran lo que encierran.

—Entonces, ¿puedo entrar? —Luly, emocionada, comenzó a dejarse vencer por la curiosidad.

—Claro que puede, señorita. La única condición que hay es la de tratar a los libros como si estuvieran vivos y dejarlo todo en su sitio, por supuesto.

—Puede estar tranquilo, señor Petri, prometo cuidarlo todo como si mi vida dependiera de ello.

—No se imagina cómo me alegra oír eso, señorita. —Una extraña sonrisa se le escapó al anciano.

—Pero... ¿qué hay ahí dentro? —preguntó Luly mientras el bibliotecario se giraba y comenzaba su regreso al mostrador de la entrada.

—Entre y lo averiguará —contestó casi en un susurro.

Luly observó cómo se alejaba con lentitud, no paso a paso, porque más

bien arrastraba un pie tras otro, y ayudado de un bastón de madera que llamó la atención de la chica porque la empuñadura era una cabeza de serpiente como la de la puerta que tenía al lado. Y fue entonces cuando cayó en la cuenta de algo extraño: el señor Petri acompañaba su lento avance con el compás del sonido que hacía el bastón al chocar contra las viejas losas de mármol. «¿Cómo no lo he oído acercarse a mí?».

* * *

Mike dejó a Anton en el embarcadero e hizo el camino de vuelta hacia el edificio principal. Un par de clases más y regresaría a casa. Había quedado con Marcus para una sesión de rehabilitación a domicilio. La necesitaba con urgencia, no se encontraba bien desde la hora del almuerzo.

Llegó a clase con diez minutos de antelación y se sentó en su silla a esperar a los alumnos de último curso. Se quedó mirando la pizarra, la parte en la que la alumna de cabellos rojizos había escrito el título de un libro en inglés. Repasó con rapidez el resto de anotaciones para corroborar que el de ella era el único en lengua extranjera. De primera impresión parecía buena estudiante, y eso a pesar de que, por momentos, parecía alocada y descarada. Volvió a lo que había escrito Luly. No le sonaba aquel libro, tendría que buscarlo al llegar a casa y documentarse un poco acerca de él.

Mike pasó a duras penas el resto de la tarde, y agradeció de buena gana que fuese el primer día del curso y que las clases durasen la mitad de tiempo o incluso menos. Cuando se despidió de los últimos alumnos, vio el cielo abierto, recogió con celeridad sus cosas y se fue directo hacia el embarcadero. Allí volvió a cruzarse con Anton.

—¿A casa ya? —le preguntó al ver la mala cara que tenía Mike.

—Sí, Anton, lo necesito. Tengo visita de mi fisioterapeuta.

—Espero que te mejores, quiero verte mañana a primera hora bajando de ese barco, ¿eh?

—No te preocupes, de verdad. He pasado por cosas peores, y después de pasar por las milagrosas manos de Marcus, mañana estaré en plena forma, ya lo verás.

—¡Así se habla! —Anton levantó el puño en señal de ánimo y apoyo.

* * *

Un cosquilleo le recorría todo el estómago. Se sentía como una chiquilla cuando va a abrir su regalo de cumpleaños, como si fuera una privilegiada con acceso a los secretos de aquella isla y su pasado. Su corazón latía rápido, y estaba deseosa de atravesar aquel umbral. No fue tan sencillo como imaginaba, la puerta era tan pesada que tuvo que apoyar su hombro derecho y echar todo su peso contra ella para moverla muy despacio. El chirrido que hizo al abrir debió de escucharse por casi todo el campus. Un olor a cerrado, a aire viciado y viejo la abofeteó en la cara y le hizo girar la cabeza. Aquel lugar no recibía muchas visitas, eso había quedado más que claro a los pocos segundos de abrir la pesada puerta.

No se veía nada, la estancia estaba completamente a oscuras. Luly comenzó a buscar un interruptor en la pared, pero allí no había nada, y solo cuando su vista se acostumbró a la escasa luz que entraba tras ella, encontró lo que buscaba. No estaba en la pared, sino en el mismo techo, del que se descolgaba una pequeña cadena que quedaba a la altura de su cabeza. La cogió con cuidado y tiró de ella hacia abajo hasta que escuchó un clic. Las luces comenzaron a encenderse como si fuesen un laberinto de fichas de dominó, iluminando poco a poco toda la sala. Las lámparas colgaban de las vigas de madera que sostenían la techumbre de aquella sala, y emitían una luz lúgubre y mortecina que no hacía nada cómodo el consultar ninguno de los libros que allí había. Y estaba a rebosar de libros, pasillos enteros con estanterías a ambos lados recorrían de punta a punta aquel lugar, tanto que la vista no alcanzaba a ver el final de la estancia. No había hueco ni para uno más.

Luly sacó su móvil para usarlo como linterna improvisada. Al comienzo de cada estantería había unos símbolos, unos números romanos que, tras pensar un poco, atribuyó a los siglos a los que pertenecían aquellos libros. Avanzó lentamente desde el primer cartel, el que estaba justo por donde había entrado y en el cual ponía «XX», hasta que, en el siglo XVI, el ruido de la puerta volvió a sobresaltarla. Se giró cuando la puerta cesaba su chirriar al cerrarse de nuevo. Se asustó y permaneció en silencio unos instantes, atenta a cualquier sonido que pudiera provenir del interior de aquella sala, pero no volvió a oír nada.

Se armó de valor para continuar su recorrido. Los siglos iban en sentido descendente, y la curiosidad por saber en cuál se detenía la hizo llegar hasta el final. Siglo VI. Aquello era un verdadero tesoro. Su rostro se iluminó con una gran sonrisa, sabía que allí disfrutaría como una niña pequeña. Allí

podría encontrar verdaderas joyas para documentarse y poder llegar algún día a cumplir su sueño de ser escritora. Tenía ante sus ojos gran parte de la historia.

Ojeó los libros por encima, sus encuadernaciones de piel auténtica, la mayoría cosidos a mano, muchos de ellos escritos en turco, en griego... Despedían un aroma especial, difícil de identificar con algo conocido. Aquellos libros eran únicos, y probablemente solo existían esos ejemplares en todo el mundo.

La hora del móvil la devolvió al mundo real, el momento de salir de allí y volver a clases había llegado, pero lo bueno era que tenía todo un curso por delante para perderse entre aquellos pasillos y sus libros. Se dispuso a regresar por donde había venido y, a la altura del siglo XIV, se volvió a sobresaltar. Justo cuando pasaba por ese pasillo, un sonido fuerte se escuchó a su lado, como si hubiera caído algo al suelo. Dirigió el haz de luz de su móvil hacia abajo y encontró un libro muy viejo y de gran tamaño abierto de par en par más o menos a la mitad de sus páginas.

IV

Las manos de Marcus eran lo más parecido a un milagro, en palabras de Mike. En los últimos casi cinco años fue el único que consiguió darle tal mejoría que había logrado hacer una vida casi normal. Mike no tenía dudas, aquel fisioterapeuta valía cada céntimo que pagaba por sesión. Cada vez que daba una por finalizada se sentía dolorido, pero a los pocos minutos era como si fuese una persona nueva.

—Marcus, creo que deberías venirte a vivir conmigo... —dijo Mike,

entre risas, mientras se sentaba en la *chaise-longe*.

—Te iba a salir un poco caro, ¿no te parece? —le contestó Marcus mirándolo con gracia—. Y no lo digo por los masajes, lo digo porque no me has visto a la hora de comer...

—Algo he oído. —Mike no podía dejar de reír—. ¿Quieres tomar algo?, ¿un refresco?

—Tengo algo de prisa, la verdad; pero creo que me da tiempo a tomarme algo fresquito. Venga, que sea una limonada.

—Marchando. —Mike se levantó y entró un momento en la cocina. Al poco salió con dos refrescos de limón y le tendió una lata a su amigo—. ¿Mucho trabajo?

—La verdad es que sí, no puedo quejarme, hay días en los que me cuesta organizar la agenda.

—Eso es porque haces muy bien tu trabajo. Dios te ha dado el don de tener unas manos que curan.

—No seas exagerado, simplemente me gusta lo que hago, como tú siendo profesor, ¿no? —Marcus levantó la lata en dirección a Mike para un brindis—. ¿Qué tal tu primer día en la prestigiosa Venice University de San Servolo? Quitando lo de la espalda, por supuesto.

—Creo que bastante bien, ha sido un día que lo ha tenido casi todo. He conocido a personas muy interesantes.

—¿Has visto algún fantasma? —Una gran sonrisa apareció en el rostro de Marcus.

—Alguno que otro, pero de carne y hueso.

—De esos no tienes que temer. Me refiero a si has oído algo sobre las historias que se cuentan de la isla. Es una cosa que siempre llamó mi curiosidad.

—Yo también había oído algunas historias, aunque ese tema no me llama la atención, la verdad. Y el viejo Anton me dijo que son solo eso, historias.

—¿Anton? ¿Anton sigue siendo el guardia de la isla? —preguntó Marcus con cierta sorpresa en su cara.

—¿Lo conoces?

—En persona no, pero mi padre me contó hace mucho tiempo que ese hombre llevaba casi toda su vida en aquella isla, y recuerdo que me decía que aquel guardia sabía mucho más de lo que contaba sobre aquellas historias de fantasmas.

—Eso me dijo, que llevaba no sé cuántos años allí, pero a mí me contó que jamás le había pasado nada raro y que todo eran habladurías.

—No sé, yo solo conozco lo que he oído.

—¿Qué historias son esas? —Mike sentía bastante curiosidad por lo que Marcus sabía del tema—. ¿Qué es eso del fantasma del que todos hablan?

—¿No conoces la historia del fantasma de San Servolo?

—Pues no, pero espero que alguien me la cuente, y ese vas a ser tú, y ahora mismo. —Mike lo miraba entre amenazante y rogativo.

—Tampoco es que sepa yo mucho, pero se dice que en la isla vive el espíritu de una joven que murió allí cuando aquello era todavía un manicomio. Un día desapareció sin dejar rastro, y cuenta la leyenda que debió de morir allí, nadie sabe cómo, pero su alma se quedó en la isla por alguna razón.

—¿Y ya está?, ¿eso es todo sobre el fantasma? —Mike sintió algo de decepción en el fondo—. ¿Y quién te dice que no se escapó del manicomio y vivió feliz como una perdiz hasta que se hizo viejecita?

—Podría ser. —Marcus rio antes de terminar de un sorbo con su refresco—. Son solo historias, unos las creen y otros no. Tengo que dejarte, amigo.

—Muy bien, Marcus. ¿Mañana a la misma hora?

—Ya te tengo el hueco en la agenda, no te preocupes.

—Muchas gracias por todo. Hasta mañana, Marcus.

—Hasta mañana, Mike.

* * *

Luly se arrodilló frente al libro que había en el suelo. Aquel libro no parecía pertenecer a aquel pasillo; era antiguo, pero no tanto. Era algo extraño. Se quedó mirando con mucha atención el dibujo que venía en la página de la izquierda. Parecía un boceto de una especie de joya, un camafeo ovalado con intrincados grabados y símbolos. Iluminó con su linterna la página de la derecha para intentar leer lo que ponía, pero poco pudo hacer porque estaba escrito en un idioma que no conocía. Parecía turco.

Con su móvil hizo una fotografía a las dos páginas y buscó en su bolsillo algo para usar como marcapáginas. No encontró nada que le sirviera y optó por quitarse una de sus muchas pulseras y meterla en el libro. Lo cerró con cuidado y lo devolvió al hueco de la estantería. Hizo nota mental del lugar

donde más o menos se encontraba, y dejó sobresalir la punta de la pulsera. Tenía que marcharse, o llegaría tarde a clase.

Las últimas dos horas de clase en realidad duraron apenas media hora; la profesora de Lengua no parecía tener excesivas ganas de comenzar el curso, más bien estaba deseando largarse de allí, incluso más que los propios alumnos. El timbre sonó y todo el mundo salió en estampida, incluida la señora Carlotta. Luly, como de costumbre, esperó a salir la última.

Ya en el transbordador, hizo el trayecto mirando las ondulaciones que hacía el agua al pasar la embarcación y haciendo una lista mental de las cosas que tenía que mirar en internet esa noche: primero, saber a qué libro correspondían las siglas que escribió el profesor de Literatura en la pizarra, después, intentar traducir aquel texto que venía en el libro de la biblioteca. A cada minuto que transcurría, la curiosidad iba en aumento y más ganas tenía de llegar.

A unos cuantos metros de casa le sonó el móvil. Los chicos estaban en La Taberna de Shakespeare tomando algo y reclamaban su compañía. Se quedó unos instantes con el móvil en su mano, mirándolo con atención y decidiendo qué hacer. Al final, optó por lo menos sensato: irse con sus amigos.

—El primer día de clase y seguro que eres la última en salir de la universidad, ¿verdad? —Claudio atacó en cuanto la vio entrar por la puerta.

—Pues no, listillo, la verdad es que me he ido antes —le respondió con tono de burla mientras se sentaba en la silla que le habían guardado.

—Es decir, que Carlotta os ha echado antes, ¿no? —Jerom reía a la vez que miraba a Luly—. Ay... Siempre serás nuestra empolloncilla.

—Y no lo sabéis todo. —Faltaba Alessandra para sumarse al ataque—. El primer día de clase y ya ha estado al menos una hora en la biblioteca, ¿no es cierto?

—Gracias por ser tan buena amiga. —Luly se inclinó y le dio un beso en la mejilla a su amiga—. Pues sí, he estado y ha sido algo increíble.

—De todos los adjetivos que se me ocurrirían para describir un rato en la biblioteca, te aseguro que ese no estaría en la lista. —Claudio hizo una vez más acopio de que no le gustaba estudiar demasiado.

—¿Sabíais que hay una sala casi secreta dentro? —Luly habló casi en susurros, como si estuviera revelando un secreto que no debía conocerse.

—¿En serio? —preguntó Jerom—. ¿Y tiene libros, tal vez?

Todos menos Luly comenzaron a reír de forma escandalosa, llamando la

atención de todos los clientes del local. La ocurrencia había sido buena, pero a Luly no le divertía tanto.

—No estoy para bromas, lo que os dicho es cierto. Es una sala con libros muy antiguos, algunos con más de mil años de antigüedad. —Luly se puso muy seria al continuar hablando.

—Vale, perdona, Luly. —Alessandra se dio cuenta de que habían molestado a su amiga y trató de apaciguar las risas de los otros dos—. ¿Qué te ha pasado en ese lugar?

—Mirad. —Luly buscó en su móvil la foto que había tomado del libro para enseñársela a sus amigos—. ¿Qué? Pero ¿qué diablos...?

—¿Qué pasa, nena? —Alessandra la notó algo inquieta.

—¡No se ve nada, la foto está en negro!

—A lo mejor no usaste el flas. —Jerom también notó que Luly se tomaba muy en serio aquel asunto.

—Estoy segura de que sí lo tenía puesto, me ayudé de la luz del móvil en todo momento porque apenas se veía.

—Se te quedaría pillado. —Claudio puso su granito de arena a la conversación con su habitual guasa—. Mañana vas y le haces otra, no le des más vueltas, de todas formas no nos interesa ver libros ahora.

—¡Qué rabia!

Luly estaba algo decepcionada, qué mala pata había tenido, también era casualidad que fallase la cámara en ese momento.

—No hay prisa, ¿no? —Jerom sentía ya algo de curiosidad por aquel libro.

—En verdad no —corroboró una apenada Luly—. Pero en la foto había unos textos en turco que quería traducir esta noche en internet.

—Díselo a tu profesor de Literatura, a lo mejor él sabe turco —soltó Alessandra antes de llevarse el vaso a la boca para beber un poco.

—Claro, ¿cómo no había pensado en eso? —El tono de Luly fue tan sarcástico que los chicos se quedaron mirándolas fijamente.

—Solo es para chincharla —dijo Aless devolviéndoles la mirada—. Bebed y callad, anda.

Pasaron un buen rato hablando de la vuelta a las clases, del reencuentro con algunas personas a las que apreciaban, se estuvieron metiendo un poco con los viejos profesores de siempre, y claro, se habló un poco del nuevo profesor de Literatura.

—Vaya cómo has hecho el panoli hoy, ¿eh? —le dijo Luly a Jerom

cuando salió el tema de la bienvenida al nuevo *profe*.

—Es un tío listo. Me cae bien —contestó con total naturalidad—. No sé cómo se ha dado cuenta, pero *chapeau* para el señor De Luca.

—Me asombra tu sinceridad, Jerom. —Alessandra lo miraba con la expresión de no esperarse una reacción así de él.

—Lo que es del César, es del César... —le respondió guiñándole un ojo.

Luly sonrió. A Jerom parecía darle igual, pero ella sí quería saber por qué no pudieron dársela con queso el primer día de clase. Había algo que el *profe* sabía y no había dicho, y tarde o temprano lo averiguaría.

Llegó más tarde de lo que esperaba a casa y, antes de irse a la cama, quería descubrir al menos uno de los dos misterios que se había traído de la universidad. El asunto de la biblioteca tendría que esperar al día siguiente, pero lo del libro del profesor sí podía investigarlo. Encendió su portátil y tecleó MQEOS en el navegador. Cuando pulsó la tecla «intro» le aparecieron varios enlaces. Como imaginó, se trataba de un acrónimo, una historia de amor. Se quedó un buen rato buscando información de dicho libro, quería estar preparada por si el profesor pensaba usarlo en alguna clase.

* * *

Mike se sentó al ordenador de su despacho. Quería buscar información sobre el libro que había escrito su alumna en la pizarra. El resultado del buscador arrojó cientos de enlaces sobre aquella historia, e hizo una mueca de sorpresa cuando vio de qué iba la trama principal: una historia de amor entre un profesor y una alumna. Mil pensamientos pasaron por su mente: «¿Significaba algo?», «¿Había elegido ese título por algún motivo especial?», «¿Querría decirle algo?». Comenzaba a divagar y su cabeza se estaba llenando de tonterías. Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Era su alumna! Cerró el portátil de golpe y se fue directo a la cama. «Se me está yendo la cabeza, mejor que me vaya a dormir», pensó.

Se despertó abrazada a su lector de libros digitales, una vez más se había quedado dormida mientras leía. Mientras se duchaba, fue repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer a lo largo del día, que no era poco. Lo primero, ir a la universidad; tras el almuerzo, a la biblioteca, y, por la tarde, de visita a la tía con sus padres. Hacía tiempo que no iban a verla. Luly siempre se opuso a que la internaran en la residencia, pero poco pudo hacer para impedirlo, y, en el fondo, comprendía la situación, sabía que nadie podía hacerse cargo de ella, y, por su enfermedad, en aquel lugar estaría mejor que en casa. Pero aun así, se decía a sí misma que cuando ganase lo suficiente como para independizarse, se llevaría a la tía a vivir con ella. Su madre repetía incansablemente que era la viva imagen de ella, que solo el tiempo había conseguido transformar sus cabellos rojos en plateados, y los ojos azules se habían escondido casi por completo entre arrugas y más arrugas. Luly se sentía muy orgullosa de parecerse a su tía. Aquella mujer, que estaba a punto de cumplir los cien años, había tenido una vida plena y llena de aventuras; había viajado mucho y cometido mil locuras, y a Luly le encantaba escucharla contar todas aquellas historias.

Bajaba las escaleras cuando el timbre de la casa sonó. Antes de llegar abajo, escuchó a su madre saludar e invitar a Alessandra a que pasara. Desde que estaban en el colegio tenían la costumbre de ir cada día a casa de la otra a recogerla y desayunar. Cada día en una casa, y esa mañana tocaba en casa de Luly.

—¡Luly! —gritó su madre sin saber que ya estaba casi al lado de ella—. ¡Aless ya está aquí!

—Lo sé, mamá, no hace falta que grites —replicó en voz baja cuando llegó a donde estaban—. Buenos días, Aless. Buenos días, mamá.

—Buenos días. —Alessandra siempre estaba sonriente por las mañanas—. ¿Cómo ha dormido la señorita?

—Muy bien, gracias. —Luly respondió con una reverencia.

—Dejaos de tonterías y tirad para la cocina a desayunar, que luego siempre se os hace tarde. —La señora Wallace ordenaba y ellas obedecían—. Yo me voy ya, cariño. No te entretengas luego, ¿vale? Hasta luego, Aless, y saluda a tus padres.

—Sí, mamá, vendré pronto. —Luly se despidió de su madre con un beso.

—Hasta luego, señora Wallace.

A las dos les encantaba desayunar, de todas las comidas del día, era la que más disfrutaban. Sus paladares eran casi idénticos, desde pequeñas fueron como hermanas, y compartían su devoción extrema por la mermelada de tomate. Siempre bromeaban con la idea de pasar el resto de sus vidas comiendo nada más que tostadas con queso fresco y mermelada de tomate.

—¿Sabes? —habló Alessandra al terminar su vaso de café con leche—. Anoche estuve dándole vueltas a lo del libro ese de la biblioteca.

—¿Sí? ¿Tú? —Luly estaba perpleja—. ¿Y eso?, ¿soñaste que le prendías fuego?

—Ja, ja, ja, qué graciosa, oye. En serio, porque al irme a la cama recordé que mi padre una vez me contó que hace muchos años hubo un gran incendio en aquel edificio y ardieron muchos de los libros.

—¿De veras?

—Sí; por eso me extrañó tu historia, pero imagino que se exageraría lo del incendio, como siempre.

—Otra cosa más que investigar. —Luly recogió la mesa y lo guardó todo—. Vámonos, o llegaremos tarde.

* * *

Las chicas bajaron al embarcadero junto a los chicos. Siempre se encontraban en el barco de camino a la isla. Al pasar por la caseta del guarda, las chicas saludaron a Anton, y este les devolvió el saludo en forma de guiño.

La primera clase de todos los días, salvo el viernes, iba a ser la de Mike. Literatura Contemporánea para comenzar las mañanas, y no a todos les agradaba aquella asignatura. Al entrar vieron que el profesor ya estaba allí, de pie junto a la pizarra, saludando uno por uno a los alumnos conforme iban entrando. Jerom, al pasar, levantó la mano invitando a Mike a un saludo, y este chocó la palma de su mano con la de él, en señal de que el incidente del día anterior ya era agua pasada.

Parecía que el nuevo profesor era del agrado de los alumnos, y se notaba en Mike que él también se sentía cómodo con aquella clase, por eso Luly pensó en milésimas de segundo una forma de desarmar de un plumazo esa estabilidad. Sin dudarle y con total naturalidad, al pasar por su lado se acercó cuanto pudo, se puso de puntillas y le dio un sonoro beso en la mejilla, dejando a toda la clase con cara de circunstancia. Eso los compañeros, porque

la cara de Mike pasó por la gama completa de rojos que existía. Pero aquello solo fue el comienzo, porque Alessandra, que venía justo detrás de Luly, hizo lo mismo que ella, y, desde ese momento, las demás chicas hicieron lo propio, contribuyendo más y más al sonrojo del *profe* de Literatura. Y para colmo, el último en entrar, Claudio, decidió seguir con el ritual de las chicas, dejando a la clase entera riendo por lo bajo. Mike no pudo evitar sonreír y decir un somero «gracias».

Las clases de Literatura resultaron ser las más amenas de todas. Mike tenía otra forma de ver la enseñanza, hacía la lección divertida y conseguía que todos los alumnos se implicaran y participaran. La clase de aquel día giró en torno a los géneros literarios más leídos de la época contemporánea. Mike confirmó que su clase había sido un éxito porque, al sonar el timbre, los chicos siguieron sentados y atentos a lo que él decía. Esas eran las pequeñas cosas que hacían que amase su trabajo.

Luly observó a Mike. Consiguió ponerlo nervioso al comienzo de la clase, pero conforme iban pasando los minutos, su pasión por lo que hacía lo hizo olvidarse del mundo, y eso era algo que molestó un poco a Luly, porque también desapareció ella. Cuando terminó la clase y salieron todos, se acercó a él. Entonces notó cómo el nerviosismo regresaba a su rostro y a sus gestos.

—Señor De Luca, ¿puedo preguntarle algo? —instó, mirándolo con sus ojos azules clavados fijamente en los de él.

—Claro, Luly —respondió Mike casi balbuceando—. Y llámame Mike, por favor.

—Me gustaría saber si usted sabe turco.

—No me hables de usted, anda, no soy tan mayor. Sí, sé algo de turco. —La curiosidad se adueñaba de él—. ¿Y esa pregunta? Creo que no tiene nada que ver con esta asignatura, ¿verdad?

—Simple curiosidad...

—Si necesitas clases particulares, conozco a profesores muy buenos que podrían ayudarte.

—No es necesario, pero gracias de todos modos. ¡Nos vemos! —La chica se despidió y salió del aula.

El resto de la mañana no fue tan entretenida como a primera hora, sobre todo la clase de la señorita Vecci, que siempre era soporífera e interminable, pero, a pesar de todo, el momento del almuerzo llegó. Luly esperó a Alessandra a la puerta del comedor.

—¡Vamos, nena!, ¿no ves la hora que es? —Luly apremiaba a su amiga

para entrar.

—¿A qué viene esa prisa? ¿Tanta hambre tienes?, ¿o es que has quedado para comer con tu *profe*? —Alessandra dominaba a la perfección el arte del sarcasmo.

—Muy graciosa... Quiero tener tiempo para ir a la biblioteca.

—¿A buscar ese libro?

—Exacto.

—Vaaaleee —Alessandra suspiró—, pero no esperes que te acompañe, ¿eh? He quedado con Carlo para tumbarnos en el césped.

—¿Carlo?, ¿el de tercero?

—El mismo.

—Vale, no te preocupes. Puedo ir yo sola, no te voy a obligar a entrar en el infierno de los libros.

Comieron a toda prisa. De vez en cuando, Luly hacía un recorrido visual por la sala buscando a su profesor de Literatura, pero desde que entraron hasta que se fueron, no lo vio. Al salir, se separaron y cada una tomó su camino.

No tardó en llegar a la biblioteca y se llevó una sorpresa al no encontrar al señor Petri en el mostrador de la entrada. Su lugar lo ocupaba una mujer que se quedó mirando a Luly como si fuera un bicho raro. La pelirroja saludó sin obtener respuesta y se dirigió hacia el final del pasillo. El corazón se le aceleró a medida que se acercaba a la pequeña puerta, estaba deseando volver a entrar en aquel lugar. Empujó con fuerza y decisión, pero no se movió lo más mínimo. Volvió a intentarlo una vez más apoyando todo el peso de su cuerpo, pero no se abrió. Iba a probar de nuevo, pero, desde lo lejos, la señora del mostrador comenzó a chistar, y, cuando Luly la miró, tenía el dedo índice levantado moviéndolo de un lado a otro, dejando claro que no podía entrar. La chica se acercó hasta el mostrador.

—No se puede entrar ahí —le dijo en tono serio y seco.

—Pero sí...

—El acceso a esa sala está restringido.

—El señor Petri me dio permiso ayer para entrar, ¿sabe?

—¿Ves por aquí al señor Petri? —Aquella mujer estaba en plan chulesco y prepotente, lo cual comenzó a cabrear a Luly.

—¿Y cuándo volverá el señor Petri?

—No lo sé.

—¿Se encuentra bien?, ¿le ha pasado algo? —Empezó a sentir

preocupación por el viejo bibliotecario.

—No lo sé.

—Vale, de acuerdo, usted gana. Ya volveré. —Luly no quería enfrentarse con aquella insufrible mujer.

Salió de la biblioteca con un enfado notable, y se pasó las clases de la tarde enfurruñada. Aquellas pocas horas se le hicieron más largas incluso que las de la mañana. En su pensamiento ya solo estaba largarse de allí y visitar a su yaya, era el bálsamo ideal para un día que había comenzado muy bien y que había ido a peor.

* * *

La yaya llevaba varios años enferma. Su memoria se había ido desvaneciendo con el paso del tiempo, y a duras penas recordaba ya a sus hijos, nietos o bisnietos, salvo a Luly. Era algo poco habitual, pero de su memoria reciente la única que se resistía a irse era Luly, su única bisnieta pelirroja.

Para los padres de Luly aquellas visitas eran agridulces. En cuanto entraban en la habitación, la cara de la yaya era de desconcierto, de miedo; no sabía quiénes eran aquellas personas que la saludaban y le daban besos. Pero detrás de ellos, veía llegar a Luly y su cara cambiaba. Sus ojos se abrían hasta lo que los pliegues de su vieja piel permitían, y una sonrisa se dibujaba en su rostro. Entonces era cuando dejaba escapar de sus labios el nombre de su bisnieta y levantaba sus débiles brazos en busca de su abrazo.

La señora Wallace no podía evitar emocionarse, presa de la tristeza por no ser reconocida por su propia abuela, pero también alegre por verla feliz junto a su Luly. Las veía juntas y era como ver a unas gemelas con ochenta años de diferencia.

Siempre ocurría lo mismo. Después de un buen rato donde lo que reinaba era el silencio, y a veces muy incómodo, todas las visitas de la yaya se despedían de ella y abandonaban la habitación; unos volvían a casa, otros se iban a la cafetería de la residencia a hacer tiempo, y Luly era la única que se quedaba con la yaya, a las dos les gustaba disfrutar de un rato a solas para contarse sus cosas.

—¿Te has echado ya novio, hija mía? —la yaya comenzó como siempre en cuanto estuvieron solas.

—No, yaya, no quiero novios todavía. —Luly sonreía mientras abría un

brick de zumo y servía dos tazas—. Primero quiero acabar mis estudios y después esperaré que llegue a mí el príncipe azul.

—Déjate de príncipes, anda. Lo que necesitas es un buen hombre que te quiera y te haga reír, lo demás no importa.

—¿Cómo el yayo? —Luly le puso una taza en la mano y se sentó junto a ella—. Dime una cosa, yaya, ¿tuviste muchos novios antes de casarte?

—Solo uno aparte de tu yayo.

—Ah, ¿sí? —Luly estaba algo sorprendida, aquella información no la conocía y siempre había dado por sentado que su yayo fue el primer y único amor de su vida.

—Sí, mi niña. Antes de George tuve un gran amor, y, ¿sabes qué? Él sí era de aquí. —La yaya sonreía con ternura mientras cogía de la mano a su bisnieta—. No sé qué habrá sido de aquel apuesto y culto caballero, tal vez haya muerto, o tal vez no. Era cinco años más joven que yo, ¿sabes?

—¿Por qué nunca me has contado esa historia?

—No habría llegado el momento, cariño.

—¿Ha llegado ya el momento? —Luly la miraba como una niña pequeña pidiendo su regalo.

—Te contaré la historia —la anciana sonrió a la vez que daba un sorbo a su zumo—: conocí a Emile un día antes de cumplir los veinticinco, y un año antes de emigrar a Nueva York y conocer a George. Recuerdo que aquel día fui con mi madre a visitar a una tía que estaba ingresada en el manicomio de aquí.

—¿Hablas de San Servolo? —Luly preguntó con interés y extrañeza.

—Sí, hija, el mismo lugar donde tú estudias ahora. Antes en esa isla solo estaba el sanatorio mental, y en una parte del edificio descubrí algo que me fascinó.

—¿El qué?

—Una parte del antiguo monasterio se había conservado como museo, el lugar que correspondió a la biblioteca de los monjes benedictinos. Nunca vi tantos libros juntos, y todos más viejos que yo misma ahora. —Sonrió con su propio chiste.

—¿Con una puerta que tenía un pomo en forma de serpiente? —Luly estaba cada vez más intrigada.

—Veo que aún se conserva. —La bisabuela de Luly la miró atenta—. Y por lo que veo, también has estado allí. ¿Qué sentiste al entrar?

—No sé, muchos sentimientos: miedo, alegría, deseo, tristeza...

—Eso mismo sentí yo la primera vez que Emile me mostró aquel lugar —continuó con su historia—. Por aquel entonces él trabajaba como aprendiz del custodio de la biblioteca. Era un muchacho muy inteligente, y su padre consiguió que lo aceptaran para cultivarse como un entendido de las letras.

—¿Y cómo lo conociste? —preguntó Luly—. ¿Cómo es posible que fueses al manicomio y acabases conociendo al único cuerdo de la isla?

—No me gustaba ir a ver a la tía, y, en cuanto la saludaba, prefería bajar al parque a esperar a que mi madre saliera. Y ese día Emile estaba allí también, sentado en uno de los bancos de piedra, con la cabeza agachada y mirando el suelo. Me fui hacia el banco y me senté a su lado.

»"—Hola. Me llamo Lucila, ¿y tú? —preguntó con voz suave una vez que el muchacho se giró para ver quién se había sentado a su vera.

»"—Yo me llamo Emile. —El chico se quedó embobado cuando vio que quien le hablaba era una preciosa mujer de cabellos rojos y unos ojos de color verde claro, casi azulado, que lo miraba con curiosidad.

»"—Mucho gusto, Emile. —Lucila le tendió la mano para saludarlo, pero el chico, en vez de hacer lo propio para estrechársela, se la tomó con cuidado y la acercó hasta sus labios, dándole un beso en el dorso.

»"—El gusto es mío, señorita. —Emile sonrió, sintiéndose un verdadero caballero en aquel instante.

»"—¿Está usted ingresado aquí? —Lucila nunca se andaba con rodeos, y clavó sus enormes ojos en los de él para ver su reacción.

»"—¡¿Qué?! ¡Oh, no! ¡No! —Emile se puso nervioso y pensó que no había sido tan buena idea lo de besarle la mano, ahora lo había tomado por un paciente más del manicomio—. De verdad que no, yo soy el aprendiz del bibliotecario, nada más; no tengo nada que ver con el manicomio, se lo juro. ¿Y lo está usted?

»"—Tal vez sí que tenga algo de loca. —Lucila sonreía de forma contagiosa, era difícil verla sonreír y no hacer lo mismo.

»"—Ten cuidado, no vaya a ser que acabes algún día aquí. —Emile por fin rio, y los hoyuelos que se le hacían en la cara le parecieron a Lucila de lo más atractivo que jamás había visto en un hombre".

—¿Y qué pasó después?

—Que comencé a ir más a menudo a ver a mi tía. —Sonrió picarona—. Me enseñó la biblioteca, la sala llena de libros antiguos. Hablábamos de historia, de literatura, de todo. Nos encantaba estar juntos. Creí que había

encontrado al hombre de mi vida, pero no pudo ser.

—Fue entonces cuando tuvisteis que emigrar, ¿verdad? —Luly empezaba a encajar las piezas con la historia que sí conocía de su familia.

—Sí, hija mía. —La yaya se entristeció al recordar ese episodio de su vida—. La Segunda Guerra Mundial estalló y tuvimos que marchar a las Américas.

—¿Y te despediste de Emile?

—Lo intenté de todas formas, pero mi padre no me lo permitió. Le escribí algunas cartas desde Nueva York, pero nunca obtuve respuesta.

—Tal vez murió en la guerra, ¿no?

—Algo me dice que no. Lo último que supe de él fue que, muchos años después, algo pasó en la isla con una chica que huyó, o murió, no lo sé, y, por casualidad, me enteré de que Emile seguía trabajando en aquella biblioteca.

—Esa chica... —Luly estaba cada vez más interesada en todo lo que la yaya le contaba—. ¿No sería por casualidad la que dicen que es el fantasma de San Servolo?

—Las leyendas son así, mi niña. Unos dicen que es ella; otros, que no, pero allí debió de morir mucha gente, así que aquello tendría que estar repleto de fantasmas, ¿no crees?

—Tienes razón, yaya, pero ya sabes lo que gustan las historias de espíritus y todo lo que sea paranormal.

—Cree en las cosas que puedas ver, sentir, tocar, en las personas de carne y hueso. En Nueva York conocí a tu bisabuelo, y mira, gracias a eso, te tengo a ti hoy. —La yaya era toda ternura y amor cuando miraba a su bisnieta.

—No hay nada que me alegre más que ser parte de ti. —Siempre repetía esa frase con orgullo.

—Lo único que siento es que la cabezota de tu madre al final te pusiera mi nombre. —La vieja Lucila rio porque sabía que a su bisnieta no le gustaba llamarse así—. Y mira que le dije que no, pero las tradiciones mandaban, hija.

—No es que no me guste, yaya... —No sabía cómo salir del paso en aquella ocasión.

—No te preocupes, mi niña, si a mí tampoco me ha gustado nunca; si lo llego a saber me hago llamar como tú, Luly es un nombre que me encanta.

—¡Gracias, yaya! —Se abalanzó sobre la anciana y la estrechó entre sus brazos.

—Anda, hija, vete ya y no los hagas esperar más. —Miró a su bisnieta y le hizo un guiño que la dejó algo desconcertada.

—Sí, me voy ya, pero prometo venir en cuanto pueda para que me cuentes más cosas, ¿vale?

—Trato hecho, cariño.

Volvió a darle otro abrazo a su yaya y la colmó de besos antes de dirigirse a la puerta de la habitación. Se detuvo bajo el umbral y se giró para mirar a la anciana de cabellos plateados y frágil figura.

—Yaya...

—Dime, hija.

—¿No recuerdas nada de mi madre o de mi padre? —La miraba con algo de tristeza en los ojos—. ¿Ni siquiera un poquito?

—No, mi pequeña, lo siento —contestó sin vacilar y esperó unos segundos hasta que Luly comenzó a girarse de nuevo para marcharse—. Soy una loca, ¿recuerdas?

Luly la miró de nuevo; tenía una extraña sonrisa en el rostro, una sonrisa divertida, como la de una niña pequeña, y, entonces, fue ella la que le lanzó un guiño antes de desaparecer por la puerta.

VI

Mike se despertó con la sensación de que lo que había soñado era real. Ya eran varias las noches en las que soñaba con la chica pelirroja y su cara llena de pecas. Cuanto más pensaba en ella, más guapa le parecía, y temía que, de seguir así, lo único que rondase su mente durante el día fuera la imagen de aquella muchacha.

Sintió alegría al no experimentar ninguna molestia en su espalda, y, mirando al techo en silencio, dijo para sí mismo un «gracias» que, sin duda,

iba dedicado a Marcus. Se levantó para arreglarse antes de desayunar. Estaba suscrito al periódico de la ciudad y adoraba tenerlo en la puerta antes de comenzar su café con tostada.

Una noticia le llamó la atención: aquel gran proyecto del que siempre escuchó hablar había sido cancelado, ya no tendrían un museo en el viejo edificio de la isla de San Servolo. Pensó que aquella noticia podría interesarle a Anton, aunque seguro que, a esas alturas, el Guardián ya sabría mucho más que él y que el periódico. Se quedó pensando qué pasaría entonces con todo lo que ya se había rehabilitado, era una lástima ese derroche de dinero para, al final, nada.

Salió de casa un poco antes de lo habitual porque quería tener tiempo de hablar con Anton tranquilamente. Al bajar al embarcadero se encontró allí al viejo guarda viendo a los alumnos pasar uno a uno. Parecía como si fuera pasando lista, como si recordara la cara de todos y cada uno de ellos.

—Buenos días, Mike.

—Buenos días, Anton —saludó y le acercó el periódico que había llevado consigo desde casa—. Hay una noticia que tal vez te interese.

—¿Lo del museo? —Anton cogió el periódico y lo dejó en el mostrador de la caseta—. No creo que diga nada que ya no sepa. Hazme tú un resumen, por favor.

—Que no siguen con el proyecto del museo, básicamente es eso.

—Políticos y burocracia, era de esperar. No tardarán en dismantelar lo que ya habían hecho para hacer alguna otra cosa.

—Pues es una pena. —Mike parecía algo decepcionado, aquel proyecto siempre le había llamado la atención—. Al menos me lo enseñarás antes de que desaparezca, ¿no?

—Claro que sí, faltaría más. Si quieres, ven este fin de semana; te invito a comer aquí y a pasar el día conmigo.

—Acepto encantado. —Se le notaba ya impaciente—. Bueno, Anton, me voy a dar unas cuantas clases, que los alumnos están ávidos de conocimiento.

—A estas horas, lo dudo... más bien será sueño... —Anton se echó a reír mientras se despedía de Mike.

Llegó el primero al aula. Se preparó para recibir a los alumnos. Siempre le gustó saludarlos a todos al entrar, y, por eso, cerró la puerta de la parte de atrás, así todos tendrían que pasar por delante de él.

Comenzaron a llegar los primeros. Uno por uno fue dándoles los buenos días, hasta que llegó Jerom y rompió el paso. Mike lo vio acercarse con el

brazo levantado mostrando su palma, y no lo dudó, chocó la suya con él. Tenía claro que era un buen chico, a pesar de todo, y aquel gesto era la confirmación de que habían hecho las paces. Lo que ocurrió a continuación no se lo esperaba: la preciosa pelirroja llegó hasta él, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Mike estaba incrédulo y la miró un segundo a sus preciosos ojos azulados. Tenían un brillo extraño que le hizo sentir un gran calor por todo el cuerpo, y lo notó más en su rostro, que a esas alturas debía de parecer un tomate. No sabía qué hacer ni dónde meterse, y agradeció sobremanera que Alessandra hiciera lo mismo que Luly, y también las chicas que las seguían. El remate lo puso el beso de Claudio, el más inesperado de todos, pero que consiguió sacarle una sonrisa y hacerle entender que no era nada del otro mundo y que aquella clase era especial por muchas cosas.

—Gracias... —se limitó a decir, mirando con admiración a toda la clase antes de comenzar la lección.

* * *

Acabó la mañana de clases, y, por suerte para él, también la jornada. Era el único día que tenía libre por la tarde, y lo iba a aprovechar para comer con su amigo Sack en el Di Magio, tenían asuntos muy importantes que tratar. En el embarcadero no encontró como de costumbre a Anton, así que supuso que estaría almorzando. Subió al barco rumbo a tierra firme. Durante el viaje no hacía más que darle vueltas a la pregunta de Luly. No dejaba de preguntarse a qué venía esa curiosidad por averiguar si sabía turco. Era una chica muy lista; lo había preguntado por alguna razón, y no sabía si podría esperar a saberlo, o tendría que preguntarle él mismo.

Se sentaron en la mesa de siempre. Mientras esperaban al camarero, Mike tenía la vista fija en la mesa vacía que se encontraba al otro lado del local. Sack se quedó observándolo.

—¿Hace dos días que la viste y ya la echas de menos? —Sack pareció adivinar lo que pasaba por la mente de su amigo.

—Dos días no —Mike dejó escapar un suspiro que le dijo a Sack mucho más que unas palabras—, apenas unas horas.

—¿Cómo dices? No me digas que...

—Sí, amigo mío, es una de mis alumnas...

—Vaya sorpresa... —Sack comenzó a reír—. Si no querías caldo...

—Toma dos tazas... Ja, ja y ja. —Mike sonreía, aunque en el fondo sabía

que al final tendría problemas—. Yo creo que me persigue, ¿no crees?

—Qué más quisieras tú. Esa chica puede tener al hombre que quiera, y, sin ofender, no creo que sea su profesor de Literatura... —Sack ya estaba riendo a carcajadas cuando llegó el camarero para tomarles el pedido.

Pidieron un par de cervezas y unos platos variados para compartir. Comieron sin prisas, hablando de la familia, de los trabajos, un poco de fútbol y algo de motos hasta que les sirvieron el café. Entonces fue el momento de hablar del tema por el que habían quedado.

—Y bien, ¿qué puedes decirme de eso? —preguntó Mike primero.

—Que está todo casi listo. Si la quieres, es tuya. —Sack lo miraba con mucha atención—. ¿Seguro que es lo que quieres?

—Es lo que quiero, Sack, y, además, no la voy a encontrar tan barata.

—No sé si llamarlo barato. Aunque te ahorres algo ahora, vas a gastar más en la reforma que si te compras algo nuevo.

—La iré reformando poco a poco; estoy harto de estar de alquiler, ya me apetece tener mi hogar, y qué mejor que la antigua casa donde pasé mi infancia, ¿no crees?

—Si no la hubieran vendido tus padres...

—Tuvieron que hacerlo, ya lo sabes. —Mike recordaba con tristeza aquel momento del pasado—. Y en cierto modo, es una manera de hacerles un regalo a ellos también.

—Pues no se hable más. Esta misma tarde les digo que aceptas y cerramos el trato. —Sack tendió su mano y Mike la estrechó con fuerza.

—Trato hecho. —Una sonrisa de satisfacción inundó el rostro del profesor. Su amigo Sack era el mejor agente inmobiliario de toda la ciudad—. Solo una cosa más.

—Dime.

—¿Crees que podríamos ir a verla esta tarde? No tengo clases.

—No creo que haya ningún problema, deja que haga un par de llamadas y listo.

—Gracias, Sack.

* * *

Mike miraba la calle desde la ventana de la buhardilla. Después de tantos años, volvía a estar en su cuarto de la infancia. Observaba la alargada travesía que subía desde la placeta hasta la misma puerta de la casa. Había una cuesta

considerable, eso se hacía evidente nada más ver la magnífica vista que desde allí se tenía de una buena parte de la ciudad.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —Sack alzó la voz para que pudiera escucharlo de una vez—. ¡Mike!

—¿Eh? Sí, perdona, me he quedado en Babia recordando cosas el pasado.

—¿Fue aquí? —Sack se colocó al lado de Mike y miró también por la ventana.

—A mitad de la calle, en el cruce del árbol.

—Eso pasó hace mucho tiempo. —Sack se giró y miró atento la habitación—. Necesita mucho, mucho, mucho trabajo si quieres que esto parezca un hogar algún día.

—No tengo prisa, Sack, poco a poco. —Mike seguía absorto junto a la ventana.

—Los que se la compraron a tus padres nunca llegaron a vivir aquí, por eso la casa está así, intacta pero vieja. —No parecía hacerle mucho caso—. Nunca dieron con el tipo ese, ¿verdad?

—No. Desapareció como si hubiera sido humo, pero en fin... Como tú has dicho, son cosas del pasado. El caso es que la casa vuelve a ser de la familia. —Una sonrisa apareció en su rostro—. Podemos irnos, tengo que ir a casa y preparar las clases del resto de la semana.

—Cuando tú quieras. Para principios de la semana que viene lo tendré todo listo.

—Muchas gracias, Sack.

* * *

El resto de la semana transcurrió sin sobresaltos. Mike se adaptó rápidamente a su nueva rutina; los alumnos resultaron ser mucho mejores de lo que esperaba, y eso le facilitó las cosas para todo. Por otro lado, cada vez le gustaba más aquella alumna de cabellos rojos y cara llena de pecas. Cuando aparecía por clase con el pelo suelto, le costaba horrores no quedarse mirándola la hora entera; se volvía loco cuando parte del cabello caía por la mitad de su rostro, le cubría uno de los ojos y ella comenzaba a soplar para apartarlo. Aquella chica lo estaba haciendo enloquecer, y, a veces, incluso perdía la concentración y repetía cosas que ya había dicho. Por momentos pensaba que la pelirroja se daba cuenta de todo y que por eso sonreía de

aquella forma tan dulce.

Los días fueron pasando entre miradas y palabras que siempre decían más de lo que parecía, hasta que llegó el sábado en que el viejo guardián le enseñaría lo que no muchos podían ver en aquella isla. Se sentía como un niño pequeño.

Antes de que el barco atracase en el embarcadero, vio cómo Anton lo esperaba, esta vez no en la caseta y con su uniforme de diario, sino sentado en uno de los bancos de piedra que rodeaban el acceso al embarcadero. Iba como una persona normal, como alguien que se va de pícnic o a pasear tranquilo.

—Buenos días, guardián de San Servolo —saludó Mike nada más bajar del barco—. O tal vez debería decir hoy Anton a secas...

—Buenos días, señor profesor. —Anton se levantó para saludarlo—. De vez en cuando me gusta no ser ninguno de los dos.

—Hay veces en que coincido con eso, también me gustaría desaparecer y no tener que ser el que todo el mundo espera. —Mike sonreía mientras echaban a andar hacia el viejo edificio—. ¿Y qué tal se presenta el fin de semana?

—Ah, pues lo cierto es que muy bien, no suelo tener muchas visitas por aquí, y no es lo mismo cocinar para uno que para dos. —Anton miró a su acompañante—. Espero que seas de los de buen apetito...

—Eres una caja de sorpresas, Anton. ¿Qué has preparado de menú?

—Pues... —Se llevó la mano a la barbilla e hizo un gesto de pensar—. Para abrir boca, unos *ariancini* y unas berenjenas a la parmesana; de plato estrella, *pizza quattro stagioni*, y de postre, helado artesanal hecho por mí mismo. ¿Es de su agrado, señor?

—¡Caramba! —Mike lo miraba absorto sin saber si creerlo o no—. Resulta que también eres un buen chef, ¿no?

—Años y años cocinando solo, no hay más secreto que ese. —Habían llegado al edificio principal por su parte de atrás—. Bien, estamos en el lugar en el que se conserva una parte del manicomio. Originariamente, la entrada principal estaba por delante, justo donde te encuentras con Secretaría, pero decidieron separar los dos recintos. Esta puerta de aquí solo se usaba cuando traían enfermos que nadie quería que se supiese de ellos.

—Entiendo. —Mike se quedó observando un pequeño embarcadero que había al final de una vereda que iba desde la puerta hasta el agua—. Cuántas personas no acabarían aquí sin merecerlo, ¿verdad?

—Más de las que podemos imaginar. —Anton asintió con la cabeza—. Venga, entremos.

El viejo guardián sacó unas llaves antiguas que Mike se quedó mirando con atención. Eran de un tamaño considerable, y el arco de las llaves hacía la forma de una serpiente. Anton cogió la de mayor tamaño y la introdujo en la cerradura, y, después de dos vueltas y dos chasquidos, empujó hacia dentro haciendo chirriar la puerta.

—Bienvenido al Hospital Mental de los Padres de San Giovanni di Dio. Espero que la visita te guste. —Lo invitó a pasar de una manera amable pero algo siniestra que a Mike le hizo gracia.

—Será todo un placer.

Del antiguo manicomio se conservaban tres estancias. La más grande era la que se usaba como museo en sí, donde podían observarse, en vitrinas, enseres del lugar tales como camisas de fuerza, cadenas... Había algunas camas con correas para atar a los pacientes, platos y vasos de plástico, y un buen número de fotografías. Se notaba que se había dejado todo a medio hacer. Al lado, había una habitación pequeña que en su día fue destinada a ser el quirófano del centro. Se conservaban casi intactos los utensilios de cirujano: los bisturíes, las tijeras y, lo que más inquietó a Mike, los aparatos de trepanación.

—Dan escalofríos, ¿verdad? —Anton reía mientras miraba a Mike recorrerlo todo con atención.

—Un poco sí, la verdad. No puedo ni imaginar las cosas que debieron de suceder en este lugar, entre estas paredes.

—Pasaron muchas personas por aquí, y bastantes de ellas murieron; algunas, por las torturas; otras, por las supuestas curas a las que las sometían, y muchas más acabaron quitándose la vida, si es que las dejaban, claro. —Le hizo una señal a Mike para que lo acompañase—. Ven, queda lo mejor.

Anton empezó a andar por un estrecho pasillo que parecía bordear el quirófano, hasta llegar a una puerta de hierro. Ahí se detuvo. En esta ocasión tuvo que tirar de la puerta para abrirla. Mike se quedó a la entrada mientras el hombre entraba en aquella habitación oscura y buscaba algo, hasta que se iluminó la estancia. Los ojos del joven profesor se abrieron al máximo.

—¡Guau! —exclamó Mike mientras entraba también.

Jamás había visto algo parecido, tan solo en las películas, por eso le parecía aún más impresionante. Aquel era el lugar donde los recluían, bien por castigo, o bien por su propia seguridad. Aquella habitación no tenía

ventanas y estaba acolchada por completo. Pequeños paneles de color blanco sobresalían como si fueran los asientos tapizados de una silla. Se acercó a una de las paredes y posó su mano en la suave tela. Tuvo una sensación extraña, como si revivieran los sufrimientos que se habían vivido en aquella habitación. Entonces miró a Anton, estaba junto a la pared del fondo, al lado de unas cadenas que bajaban desde el techo y que acababan con unos grilletes.

—¿Te apetece probarlas? —le preguntó.

—Mejor no. —Mike siempre fue un valiente para todo, pero aquel lugar le daba mala espina y no se sentía cómodo. En ese instante advirtió algo en una de las paredes laterales: unas hendiduras de forma rectangular, como si fuese una puerta, pero algo más pequeña de lo normal—. ¿Qué es eso?

—Es justo lo que estás imaginando.

—¿Una puerta?

—Así es, pero solo se abre desde el otro lado.

—¿Y a dónde va? —El profesor sentía gran curiosidad por el nuevo descubrimiento.

—A la gran biblioteca de los monjes, está pared con pared —le contestó Anton percatándose del enorme interés que mostraba Mike.

—Tenía entendido que se había perdido todo en un incendio, ¿no?

—Esa es la versión oficial. Y sí, ardió buena parte, pero lo más importante se salvó de las llamas. —Anton se acercó a él—. Después de almorzar te la enseñaré, ¿vale?

—¡Dios! ¡Me encantaría, Anton!

VII

Las dos primeras semanas transcurrieron con bastante normalidad: las clases siguieron su curso, Luly continuaba esperando el regreso del señor Petri y Mike iba con sus idas y venidas y sus problemas de espalda. Pero esa rutina se cortó el día en que un muchacho irrumpió en la clase. Luly y Alessandra se quedaron con la boca abierta al verlo entrar.

—Buenos días, señor profesor —dijo tras tocar en la puerta y entrar en el aula—. Me llamo Armand, soy un alumno nuevo.

—Buenos días. —Mike se acercó a él y estrechó su mano—. Bienvenido, Armand. Yo me llamo Mike, soy el profesor de Literatura Contemporánea.

—Mucho gusto, Mike —respondió el chico con cierta desgana.

—Siéntate donde quieras y, si tienes cualquier duda, solo tienes que preguntar.

El chico se dirigió al fondo, al único lugar donde quedaban sitios libres, y, al pasar al lado de las chicas, le guiñó un ojo a Luly, la cual lo siguió con la mirada hasta que se sentó en un pupitre.

—¡Shh! —Alessandra llamaba la atención de su amiga en voz baja—. ¿Qué hace este aquí?

—No tengo ni idea. —Luly la miró con atención y con el mismo gesto de sorpresa que tenía Alessandra.

Cuando el timbre sonó y Luly salió del aula, Alessandra estaba hablando con Armand. Notó el gesto serio de su amiga al acercarse a ellos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó la pelirroja sin rodeos.

—Yo también me alegro de verte, ¿eh? —ironizó Armand con una gran sonrisa—. ¿Este es vuestro recibimiento?

—Tal vez es porque no esperábamos recibirte —alegó con autoridad y el semblante muy serio.

—Oye, guapo —Alessandra comenzó a mostrar sus peores modos—, si has venido a molestarla, que sepas que no pienso pasar ni una, ¿entendido?

—¿Molestarla?, ¿a quién? —Armand siguió sonriendo, pero su forma de hablar se volvió más chulesca por momentos—. Solo he venido a estudiar y a sacarme una carrera, nada más.

—Me parece muy bien; te deseo mucha suerte. —Luly cogió del brazo a Alessandra y tiró de ella para irse de allí—. Vámonos, Aless, aquí no hay nada que ver.

—¡Hasta luego, chicas! —gritó Armand mientras se alejaban, y entonces sintió cómo alguien chocaba contra él.

—Uy, perdona, no te he visto. —Jerom simuló que no se había dado cuenta y le dio un empujón con el hombro—. ¿Estás bien, tío? Perdona, ¿eh?

—Mira por dónde andas. —Armand parecía enfadado.

—¡Lo tendré, perdona! —le gritó Jerom mientras se alejaba junto a Claudio.

* * *

—Que sepas que ha vuelto por ti. —Alessandra siempre iba al grano.

—Me vas a quitar las ganas de comer, Aless. —Suspiraba con resignación mientras removía y soplabla al plato para enfriar la sopa—. ¿Acaso crees que no lo sé?

—Sofía dice que pidió el traslado esta misma semana, y claro, como es de una familia importante, no ha tenido problemas en que se lo concedieran.

—Mira, yo paso. Él que haga su vida, y yo, la mía. —No le apetecía hablar de ese tema—. Has ido a Sofía para preguntarle por mi ex, pero mira cómo no te has acordado de preguntar qué es lo que le pasa al señor Petri.

—Se me ha olvidado, perdona —contestó con tono sarcástico—. Creo que es más importante esto que lo de los libritos esos.

—¡Aless! Se acabó hablar de Armand, ¿vale? —Comenzaba a enfurecerse—. Quiero saber qué ponía en aquel libro, algo me dice que es importante.

—Tía, estás obsesionada con eso, con la biblioteca y todas esas chorradas, y sigo pensando que es más importante lo de que Armand haya vuelto después de un año sin saber nada de él.

—No tiene por qué haber regresado por mí, Aless.

—¿No? —Alessandra abrió sus brazos con las palmas hacia arriba en señal de incredulidad—. No seas inocente. Puede permitirse estudiar donde quiera. Se fue a Harvard porque era la mejor universidad del mundo y ahora resulta que viene aquí para terminar la carrera. Yo es que me parto.

—Eso no me importa, Aless. Ya no quiero saber nada de él, no me importa lo que haga o deje de hacer, ya no forma parte ni de mi vida ni de mi corazón.

—Es verdad. —Alessandra sonrió—. Ahora tu corazón lo ocupa otra persona, ¿no?

—No empieces. —Luly se ruborizó.

—Me parece bien que lo niegues y se lo ocultes a todo el mundo, pero ¿a mí también? Ya te vale.

—Esa relación es imposible, Aless, lo sabes muy bien.

—¿Imposible por qué?

—Eso solo pasa en los libros. Es mi profesor, es mayor que yo, y, además, no creo que le interese una niñata como yo.

—Creo que sus ojos no dicen lo mismo.

—¿De veras lo crees?

—Estoy convencida, eso salta a la vista, y, si no me crees, pregúntaselo a él.

—Sí, claro, lo cojo y le pregunto si está coladito por mí, ¿no?

—Eso es, ya lo vas pillando.

—Estás loca, Aless.

Armand entró en el comedor y se dirigió hacia la mesa donde estaban las chicas. Cuando estas se dieron cuenta de que iba hacia ellas, se quedaron en silencio y siguieron comiendo.

—¿Qué tal, guapas? —preguntó tomando asiento al lado de Luly—. ¿Se come bien aquí?

—Solo tienes que probarlo —contestó Alessandra—. Ah, no, espera, que tú te vas a la ciudad a comer en un buen restaurante, lo había olvidado, ¡qué cabeza tengo!

—Sí, es cierto, no tardo nada en coger mi lancha e ir a tierra firme a almorzar. ¿Acaso es un pecado?

—Claro que no, Armand —Luly intercedió en la conversación—. ¿Qué quieres?

—Nada en especial, saber de ti, qué ha sido de tu vida en este último año.

—Has tenido casi trescientos sesenta y cinco días para preocuparte por eso, ¿no? —Alessandra volvió a la carga, aunque se calló cuando vio la mirada que le lanzó Luly.

—Estoy muy bien, gracias por tu interés —le contestó—. El año pasado fue genial, y este va a ser aún mucho mejor.

—Me alegro muchísimo por ti. —Armand sonrió y la miró con atención—. Y bueno, ¿sales con alguien?

—¿Eso te importa? —Miró fijamente a Alessandra para que no saltara con alguna bordería.

—Bueno, en cierto modo sí, siempre he sido un cotilla.

—Pues sí, hay alguien fantástico en mi vida y me hace muy feliz, ya que preguntas.

—¿En serio? —Armand ya no sonrió de la misma forma—. ¿Y quién es el afortunado?, ¿algún compañero de clase?

—No te interesa, la verdad. Pero no, no es un alumno.

—Vaya, vaya, así que es de fuera, ¿eh? —Armand se levantó para marcharse—. Bueno, chicas, os dejo, tengo cosas que hacer. Nos vemos.

—*Ciao*, Armand —se despidió Luly con indiferencia.

En la puerta se encontraron Armand y Mike, cruzaron las miradas, pero no se dijeron nada, solo un leve saludo con la cabeza. Mike cogió una bandeja, eligió su menú y se sentó en la mesa de costumbre. No se percató de la presencia de las chicas, y por ello se sentó de espaldas al lugar donde ellas almorzaban. Luly y Alessandra se miraron.

—¿Por qué le has dicho eso a Armand? —habló primero Alessandra.

—¿Decir el qué?

—¡Oh, vamos!, ya sabes el qué.

—Así me deja tranquila, ¿no crees?

—Tú sabes tan bien como yo que moverá cielo y tierra para descubrir quién es tu príncipe azul.

—Que busque. Como no hay nada, se volverá loco al no encontrarlo.

—No hay, pero sí lo hay. —Alessandra giró la cabeza en dirección a Mike, y Luly acompañó el gesto de su amiga.

—No me líes, Aless, por favor. Al final tendré que preguntarle un día de estos.

* * *

Por fin llegó el sábado, y los cuatro amigos habían quedado en el Di Magio para tomar el café y, después, unas cervezas y unas copas. Luly no tenía muchas ganas de salir ese fin de semana, pero tuvo que aceptar ante la insistencia de Alessandra. Según le había dicho, tenían algo importante de que hablar, y, conociéndola, podía ser cualquier cosa. Fue la última en llegar, la que más interés puso en reunirse, pero la que llegó tarde. Los demás ya estaban impacientes. En cuanto la vieron entrar por la puerta, comprendieron por qué llegaba tarde, venía como si fuese a una boda o a celebrar la Nochevieja.

—Tanto meterme prisa a mí y llegas media hora tarde. —Luly no la dejó ni sentarse antes de decírselo—. ¿Hay alguna fiesta y no nos hemos enterado?

—Calla, calla... ¿A que me queda monísimo? —Alessandra sonreía y desprendía seguridad y atractivo por todas partes—. Es que he quedado con Carlo para ir a dar una vuelta después.

—¡Eh!, ¿no habías quedado con nosotros? —Jerom le preguntó algo molesto.

—Claro, con Carlo he quedado más tarde, para después. Primero vosotros.

—Por mí, bien, no tenía ganas de salir y así podré irme pronto a casa. — Luly reía mientras los miraba a los tres—. Y bien, ¿qué es eso de vital importancia que tenías que decirnos?

—¡Yo lo sé! —Claudio no se aguantó más tiempo callado—. Seguro que es que se casa con el Carlo ese, ¿a qué sí?

—Déjate de tonterías, anda. —Alessandra le lanzó una mirada asesina—. He estado pensando en lo del libro ese que le quita el sueño a la loca esta.

—¿Y? —Jerom preguntó antes de que Luly lo hiciera.

—El sábado que viene vamos a ir a por él —soltó sin más.

—¿Cómo has dicho? —Luly observaba con atención a su amiga—. ¿Qué vamos a qué?

—Que vamos a ir a por ese dichoso libro para que nos dejes en paz a todos.

—Ah, vale —dijo Jerom irónico—. Vamos, nos colamos, lo cogemos y nos largamos. Una gran idea, sí.

—Ese es el plan, chicos. —Alessandra hablaba con total seriedad, aquella idea iba en serio—. El sábado que viene, de madrugada.

—¿Te has vuelto loca? —Luly comenzaba a pensar que a su amiga se le había ido la cabeza—. ¿Estás hablando de colarnos en la biblioteca y robar un libro?

—De cogerlo prestado... O, en todo caso, le haces unas fotos, pero que salgan bien esta vez.

—Aless, deja de decir tonterías, por favor. —Luly comenzó a enfadarse con Alessandra.

—Me apunto —soltó Claudio alzando su copa al aire.

—¿Qué? —Luly lo miraba con los ojos encendidos ya.

—¡Qué diablos! —Jerom levantó también su copa—. Necesito un poco de aventura. ¡Yo también me apunto!

—¿Estáis locos o qué? —Luly se cruzó de brazos en la mesa.

—Querida, ya lo ves. —Alessandra tenía los ojos fijos en lo de su amiga—. Todos estamos de acuerdo, así que no te puedes echar atrás.

—Pero... no podemos, es peligroso. ¿Y si nos pillan? —La pelirroja parecía algo más relajada—. Y no creo que sea tan fácil como os creéis.

—No será fácil, por eso mola. —Jerom parecía entusiasmado con aquella locura—. Si nos pillan, no creo que pase nada, diremos que fuimos a hacer manitas y listo.

—Ja, ja y ja —Luly rio con sarcasmo—. Si nos pillan se nos cae el pelo,

y hasta podrían expulsarnos de la universidad.

—Si no tuviera riesgo, no sería interesante, ¿no crees? —Claudio chocó el puño con Jerom como símbolo de complicidad.

—Tenemos una semana para estudiar el lugar, los horarios del personal, cómo es el turno del guarda, dónde dejan las llaves y todo eso. —Alessandra parecía tener ya trazada buena parte del plan.

—Está bien. —Luly suspiró profundo—. De acuerdo, hagamos una locura. Ya que veo que lo tenéis decidido, dime de qué me tengo que encargar yo. ¿Averiguo lo de la biblioteca? Lo de las llaves y eso, quiero decir.

—No, a ti ya te tiene muy vista la borde del mostrador, es mejor que no te vea aparecer por allí en esta semana —Alessandra le hablaba con autoridad, como si fuese la jefa de un comando de élite o algo parecido—. Dejaremos eso para Jerom.

—¿Qué? —Jerom respondió sobresaltado—. ¿Cómo que yo? ¿A la biblioteca? No sé ni dónde está, no la he pisado en toda mi vida, Aless.

—Lo sé, pero, si hay alguien capaz de caerle en gracia a la señora Ferraro, ese eres tú. —Alessandra lo tenía todo previsto—. Luly, tú tendrás que encargarte de conseguir un transporte. Necesitamos un barco.

—¿Y de dónde quieres que me saque yo un barco? —Luly estaba perpleja en aquel momento.

—Tendrás que ingeniártelas para conseguir uno, y, como última alternativa, ya sabes quién tiene barco...

—¡Ni hablar! No pienso pedirle ningún favor.

—Haz lo que quieras, pero consigue uno. Me da igual que tengas que robarlo o hacerlo tú misma, pero consíguelo. —Alessandra sabía ordenar, no había duda—. Yo me encargaré de averiguar la rutina de Anton las noches del fin de semana.

—¿Y yo qué? —Claudio estaba expectante por conocer su cometido—. ¿Qué queda para mí?

—Tú serás nuestro comodín. —Le guiñó un ojo—. Servirás de apoyo para la misión y, cuando sea necesario, tendrás que hacer alguna maniobra de distracción o ayudarnos en lo que surja.

—O sea, que soy el que sobra, ¿no? —Claudio parecía algo decepcionado.

—Todo lo contrario; al final serás el más necesario, estoy segura de ello —Alessandra intentó convencerlo—. Ya sabéis, este lunes comenzamos la

misión. Y ahora un brindis por esta nueva aventura entre amigos.

Los cuatro levantaron sus copas y las chocaron en el centro. Todos sonreían, aunque, por dentro, un cosquilleo los recorría, aquella locura también los ponía nerviosos. Luly ya solo pensaba en saber por fin qué ponía en aquel libro.

VIII

—¡Dios! Estaba todo riquísimo, Anton. —Mike se relamía con la última cucharada de helado—. Creo que me voy a venir a vivir contigo...

—Me alegra que te haya gustado. No suelo cocinar para ningún invitado, por eso me hacía ilusión. ¿Quieres repetir helado?

—¡Oh, no, por favor! No me entra nada más. —Mike se dio unos golpecitos en el vientre—. Otro bocado más y te juro que reviento.

—Pero un café sí, ¿no? —Anton reía y se sentía orgulloso de que su invitado hubiera quedado satisfecho.

—Vale, a un buen café no puedo decirle que no.

Después de tomar el café, Anton acompañó a Mike a ver lo que quedaba pendiente. Buscó entre sus llaves y cogió la que abría la puerta de la biblioteca. Mike lo siguió hasta el viejo edificio. Al entrar, el silencio era sobrecogedor, aún mucho mayor que en un día normal, se notaba la ausencia de las pisadas y el pasar de las hojas de los libros. Anton le indicó que lo siguiera por el pasillo hasta llegar al fin donde había otra puerta de igual tamaño que la que daba acceso desde la habitación acolchada y con un tirador en forma de serpiente.

Anton empujó, sin embargo, la puerta no se abrió. Puso cara de

extrañeza y de cierta contrariedad, pero a los pocos segundos ya tenía en la mano la llave para abrirla. Invitó a Mike a entrar mientras él encendía las luces.

Mike se quedó maravillado nada más entrar a la sala. Hasta donde alcanzaba su vista, solo veía estanterías y estanterías con baldas repletas de libros, unos más antiguos que otros, pero auténticas joyas.

—Esto es extraordinario, Anton. —Se sentía como un explorador descubriendo un tesoro—. No tenía ni idea de que existiera un lugar así.

—Todas las bibliotecas, sean como sean, esconden los mayores tesoros que uno pueda imaginar.

—En eso te doy toda la razón. Este lugar es, es... No tengo palabras, de verdad.

—Tienes total libertad para recorrer los pasillos. Yo te dejo un momento solo, aprovecharé para comprobar que están bien cerradas puertas y ventanas, ¿vale?

—No hay problema, no pienso moverme de aquí.

—Muy bien entonces. Cuando vuelva terminaremos la visita turística. —Anton sonrió y salió por la misma puerta por la que habían entrado.

Mike comenzó a caminar despacio entre las estanterías, prestando atención a los libros que despertaban su curiosidad, bien por su tamaño, su forma, su aspecto, o por el título. Si por él fuera, se habría pasado el resto de la vida leyendo todos aquellos libros. Allí tenía que haber escritos que nadie había leído en siglos.

Oyó un ruido metálico en uno de los pasillos cercanos a donde él se encontraba, como si alguien hubiera movido algo pesado.

—¿Anton? —preguntó en voz alta y temerosa—. ¿Eres tú?

Permaneció quieto un instante, prestando toda su atención a cualquier sonido que pudiera escucharse, pero no volvió a oír nada. Despacio, con sumo cuidado, echó a andar en dirección al lugar de donde creyó que había provenido el ruido. Se asomó al pasillo con lentitud, con miedo de encontrarse con algo inesperado, pero no había nada ni nadie. Todo estaba en silencio, todo parecía estar en su sitio. Observó algo que rompía la simetría de aquel lugar: uno de los libros sobresalía entre los demás. Se acercó despacio hasta allí. Era un libro bastante grande, de piel, y en cuyo lomo no aparecía ningún título ni fecha. No tenía ninguna marca. Lo cogió con cuidado y lo extrajo del estante. Lo sostuvo entre sus manos mirando bien la portada, pero tampoco había nada escrito ni dibujado. Pero algo sí llamó su

atención: de la parte superior pendía algo que parecía haberse usado para señalar alguna página del libro. Mike abrió lo abrió por el lugar marcado. El marcapáginas era una pulsera. Se quedó observando la pequeña joya de plata, que, desde luego, no parecía muy antigua. Era estrecha y de hilo trenzado, muy sencilla. Mike dedujo que alguien la había dejado allí hacía poco. Entonces prestó atención al libro. Lo primero que vieron sus ojos fue el dibujo de un camafeo antiguo, que seguramente había sido tallado a mano. El dibujo estaba muy logrado, era casi como una fotografía, por lo que aquella joya debió de haber sido muy hermosa en su época. Le llamaron la atención los adornos en forma de escamas, y todo el conjunto exterior se asemejaba a una serpiente enroscada. En el centro, la imagen de una mujer bastante borrosa había perdido el color con el paso del tiempo.

Lo siguiente que hizo fue mirar en la hoja de al lado, tal vez allí hubiera algo sobre aquel dibujo. Estaba escrito en turco. Mike se quedó pensativo un instante; alguien le había preguntado por el turco hacía no mucho tiempo, y al momento recordó que había sido la chica pelirroja quien lo había hecho. ¿Sería casualidad? ¿Tal vez aquella pulsera era de ella?

Comenzó a traducir lo que venía escrito. Parecía una especie de ficha, como si fuera un registro para algún lugar. Leyó: «San Giovanni di Dio». Rápidamenteató cabos: aquel libro era un libro de altas y bajas de pacientes para el manicomio. Pero ¿por qué en turco? Era muy extraño. Al traducir lo que iba leyendo encontró:

Huésped: 110915
Fecha: 01/07/1963
Edad: 21
Nombre: Chloé Petri
Responsable:
Historia:

Era lo último que había escrito en esa página. «¿Petri?», aquel apellido le sonaba, pero en ese momento no lograba recordar de qué. Seguro que, al continuar leyendo, podría averiguar más cosas. Expectante, pasó la hoja y se encontró con otro dibujo, esta vez era de un crucifijo, y la página siguiente comenzaba con otro número, otro nombre, otro paciente. Al prestar más atención, pudo ver cómo un par de hojas habían sido arrancadas. Faltaba esa información, alguien la había hecho desaparecer. ¿Sería el dueño de esa

pulsera? ¿Qué tenía de especial aquella paciente?. Las dudas lo abordaban.

—¡Mike!, ¿por dónde andas? —Anton había regresado.

—Estoy aquí, Anton, ven.

—¿Qué has encontrado? —preguntó el viejo guarda cuando llegó a su altura y lo vio con un libro en las manos.

—Un libro interesante, pero resulta que le faltan unas hojas.

—¿Cómo que le faltan?

—Sí, que se las han arrancado de cuajo.

—¿Qué? Como se entere el señor Petri, la que nos puede caer... Será mejor que nos vayamos de aquí enseguida. Déjalo todo como estaba, Mike.

—Pero si no hemos hecho nada, estaba ya así.

—Eso da igual, no deberíamos estar aquí. Ni yo tengo permitida la entrada, solo su custodia, y el señor Petri aparece cuando menos lo esperas.

—Vale, vale, nos vamos. —Mike colocó el libro tal y como estaba—. Oye, ¿has dicho Petri?

—Sí, es el bibliotecario desde antes de que yo llegase aquí. —Anton parecía intrigado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque creo que las hojas desaparecidas pertenecen a una tal Chloé Petri, tal vez sea algún familiar.

—No lo sé, la verdad es que no sé apenas nada de su vida. —Anton cerró con llave la pequeña puerta—. ¿Por qué te interesa tanto?

—Bueno, realmente no es que me interese demasiado, la verdad. —Mike sonreía—. Solo que me encantan los misterios, y cuando algo se mete en mi cabeza no dejo de darle vueltas.

—¿No puedes ser normal, o qué? —Anton lo miraba con los ojos clavados en él—. Todo el mundo pensando en la fiesta de disfraces del viernes, y tú buscando unas hojas arrancadas.

—¿Fiesta?, ¿qué fiesta? —preguntó Mike intrigado.

—No puedo creerme que no te hayas enterado.

—Lo cierto es que no; estoy demasiado ocupado con el trabajo, mis sesiones de *fisio* y mi futura casa como para estar también informado de los actos sociales.

—En la ciudad se celebra una gran fiesta de disfraces, como si fuese un ensayo general para el carnaval —le explicó, escueto, el guarda—. ¿Nueva casa, has dicho?

—Nueva realmente no. —Mike rio—. En verdad he recomprado la antigua casa familiar, donde pasé mi infancia.

—Anda, mira qué bien. Me alegro por ti, profesor. Eso es que tienes pensado echar raíces aquí, ¿no?

—Esa es la idea, Anton, esa es la idea... Y bueno, ¿tú vas a la fiesta?

—¿Yo? —Anton soltó una carcajada—. Ya sabes que a mí no me gusta salir de aquí, y, además, nunca me gustaron demasiado ni las fiestas ni disfrazarme. ¿Y tú?, ¿irás?

—Pues no lo sé, pero, ahora que lo dices, es posible que me dé una vuelta, llevo mucho tiempo sin hacer vida social. Si te animas, ya sabes...

—Ah, no, muchas gracias, pero como que no.

—Pues yo me lo voy a pensar muy seriamente. Ya te contaré.

* * *

La semana de trabajo había llegado a su fin. La última clase de la mañana del viernes marcaba el inicio del fin de semana. Otra más que había transcurrido más rápido de lo que parecía, y eso que ahora había otra cosa aparte de Luly que rondaba su cabeza: lo de aquel libro también le quitaba el sueño.

Mike se dirigió a la biblioteca nada más salir del aula. Entró y se fue directo al mostrador.

—Buenas tardes —saludó, educado, a la mujer tras el mueble, la cual pareció ignorarlo por completo, porque ni levantó la cabeza. Mike repitió el saludo—: Buenas tardes.

—Te he oído la primera vez —respondió sin moverse y siguió con sus cosas—. Buenas tardes, espera un segundo.

—De acuerdo. —Mike se apoyó en el mostrador y esperó unos minutos a que aquella señora terminase lo que estaba haciendo.

—Dime —le instó al cerrar una carpeta alzando la vista.

—Solo quería preguntarle cómo obtener un permiso para acceder a la sala de los libros antiguos, la del final del pasillo.

—Otro... No puedes entrar ahí —objetó seca.

—Ya sé que no puedo, por eso le pregunto qué tengo que hacer.

—No llevo esas cosas, así que lo siento mucho. —Siguió derrochando simpatía.

—Soy el profesor de Literatura Contemporánea, ¿sabe?

—Y yo la bibliotecaria, ¿y?

—No, nada. ¿Ni los docentes tienen el acceso permitido?

—Nadie puede entrar ahí, ya se lo he dicho.

—Vale, vale. —Mike se estaba desesperando—. ¿Y quién lleva esas cosas entonces?

—El bibliotecario.

—¿Y no es usted? —Mike intentaba mantener la serenidad y a duras penas lo conseguía.

—Yo solo lo sustituyo.

—Entonces... es el señor Petri quien da esos permisos, ¿no?

—Ya te he dicho que no puedo ayudarte.

—Y dónde está el señor Petri, si puede saberse.

—Ni lo sé ni me importa —lo cortó tajante.

—Gracias por la ayuda. —Mike se cansó, porque vio que no iba a ninguna parte con aquella conversación.

—De nada.

Abandonó la biblioteca con la sensación de haber perdido el tiempo, pero antes de salir del viejo edificio en dirección a casa, paró en Secretaría. Se detuvo frente al mostrador y suspiró profundo.

—Hola, Mike —le dijo Sofía, sonriente—. Vienes de hablar con la señora Ferraro, ¿verdad?

—Hola, Sofía. Sí, de allí vengo. Esa mujer... ¿Tiene algún problema?

—Todos creemos que nació así. —Sofía hizo un gesto con las manos de total desconocimiento, que arrancó una sonrisa a Mike.

—¿Tú sabes dónde está el señor Petri?

—En el hospital, ¿por qué?

—¿Cómo?, ¿qué le ha pasado?

—Le dio un ataque el primer día de clase, justo al llegar a su casa. Suerte que un vecino lo encontró.

—Pero ¿está bien? Me refiero a que si se encuentra ya mejor.

—Por lo último que sé, sigue en coma, y los doctores no saben nada.

—Pobre hombre. Espero que se recupere pronto. —Mike no pudo evitar entristecerse un poco—. Oye, Sofía, ¿están sus familiares con él en el hospital? Me gustaría acercarme y darles ánimo.

—El señor Petri no tiene a nadie, que yo sepa —le informó Sofía, en un tono de pena—. Al menos eso tengo entendido.

—Es una verdadera lástima. Bueno, Sofía, me marcho ya. Que tengas un buen fin de semana.

—Igualmente, Mike.

En el embarcadero buscó a Anton para decirle lo que había averiguado acerca del señor Petri y, ya de paso, pedirle que lo dejara entrar en aquella sala aunque solo fuese los fines de semana hasta que el viejo bibliotecario estuviera repuesto, pero no lo encontró por allí, así que subió al barco y se dirigió al Di Magio.

* * *

—Cuento con vosotros entonces, ¿verdad? —Mike miraba a Sack y a Marcus mientras el camarero les servía los cafés.

—¿Y ese interés por ir a la fiesta de disfraces? —preguntó Sack—. Nunca te ha gustado salir de juerga.

—Por eso mismo. Cada vez me encierro más en casa, ya ni voy a la consulta de Marcus a las sesiones...

—Doy fe de ello. —El fisioterapeuta asintió con la cabeza—. Últimamente soy yo el que tiene que ir a su casa, como esta tarde, por ejemplo.

—Sí, pero después nos vamos un rato a dar una vuelta por ahí, ¿no? —Mike volvió a dejar caer la pregunta.

—Por mí vale —contestó Sack.

—Y por mí también —añadió Marcus—. Como tu sesión es la última, me llevaré el disfraz y me cambio en tu casa si te parece, ¿no?

—¿Ya tienes el disfraz? ¿Tú también? —dijo mirando a Sack.

—Claro, nosotros sí tenemos vida social y esas cosas —contestó, echándose a reír.

—Vale, pues salimos de mi casa a las diez, nos tomamos unas cervezas y nos vamos a los festejos de la plaza. Ahora solo tengo que comprarme un disfraz.

—¿No tienes nada para disfrazarte? —Marcus lo miraba perplejo—, ¿en serio?

—Y tan en serio. Creo que no me disfrazo desde que era un niño, y fue antes del accidente.

—¿Sabes dónde hay un disfraz que podrías usar? —dejó caer Sack de repente.

—A ver, sorpréndeme. —Mike le siguió el juego.

—En tu nueva «vieja» casa.

—¿A qué te refieres?

—Sí, cuando le eché un vistazo antes de ponerla a la venta, en uno de los armarios había un traje de arlequín y una máscara veneciana a juego —explicó Sack—. Y yo diría que estaban sin estrenar siquiera.

—Pues mira, ya que lo dices, pasaré por ahí primero, y, si me gusta, me lo quedo. —Mike asintió con la cabeza—. Gracias por la ayuda, Sack.

—No hay de qué, para eso estamos.

—Venga, vámonos. Nos vemos en mi casa, y sed puntuales, sobre todo tú, Marcus...

Terminaron su café y, cuando salían por la puerta, se cruzaron con Alessandra y sus amigos. Mike sujetó cortésmente la puerta para que entrasen. La última en hacerlo fue Luly, que estuvo mirando a los ojos de Mike desde que entraron sus amigos hasta que le llegó el turno a ella. El profesor mantuvo la mirada. El roce de sus manos al pasar tan cerca hizo que apartasen los ojos el uno del otro. Sus rostros comenzaron a ruborizarse hasta que la pelirroja entró y Mike dejó cerrarse la puerta.

—Esa chica te tiene loco, ¿eh? —Sack sonreía mientras Mike se acercaba a ellos.

—Es una de mis mejores alumnas, sí.

—No me refería a eso —continuó Sack, atacándolo.

—Paso de ti.

—Yo también lo he notado —Marcus añadió su opinión.

—¿Notado el qué? —Seguía poniéndose más colorado todavía.

—Que te gusta... Y tú a ella también.

IX

Tal como acordaron, los chicos se vieron el miércoles en la cafetería para ultimar los detalles de la excursión. Por primera vez en años, llegaron todos puntuales. Alessandra tomó la palabra.

—Bueno, a ver. Por Anton, en principio, no hay problema. Salvo sus paseos por la mañana y una última inspección que hace antes de anochecer, parece que no sale de la pequeña casita que hay detrás del viejo edificio. ¿Cuál es la pega? Que no se separa de su juego de llaves nunca. —Después

miró a Jerom invitándolo a contar su parte—. ¿Qué tienes tú?

—La señora Ferraro es imposible, parece estar siempre enfadada y de malos humos —comenzó diciendo—. La llave para entrar en la sala misteriosa de Luly es una de esas viejas, y la guarda en el tercer cajón debajo del mostrador. Pero... también hay una pega: la llave de la entrada principal se la lleva a casa, por lo que las únicas llaves que quedan en la isla para entrar en la biblioteca son las de Anton.

—Esto se pone cada vez peor. —Alessandra suspiraba resignada viendo cómo su magnífico plan se iba al traste. Miró a Luly—. Bueno, dime que al menos tenemos el barco, ¿no?

—Me temo que no. —Luly la miró con cierto temor.

—No se lo has dicho, ¿verdad?

—Aún no, pero no te preocupes, hemos quedado en vernos en la fiesta del viernes, allí se lo pediré. —Guiñó un ojo.

—¿Un día antes? —Ya comenzaba a desesperarse—. ¿Y si dice que no? ¡Está saliendo todo mal!

—No dirá que no, de verdad, no te preocupes —intentó animarla.

—Da igual, aunque tengamos el barco, no tenemos las llaves y es imposible quitárselas al guarda.

—¿Puedo decir algo? —Claudio habló, no había dicho nada desde que comenzaron la conversación.

—Tu parte sí está, ¿no? —comentó Jerom con risa sarcástica—. Menos mal que tú nunca fallas.

—Muy gracioso. —Sonrió, movió un par de veces la cabeza hacia los lados y se puso serio—. No necesitamos conseguir la llave de la biblioteca para entrar.

—¿No? —Alessandra lo miraba con curiosidad—. ¿Cómo piensas entrar sin llave?

—Por una ventana.

—Si rompemos una ventana, Anton lo escuchará seguro —Luly se apresuró a hacerle aquella apreciación.

—No he dicho nada de romperla, solo hay que dejarla abierta la tarde del viernes y ya está.

—No es tan fácil, Anton comprueba todos los cierres de puertas y ventanas antes de meterse en su casa.

—Tú déjame a mí, yo me encargo de eso.

—De acuerdo, todo tuyo. —Alessandra lo vio tan seguro que accedió—.

Más te vale no fallarme, o toda mi ira caerá sobre ti.

—No hay problema. —Claudio asintió con la cabeza.

—Ya lo sabes. —Miró a Luly y frunció el ceño—. Consigue ese barco y podrás tener tu misterioso libro, ¿entendido?

—¡A la orden, mi capitana! —contestó Luly, haciendo el saludo militar. Ya solo quedaba esperar al viernes para ultimar los detalles.

* * *

El timbre de la última clase sonó. Para la pandilla, no tener clase los viernes por la tarde era una bendición del cielo. Jerom y Alessandra esperaron en la puerta del viejo edificio, los otros dos entraron en la biblioteca. Luly comenzó a simular que buscaba algún libro entre las estanterías, y, mientras, Claudio desapareció entre los pasillos en dirección a los baños de la primera planta. Había que hacerlo rápido para no levantar sospechas. Miró una por una las ventanas para encontrar la más apropiada, hasta que dio con la perfecta. Bajo aquella ventana había un montículo natural que elevaba el césped un par de metros. No sería complicado subir por allí ayudándose entre ellos. Sacó de su bolsillo un pequeño dado de madera, abrió la hoja de la ventana y lo colocó en el hueco donde cerraba el pestillo de la cerradura. La ventana quedaba cerrada a simple vista, pero, con un pequeño empujoncito, se abriría. Listo.

Claudio bajó, dio un par de vueltas por la biblioteca y salió de allí como si nada. Luly esperó un par de minutos y también salió del edificio en dirección al embarcadero. Allí estaban esperando los demás.

—¿Ya? —preguntó Luly dirigiéndose a Claudio.

—Sí, ya. —Levantó un pulgar al cielo—. Todo preparado para mañana.

—Solo nos falta el barco —lanzó Alessandra.

—Tranquila. Esta noche en la fiesta —contestó Luly sin estar muy convencida.

* * *

Llegaron andando y juntos al Di Magio. Los chicos iban delante discutiendo de fútbol, y las chicas comentando acerca de qué disfraz ponerse, aunque de vez en cuando a ellas les encantaba chincarlos con la clasificación liguera de su equipo.

Al llegar a la puerta del local salieron dos hombres, y un tercero se quedó sujetándola amablemente. A los pocos segundos lo reconocieron, era su profesor de Literatura. A Luly le dio un vuelco el corazón; se había acostumbrado a verlo en clase, pero fuera de la universidad era distinto y se puso nerviosa. Los chicos lo saludaron primero y entraron como si nada, continuando con su conversación futbolística, después pasó Alessandra dedicándole una gran sonrisa al *profe*, y Luly fue la última en entrar. Sabía que se le estaban sonrojando las mejillas, pero no pudo apartar la mirada de la suya. Necesitaba averiguar qué había detrás de aquellos ojos, qué querían decir, qué pensaban de ella. De forma inconsciente, estiró sus dedos al pasar junto a él, y el roce de sus manos fue inevitable, desatando en su piel un cosquilleo que la recorrió como si de una corriente eléctrica se tratase. Rompieron el contacto visual, Luly entró, y Mike dejó que la puerta se cerrase. Ella se giró sutilmente para verlo. Estaba mirándola también, y ella le lanzó una sonrisa que lo contagió.

—¿No ibas a preguntarle? —inquirió Alessandra en cuanto se sentó a su lado.

—No empieces, Aless —Luly se apresuró a cambiar de tema—: ¿Seguro que lo de la ventana funcionará?

—Cien por cien garantizado —le respondió Claudio con total seguridad.

—Muy bien, pues mañana quedamos aquí para cenar a las diez y media, y, al pasar la medianoche, vamos a la isla, ¿de acuerdo?

Todos asintieron. Ya solo había que esperar el momento. Luly estaba preocupada por todo aquello, pero eran mayores las ganas de volver a tener el libro entre sus manos. Algo la hacía desear conocer el contenido de sus páginas.

X

La gran noche del viernes por fin había llegado. Era el momento de la fiesta de disfraces, y tanto Luly y sus amigos como Mike y los suyos andaban cerca, pero sin saberlo.

—¿A qué hora has quedado con Armand? —preguntó una Alessandra disfrazada de Mujer Maravilla a una Luly que iba de Bella.

—A esta hora —contestó mirando de un lado a otro.

—¿Y cómo piensas encontrarlo, o reconocerlo?

—Dijo que vendría disfrazado de oro.

—Cómo no... un disfraz de pijo con dinero.

—Creo que es aquel. —Luly miró hacia la fuente, allí había alguien disfrazado con un traje de arlequín dorado. Podría ser Armand. Había mucha gente en la plaza, y, para colmo, parecía que ese año el disfraz de moda era el de arlequín—. Voy a acercarme por si es él.

—Vale, aquí te espero.

Luly se dirigió hacia la fuente de la plaza, abriéndose paso entre la multitud a base de perdones y empujones, hasta que consiguió llegar frente al disfraz dorado, un arlequín de oro desde los pies hasta la cabeza, porque incluso la máscara que le cubría toda la cara era también de ese color. Se quedó quieta, escrutándolo con la mirada para descubrir si era él o no. Salió de dudas en cuanto se quitó la máscara.

—Si lo llevo a saber, me hubiera disfrazado de Bestia... —Armand sonrió al darse cuenta de que Luly estaba allí.

—Un poco presuntuoso ir todo de dorado, ¿no? —respondió Luly con su sonrisa más sarcástica.

—Creo que me queda bien. —Armand presumía de su disfraz—. Y bien, ¿qué es eso tan importante que me tenías que pedir?

—Quiero que nos prestes tu barco para mañana por la noche, y el domingo te lo devolvemos. —Luly no se anduvo con rodeos, lo soltó sin más y esperó la reacción de él.

—Vale, no hay problema —respondió al instante, dejando a Luly con cara de sorpresa—. Solo quiero una cosa a cambio.

—¿El qué?

—Que me des un beso.

—Ni hablar. —Luly lo miró con cara de enfado.

—Es mi condición. O lo tomas, o lo dejas. —Armand se sentía muy seguro de sí mismo y vio en aquella necesidad su oportunidad—. Decide ya...

—Lo dejo. Quédate con tu barquito. —Luly se dio la vuelta y regresó hasta donde estaban sus amigos, dejando a Armand con dos pares de narices a los pies de la fuente, y les contó lo sucedido.

—¡Genial! Pues no tenemos barco. —Resopló Alessandra resignada.

—Lo siento, chicos. —Luly sentía que los había decepcionado.

—Bueno, todavía nos queda mañana para conseguir uno. —Claudio puso de nuevo el punto de optimismo—. Incluso podríamos alquilarlo, ¿no?

—Es una opción que no hemos barajado. —Jerom apoyó el comentario de su amigo.

—¡Eso es! No pasa nada. —Alessandra decidió quitarle hierro al asunto y no dejar que decayera el ánimo—. Estamos en una fiesta, ¿no? Pues a divertirnos, ya pensamos en lo del barco mañana.

Fue una gran noche, una fiesta muy divertida llena de espectáculos en la calle, y los cuatro estuvieron hasta tarde. Se despidieron recordando que tenían una cita en el local de siempre para cenar, ya fuera con barco o sin barco. Cada uno tiró por su lado.

Antes de abandonar la plaza, Luly se quedó mirando un momento a la fuente. Todavía estaba allí el arlequín dorado. Se quedó pensativa un momento. «¡Qué diablos!», se dijo a sí misma, y, armándose de valor y decisión, se encaminó hasta la fuente. Notó cómo el chico de oro se dio cuenta de que ella iba hacia él y se quedó mirándola hasta que estuvieron frente a frente a unos cuantos centímetros. Luly, sin pensárselo dos veces, se puso de puntillas, le cogió la cara con sus manos y, sin quitarle siquiera la máscara, lo besó con todas sus ganas. Haría lo que fuera por descubrir el secreto de aquel libro. Con lo que no contaba era que aquel beso fuese tan bien correspondido que casi la dejó con ganas de más.

—Ahora espero que no te echés atrás —le dijo, separándose de él y girando para marcharse, no quiso esperar a que le dijera nada. Había hecho lo que tenía que hacer.

* * *

En algún lugar de la plaza, Mike y sus amigos tomaban algo en uno de los muchos locales de los alrededores. Reían y hablaban de todo, pero, en especial, del llamativo disfraz del profesor.

—Estás siendo la sensación del bar, ¿eh? —Marcus seguía riendo—. Cuando llegues a la plaza te nombran mejor disfraz...

—Menos guasa, anda. —Mike dio un buen trago a su cerveza, consciente de que su *fisio* llevaba razón, todo el mundo lo miraba.

—Venga, venga, acabaos las cervezas, que nos vamos para la plaza, que hay ambientazo. —Sack venía de pagar las últimas rondas.

Los tres amigos salieron en dirección a la plaza, era hora de bailar, divertirse, y mezclarse con la gran cantidad de gente que estaba disfrutando de la música y de la fiesta.

—Parezco un mamarracho —decía Mike mientras Sack y Marcus observaban cómo la gente se fijaba en su amigo.

—¡Para nada! —lo animó Sack—. Me recuerdas al cuento ese en el que todo lo que tocaba el rey se convertía en oro.

—Serás el más rico de la ciudad. —Marcus se echó a reír sin parar.

—No sé, tíos, no me termina de convencer, es demasiado... ¿brillante?

—¡Ale! —Sack se encaminó hasta el puesto de cervezas—. Te guste o no, ya estamos aquí, y vamos a por unas cervezas, que si no, esto no parece una fiesta.

La verbena se alargó en la noche más de lo que Mike imaginó en un principio. Todo el mundo iba disfrazado, era difícil encontrar a alguna persona vestida de calle, y se dio cuenta de que, salvo por lo llamativo de su color, no se llevaría un premio a la originalidad, porque había un número considerable de arlequines en la plaza y en las calles de la ciudad. Eso sí, todos lo miraban, y agradeció para sus adentros el llevar aquella máscara veneciana que le cubría todo el rostro, así nadie sabría que era él.

No faltaba de nada en la plaza y sus alrededores: pasacalles, carrozas, espectáculos de todo tipo, algún que otro grupo tocando en directo... Mike bailó y saltó lo que pudo, siempre bajo la atenta supervisión de Marcus, pero bebieron, rieron y hablaron de tantas cosas que se preguntó por qué no salía más veces de marcha. A medida que el cansancio hacía acto de presencia, se fueron acercando más y más a la fuente de la plaza, buscando el refugio de

los bancos de piedra que la rodeaban. No tardarían demasiado en retirarse a descansar, y Mike recordó que quería ir a visitar a Anton por la mañana.

El profesor de Literatura estaba absorto en sus pensamientos cuando a lo lejos vio a la pelirroja con un precioso disfraz. Al principio pensó que iba de princesa, pero, cuando prestó más atención, se dio cuenta de que no iba de princesa, sino de Bella, la protagonista de la película de Disney. Estaba preciosa con el pelo recogido en una bonita trenza que le caía por el hombro derecho, y no dejaba de sonreír con sus amigos. Se pasó un buen rato mirándola de reojo mientras intentaba seguir el hilo de la conversación que mantenía con los chicos.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Sack había dicho algo, pero ni se enteró.

—Que no te muevas, que vamos a pedir algo —le contestó mientras marchaba con Marcus en dirección a las barras.

Al girarse se quedó petrificado, la preciosa pecosa iba directamente hacia donde él estaba. «¿Me ha reconocido? No, no puede ser, es imposible». Su rostro desprendía pura decisión, y la vista la tenía fijada en él. No tardó mucho en estar junto a Mike, frente a frente, apenas unos centímetros separaban sus cuerpos. Mike esperó a que dijera algo o tendría que ser él quien saludara primero, pero no tuvo tiempo. Mientras miraba sus hermosos ojos azules, advirtió que se ponía de puntillas para acercar su rostro al de él. «Pero ¿qué hace?», fue lo único que tuvo tiempo de pensar antes de notar unos labios uniéndose a los suyos. El resto fue instintivo, desde hacía semanas soñaba con corresponder un beso de aquella pelirroja y se dejó llevar en el mejor beso de su vida. Después, sin más, dijo algo que él no entendió, se dio la vuelta y desapareció de la plaza poco antes de que Marcus y Sack regresaran con las copas. Mike se quedó como si flotara en una nube, sin comprender nada de lo que acababa de pasar.

XI

Mike no pegó ojo en toda la noche. Aquel beso de la pelirroja le arrebató el sueño por completo. No dejó de darle vueltas a la cabeza, no entendía a qué había venido aquello, había sido todo tan extraño e inesperado que no lograba comprenderlo. Y, encima, era demasiado temprano y no sabía qué hacer, si quedarse en la cama con los ojos como platos y pensando en lo mismo, si levantarse y dar un paseo, salir a desayunar fuera, o ir a comprar el periódico. También podría llamar a Anton para hacerle la visita, pero

recapacitó al ver la hora que era, no quería importunarlo.

Una luz se encendió en su cabeza, sí había algo que podía hacer y podría estar interesante. Se levantó de la cama como accionado por un resorte y se vistió todo lo rápido que pudo. En su mente habían cambiado los pensamientos, ahora solo rondaba por su cabeza una idea: su nueva casa. Era un buen momento para hacerle una visita y ver qué iba a reformar y cómo hacerlo para mudarse así cuanto antes. Subió la cuesta caminando despacio, dejando que los recuerdos de la infancia volviesen a cada rincón de su cabeza, pero, por desgracia, los buenos recuerdos duraban poco; el día del accidente se hacía dueño de su memoria. Ni los carabinieri ni sus padres, que movieron cielo y tierra, encontraron jamás al coche ni al conductor que les había destrozado la vida.

Se quedó frente a la puerta con las llaves en la mano, quieto, meditando si había sido una buena idea comprar aquella casa; tal vez los recuerdos negativos acabarían imponiéndose y ganando la partida a su intención de volver a ser feliz en aquel lugar. El tufo a cerrado le golpeó la cara como el día que estuvo con Sack. El polvo lo cubría todo, y solo los pequeños rayos que se colaban por las persianas iluminaban un poco la sala de entrada y el salón. Lo primero que hizo fue abrir todas las ventanas para dejar pasar la luz y el aire limpio. Miró a su alrededor. Estaba todo viejo, pero en un estado de conservación aceptable; tal vez no hiciera falta tanta reforma.

Entró en el dormitorio que antaño había sido de sus padres. Fue allí donde había encontrado el disfraz que se puso la noche anterior. Abrió el armario y lo contempló vacío. No entendía por qué alguien había dejado allí únicamente aquel traje tan llamativo, pero en el fondo le daba las gracias por haberle traído tanta suerte. Recordó entonces que su padre siempre le había hablado de que en aquella habitación tenía una caja fuerte escondida, pero, claro, jamás le había dicho dónde. Hizo un reconocimiento visual rápido por el dormitorio, y, como haría todo el mundo, se fue directo a mirar detrás de los cuadros que había en la pared, pero se llevó una gran desilusión al ver que no había nada.

—Demasiado fácil —pensó en voz alta—. Vamos, piensa, ¿dónde esconderías una caja fuerte?

Buscó por las paredes, por el suelo, dentro del armario, en busca de cualquier indicio que lo llevara a descubrir la caja fuerte, pero no dio con nada; era imposible que no la encontrase, y no quiso llamar a su padre para preguntarle, habría levantado sospechas y quería que aquella casa fuese una

sorpresa para él. Rendido, se dejó caer en la cama.

—Un momento... —dijo mirando al único lugar donde no había buscado.

Comenzó a examinar con detenimiento el techo de la habitación. Estaba construido a base de viejas vigas cubiertas con tablones finos de madera. Tenía que estar por allí. Con la vista, fue recorriendo todo el techo hasta que dio con una irregularidad, en una de las esquinas había un par de tablones que eran más cortos que todos los demás. Era allí, estaba seguro. Acercó una silla al rincón y se subió en ella. Llegaba a duras penas, lo justo para alcanzar a tocar los tablones. Golpeó con los nudillos en aquel lugar. Sonaba hueco. Una gran sonrisa dibujó su cara, acababa de encontrarlo. Empujó hacia arriba hasta que los tablones se desencajaron y los pudo deslizar por encima de los otros. Allí encontró lo que buscaba, una pequeña caja de hierro empotrada en el hormigón del suelo de la buhardilla. No era exactamente como la había imaginado; no tenía ni combinaciones de números, ni siquiera una cerradura para introducir una llave de seguridad o algo parecido, simplemente un pequeño cerrojo para abrir la pequeña puerta. Lo mejor de aquello era el lugar donde se escondía, sin lugar a dudas. Dentro encontró una pequeña carpeta de color azul del tamaño de medio folio. No había nada más. Bajó de la silla y se fue hacia la ventana con la carpeta en la mano, deseoso de saber qué documentos había en su interior. La abrió despacio, como quien manipula una bomba, y sacó su contenido. Eran un par de hojas dobladas por la mitad. La primera impresión que tuvo fue que eran muy antiguas y parecían escritas en otro idioma, quizás turco. Cuando las desdobló, el corazón le dio un vuelco. Reconoció aquel tipo de letra, aquel papel en que estaba escrita.

—No puede ser. Pero ¿cómo...?

Leyó despacio, quería corroborar lo que los indicios le estaban mostrando y en las primeras líneas se hizo evidente. Aquellas hojas eran las que faltaban en el libro de la biblioteca. Las preguntas comenzaron a agolparse en su cabeza. «¿Desde cuándo estaban allí?» «¿Su padre había sido el responsable?». No podía ser; por lo que él sabía, su padre jamás había estado en la isla de San Servolo, y su madre tampoco, o tal vez se lo habían ocultado desde siempre.

—No, es imposible, mis padres no pudieron ser, tiene que haber otra explicación.

Estaba dándole vueltas a lo de las hojas cuando tuvo una gran idea.

—Buenos días, ¿te he despertado? —Sack acababa de contestar a la

llamada—. Perdona que te llame tan temprano, pero necesito hacerte una pregunta importante.

—Mike, ¿eres tú? —contestó medio adormilado—. Pero ¿qué demonios haces levantado ya?

—Necesito saber quién le compró la casa a mis padres. ¿Podrías averiguarlo?

—Claro que sí: el mismo al que se la has comprado tú —le contestó entre bostezos.

—¿Cómo? ¿Todos estos años ha sido de la misma persona? —Mike estaba confuso—. Creí entender que ya era de la inmobiliaria para la que trabajas.

—En cierto modo sí; como es un hombre tan mayor, quería que nos encargásemos de todo. De hecho, tuviste suerte de que así fuese, porque ahora creo que está en coma, y sin su consentimiento notarial no podrías haber comprado la casa.

—¿Cómo dices? —Mike cada vez estaba más perplejo—. ¿Sabes su nombre, Sack?

—Claro que sí —le contestó Sack con curiosidad—. Se llama Emile Petri.

* * * *

Mike se quedó con la mirada fija en el comienzo de aquellas hojas. Era una ficha de ingreso del manicomio, de eso no había duda, pero no encontraba ninguna relación entre las fechas y nombres que reflejaban y el señor Petri, y, en aquel momento, todo parecía apuntar a que el viejo bibliotecario de la universidad era la misma persona que años atrás había comprado la casa familiar y el mismo que había arrancado las hojas del libro antiguo de la biblioteca. La pregunta era por qué; todo le parecía raro.

Se sentó al escritorio y encendió su lámpara de trabajo, estaba dispuesto a traducir aquellos textos antes de ir a ver a Anton. Estaba escrito en un dialecto bastante antiguo, pero, con paciencia, Mike sabía que era cuestión de horas traducir lo que allí ponía. Lo primero que hizo fue escanear aquellas hojas y hacer una copia, después guardó las originales en una carpeta para devolverlas a su lugar lo antes posible. Cogió su bolígrafo de color rojo y comenzó.

Fue instantáneo, como un acto reflejo, el color del primer trazo que

dibujó en el folio trajo a su mente la imagen de su alumna pelirroja, y, con ello, todos los misterios que la envolvían. Pese a todo el asunto de las hojas del libro, de su mente aún no habían desaparecido las dudas que despertaba en él aquella chica. Un cosquilleo le recorría el estómago cada vez que recordaba el beso que le había dado la noche anterior, y, encima, le extrañaba que le hubiese preguntado si sabía traducir el turco.

El tiempo fue pasando más lento de lo que esperaba, no le resultó tan sencillo como había imaginado traducir aquellas líneas. No alcanzaba a comprender por qué, si esas anotaciones se había hecho ya en pleno siglo xx, habían usado un idioma tan poco utilizado por allí y, encima, en el dialecto más antiguo que podía existir. Por unos instantes, pensó que aquella era una buena forma de ocultar a ojos ajenos cualquier información que no quisieran que se supiese, y entonces recordó varios escándalos que había habido en el viejo manicomio años antes de ser cerrado. Vino a su mente la historia del fantasma de la chica desaparecida en aquella isla, de la que nunca más se supo. Tal vez era la misma muchacha. Quizá se llamaba Chloé.

Aquella coincidencia lo hizo sonreír; era como si, en las últimas semanas, su vida girase en torno a mujeres de cabellos rojizos y pecas en la cara. Su pensamiento volvió a Luly una vez más. Por más que lo intentaba, no conseguía quitársela de la cabeza más que unos minutos, y siempre, a todas horas, tenía ganas de verla.

Se centró en lo que hacía, en las hojas que tenía frente a sí y que acababa de traducir. Todo indicaba que se trataba del bibliotecario de la universidad. Se había hecho tarde ya, incluso para ir a visitar a Anton, pero cuando lo llamó para decirle que mejor lo dejaban para otro día, sin saber cómo, Mike acabó aceptando una invitación a pasar la noche en la isla, proposición que despertó un gran interés en el profesor, que sintió volver a ser niño de nuevo.

Pero sí tenía tiempo de hacer algo más. Cogió unas cuantas cosas para pasar la noche fuera, las llaves del coche, y salió a toda prisa de casa. Condujo un buen rato hasta el hospital de las afueras; sentía la imperiosa necesidad de ver al señor Petri. De camino, iba deseando que estuviera despierto cuando llegase, o que al menos hubiera aparecido algún familiar que pudiera arrojar luz sobre sus dudas.

Preguntó en la ventanilla de información nada más llegar, en el vestíbulo. La mujer que había al otro lado puso cara de sorpresa cuando escuchó a Mike preguntar por la habitación del señor Petri.

—¿Es usted un familiar? —preguntó poniendo atención a la respuesta

que iba a darle el joven que tenía frente a ella.

—Oh, no —respondió Mike con amabilidad—. Soy profesor en la universidad y hace poco me enteré de que estaba aquí ingresado. Venía para ver cómo estaba.

—Ah, vaya. —La mujer parecía algo decepcionada—. Es usted el primero que viene a preguntar por él. Es una lástima que ese pobre anciano esté tan solo.

—¿No ha venido ningún familiar? —Mike también sentía curiosidad—. ¿Nadie, nadie?

—Nadie, y sigue en coma. Los doctores no saben si despertará algún día antes de que le llegue su hora.

—Vaya, qué pena. —Mike pensó que quizás nunca sabría la verdad—. ¿Puedo subir un momento, aunque sea para hacerle compañía?

—Claro que sí, y hasta es posible que pueda oírte, así que dale muchos ánimos. —Una sonrisa complaciente apareció en el rostro de la mujer—. Está en la habitación 101.

—Así lo haré, gracias.

Mike optó por subir las escaleras. Pese a que no era recomendable para su espalda, tan solo era una planta, y pensó que no habría problema. Subió despacio, agarrándose al pasamano para no hacer demasiado esfuerzo, y, a cada peldaño que subió, se sintió tan anciano como el hombre al que iba a visitar. Los miedos volvieron a su cabeza, esos miedos a tener que pasar por quirófano el día menos esperado, o el no volver a caminar jamás.

La habitación en cuestión estaba justo al lado del final del pasillo, frente a la mesa de guardia. A esas horas de la noche el silencio reinaba en el hospital. Ya se había acabado la hora de las visitas, los doctores no pasarían hasta la mañana siguiente, y la única persona que había por allí era la enfermera que permanecía sentada en una pequeña silla al frente de la mesa para hacer guardia durante la noche.

—Buenas noches —saludó Mike a la vez que sonreía—. Está tranquila la cosa.

—Buenas noches —contestó, amable, la joven enfermera, señalando a la pequeña lucecita que había sobre las puertas de las habitaciones—. Y así es casi siempre, es muy raro que se encienda una.

—Eso es que se portan bien —Mike soltó esa gracia sin pensar que a lo mejor no le caía muy bien.

—Se portan muy bien —respondió con una leve risa la enfermera—. ¿A

quién viene a visitar? Ya estamos fuera del horario de visitas.

—Lo cierto es que lleva razón. —Mike recapacitó sobre qué hacía allí y la hora que era y decidió marcharse—. Mejor vuelvo mañana.

—Como usted quiera. Mañana tendrá más tiempo si viene más temprano.

—Eso haré, gracias. —Volvió a sonreír a la enfermera.

Mike se dio la vuelta para enfilear las escaleras y miró hacia la habitación ciento uno. Al día siguiente podría volver con más tiempo a hacer no sabía qué, pero sentía que tenía que volver a ese lugar. Y entonces ocurrió, la lucecita roja de esa habitación comenzó a parpadear haciendo que Mike y la enfermera se mirasen con gesto de sorpresa. Ambos se dirigieron con rapidez hacia la puerta, hasta el punto de chocarse al querer entrar a la vez. Al final, Mike optó por la cortesía y dejó entrar primero a la enfermera. Él entró tras ella. Ni ellos sabían lo que esperaban encontrar. Allí solo había un anciano lleno de tubos, cables y una mascarilla que le suministraba oxígeno, tumbado en una cama y enchufado a un monitor que medía sus constantes vitales. No se movía nada, ni lo más mínimo.

—Ha debido de ser un fallo en la luz —dijo la enfermera acercándose al señor Petri para comprobar que todo estaba como debía.

—Vaya, por un momento pensé que había vuelto del otro mundo —añadió Mike.

—¿Es este hombre a quien quería visitar? —le preguntó la enfermera—. ¿Es familiar suyo?

—No, digamos que es un compañero de trabajo de la universidad.

—Es un detalle muy bonito que al menos alguien se acuerde de él. —La enfermera pareció alegrarse.

—Sí. —Mike prefirió no decir que no lo conocía en persona, que nunca había hablado con él y que si estaba allí era porque tenía que hacerle unas preguntas sobre unas hojas viejas—. Bueno, ya volveré mañana u otro día.

—Aquí estaremos para lo que necesite. —La enfermera se dirigió a la salida de la habitación.

Mike sujetó la puerta para que ella saliese primero y, antes de salir él también, se quedó mirando a la cama del señor Petri. Un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a cabeza cuando advirtió que el cable que pendía del techo con el pulsador de emergencia oscilaba con un movimiento muy leve. Permaneció quieto, atento al anciano, esperando algún movimiento por minúsculo que fuera. «¿Estará haciéndose el dormido? No, no puede ser, la

enfermera habrá rozado el cable al acercarse. Sí, ha debido de ser eso», pensó antes de salir y cerrar la puerta.

Salió del hospital. Miró su reloj, eran casi las once y media de la noche. Estaba a algo más de una hora de San Servolo, y Anton ya llevaría un buen rato esperando a que llegase.

* * *

Y no se equivocó, Anton estaba en el embarcadero aguardando su llegada cuando arribó en uno de los taxis acuáticos.

—Buenas noches, Anton.

—Buenas noches, profesor. —Anton estrechó la mano de Mike—. Sí que debe de ser algo importante para que vengas a estas horas y pagando un taxi, que no son baratos precisamente...

—Bueno, no tan importante. En realidad podría haber esperado a mañana o al lunes, pero, ya que estaba fuera, me he dicho: «¿Y por qué no?»

—Sabes que para mí es un placer que vengas a visitarme, hace mucho tiempo que nadie pasa la noche aquí.

—¿No me estarás tirando los trastos, verdad? —le preguntó Mike, divertido.

—Oh, no, tranquilo. —Anton se echó a reír—. No eres mi tipo, profesor, y además, un pajarito me ha dicho que ese corazón ya está ocupado, ¿cierto?

—Podríamos decirlo así —respondió Mike con una sonrisa, a la vez que pensaba en su alumna pelirroja y sus pecas.

En cuanto llegaron a la casa de Anton y tomaron asiento, el anfitrión sacó un par de cervezas.

—Y bien, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar? —preguntó después de dar un sorbo a su lata—. Me tienes bastante intrigado, la verdad.

—Hoy estuve en mi nueva casa —abrió su carpeta, sacó una funda de plástico transparente con unas hojas dentro y la dejó encima de la mesa— y encontré esto.

—¿Y qué es eso? —Anton cogió la funda y miró por encima con cara de no entender nada.

—Son las hojas del libro que vimos en la biblioteca, ¿recuerdas?

—¿Cómo? ¿Y se puede saber por qué las tienes tú? —preguntó Anton sorprendido—. ¿Cuándo has estado en la biblioteca?

—Estuve cuando me la enseñaste tú, después no ha habido forma de

volver a entrar.

—¿Y...?

—No lo sé, Anton. Al parecer llevan mucho tiempo allí, y, por lo que intuyo, el señor Petri está detrás de todo.

—¿Petri?, ¿el viejo bibliotecario?

—El mismo. Y, ¿sabes? Resulta que es quien compró la casa de mis padres al poco de que yo tuviera el accidente.

—Ya, pero no entiendo qué tiene que ver eso con lo de las hojas.

—Ni yo, Anton, pero por alguna razón se las llevó. Era como si quisiera ocultar lo que ponía en ellas —Mike respiraba acelerado—. Necesito que me dejes entrar de nuevo en la biblioteca; he de volver a ver ese libro, debe haber algo que lo explique.

—Vale, no hay problema, pero antes terminemos las cervezas. Relájate, profesor, que tenemos toda la noche —trató de serenarlo un poco—. Por cierto, ¿qué pone en estas hojas? No logro entender ni una palabra.

—Es porque están en turco. Es la ficha de una paciente del manicomio.

—¿Y qué tenía de interesante esa paciente?

—No lo sé, Anton, pero llevaba el mismo apellido que el señor Petri...

—¿Algún familiar?

—Yo creo que era su hija.

—Imposible. Según tengo entendido, el señor Petri jamás se casó, nunca tuvo hijos, y le pasa como a mí: de un modo u otro, siempre ha estado encadenado a esta isla.

—¿No tuvo ninguna hija? —Aquella revelación echó por tierra la teoría de Mike—. Entonces estamos como al principio.

—Venga, vamos antes de que sea más tarde. —Anton se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cogió las llaves y sacó dos linternas del mueble de la entrada y le entregó una a Mike—. No tardaremos mucho.

—Vamos entonces.

El paseo hasta el viejo edificio lo hicieron en silencio, era como si cada uno estuviera centrado en sus propios pensamientos. Mike observaba a Anton y podía advertir en su cara que algo le preocupaba.

—¿Qué pasa, Anton? —le preguntó mirándolo con curiosidad—. Tienes cara rara...

—No sé, tanta quietud y este silencio me dan escalofríos.

—¿Y no es mejor así?

—Supongo que sí. —El viejo guarda sacó sus llaves y abrió la

puerta de la biblioteca. En cuanto cerraron tras de sí, un pequeño chirrido se oyó en la planta de arriba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mike con los ojos bien abiertos y mirando en dirección a las escaleras que conducían al piso superior.

—Pues no lo sé, pero ha sonado como un espíritu errando por el pasillo... —le contestó mirándolo fijamente y tratando de aguantarse la risa.

—Muy gracioso. —Sonrió—. No tengo miedo.

—Claro que no, ¿por qué ibas a tenerlo? —Anton le dio un golpecito en el hombro para que comenzase a andar en dirección al chirrido—. Vamos a echar un vistazo.

—Vale, pero mejor que vayas tú delante. —Mike se detuvo para dejar paso a Anton—. Nadie conoce mejor que tú este lugar.

—Claro, claro...

Anton tenía cara de extrañado y algo preocupado, y Mike lo notó al momento.

—¿Qué te pasa, Anton?

—No pasa nada, pero es la primera vez que me dejo abierta una ventana. Las reviso bien antes de volver a casa —contestó mirándolo—, y estas ventanas son de las que siempre están cerradas.

—¿Cómo? —pareció preocupado—, ¿que no estamos solos?

—Puede ser.

—¿En serio? —Ya no sabía cómo reaccionar.

—Estoy bromeando, profesor. —Se echó a reír al ver la cara de inquietud de Mike—. Estamos más solos que la una. Y venga, vamos a la biblioteca de una vez.

—Ha tenido gracia, sí. —También comenzó a reír cuando la tranquilidad regresó a él.

Los dos bajaron de nuevo al vestíbulo. Anton se acercó al mostrador y abrió los cajones para buscar la llave. Sabía que siempre se guardaba allí, y era tan característica que sería fácil de localizar, pero no dio con ella, lo que lo hizo mirar a Mike y fruncir el ceño.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó encogiéndose de hombros.

—La llave no está donde debería estar.

—Tal vez se la llevó la bibliotecaria simpática.

—No sé, es raro —concluyó—. Vamos a ver si está abierta.

—Buena idea, a lo mejor se la ha dejado puesta.

—Es bastante improbable que la señora Ferraro haga eso, pero no te

preocupes, si está cerrada damos la vuelta y entramos por la sala acolchada.

—Muy bien, tú mandas.

Mientras conversaban llegaron a la pequeña puerta del final del pasillo, y la sorpresa se hizo evidente en sus rostros: allí estaba la llave, metida en la cerradura.

—¿Ves? Te lo dije. —Mike sonreía con gracia.

—Pues sí, la señora Ferraro debió de olvidarse de ella antes de salir.

Punto para ti.

Anton cogió la llave y la giró dos veces, después se limitó a girar el pomo y a empujar hasta que la puerta se abrió. Se quedó quieto, prestando atención al silencio.

—Me ha parecido oír un ruido aquí.

—Yo no he oído nada, Anton —susurró mientras aguzaba su oído también.

—Serán imaginaciones mías. Venga, vamos a por ese libro misterioso.

Mike echó a andar por delante de Anton, estaba seguro de saber encontrar el pasillo donde se encontraba el libro, pero cuando miró en la estantería solo encontró un hueco.

—No puede ser, debería estar aquí. Estaba aquí —dijo con pesadumbre.

—Tal vez te hayas equivocado de pasillo. —Anton movió sus manos y encogió los hombros—. Busca en el de al lado.

—Estoy seguro de que era este y que estaba en este mismo hueco de aquí. —Con su dedo señalaba el vacío entre libros que había en la estantería—. De todas formas, miraré por los otros pasillos.

—Está bien, pero no tardes mucho, anda, que se hace la hora de dormir. —Anton sonrió de oreja a oreja.

Más de media hora estuvo escudriñando aquellos pasillos, pero al final Mike se dio por vencido, se resignó y fue al encuentro de Anton en la puerta.

—No está aquí, Anton.

—Alguien se te ha adelantado y se lo ha llevado, y algo me dice que no hace mucho tiempo de ello.

—¿A qué te refieres?

—No estaba seguro, pero, nada más entrar en la sala, me ha parecido escuchar el motor de algún tipo de embarcación, y unido eso a lo de la ventana y la llave...

—¡Estaban saliendo mientras nosotros entrábamos! —Mike se sintió indignado e impotente—. Se lo han llevado delante de nuestras narices.

—Algo es seguro: ese libro parece más importante de lo que creía. — Anton sentía cada vez más curiosidad por todo aquel asunto—. ¿Tienes idea de quién puede estar interesado en el libro?, ¿el señor Petri, tal vez?

—El señor Petri no creo, pero sí tengo una sospechosa...

XII

Cuando el sábado por la noche Luly llegó al Di Magio, los demás la estaban esperando allí con caras largas. Por primera vez en mucho tiempo era ella la que llegaba unos minutos tarde.

—Buenas noches —saludó Luly nada más sentarse en el hueco que quedaba—. ¿A qué vienen esas caras?

—No hemos conseguido el barco —habló Claudio primero—. Y no podemos alquilar uno porque ninguno de nosotros estamos autorizados para

manejar embarcaciones.

—Así que... —Alessandra continuó— o tienes alguna novedad, o al terminar de cenar, todos a casita.

—Tenemos barco —apuntó Luly con una gran sonrisa.

—¿En serio? ¿Cómo? ¿Quién? —Alessandra era un mar de preguntas.

—En una hora vendrá Armand para darnos las llaves —dijo Luly mirando a su amiga—. Me mandó un mensaje preguntando dónde quedábamos.

—¿Y cómo es que ha recapacitado el idiota ese? —Jerom las miraba curioso, sabía que, entre sus miradas, las chicas se habían dicho mucho más de lo que parecía.

—Eso no importa, Jerom —le contestó Luly—, el caso es que tenemos barco. Ahora, a cenar y a coger fuerzas, que nos espera una noche movidita.

—Sí que tiene ser importante para ti ese libro, sí... —Alessandra sonreía mientras miraba a su amiga.

Terminaban de cenar cuando Armand entró al local y, tras buscar un momento el lugar donde estaban sentados, fue hasta ellos, cogió una silla de la mesa de al lado y se sentó junto a Luly.

—Hola a todos —saludó Armand sin quitar la vista de Luly—. ¿Para qué queréis el barco?

—Créeme, cuanto menos sepas, mejor para ti, y lo ideal sería que esperases aquí —le respondió Luly.

—¿Quedarme aquí? Si queréis mi barco, yo tengo que ir con vosotros.

—¡Ese no era el trato! —Luly elevó el tono de voz.

—¿Cómo dices? —El rostro de Armand reflejaba perplejidad—. Fuiste tú la que no cumplió su parte, y no creo que pidiese mucho, ¿eh?

—Pero ¿tú de qué vas? —Luly parecía comérselo con los ojos encendidos de rabia—. ¿Acaso no estuve a la altura de sus expectativas?

—¿Expectativas? —Armand estaba completamente desconcertado—. ¿De qué expectativas hablas?

—Hablo del beso. —Luly se sentía como una tonta por haberse dejado engañar.

—¿Beso? ¿Qué beso?, ¿el que no me diste? —Armand ya no entendía nada, y en el resto de la mesa el sentimiento era el mismo.

—¡El que te di cuando nos marchamos!

—Pero ¿qué dices? Justo después de decirme que no, me marché con mis amigos a la mansión de mis padres. —Armand comenzó a pensar que se

había vuelto loca.

—¿Cómo? —Luly prestaba atención a Armand y se dio cuenta de que en aquella ocasión no mentía—. Entonces..., ¿a quién diablos besé yo anoche?

Alessandra y los chicos comenzaron a reír a carcajadas. Los únicos que permanecían serios eran Armand y Luly.

—¿Cómo es posible que te confundieras? —Armand comenzó a creer las palabras de Luly, era evidente que decía la verdad.

—Y qué sé yo. —Luly no salía de su asombro—. ¿Y yo qué iba a pensar que habría otro chalado con el mismo traje que el tuyo?

—Eres un caso, Luly. —Armand no pudo más que ponerse a reír también—. Pero una cosa no quita la otra, quiero saber qué tramáis y para qué queréis el barco, y quiero ir con vosotros.

—Armand —Alessandra tomó de nuevo el control—, créeme, es mejor que no te metas en esto por si las cosas se tuercen.

—¿De verdad piensas que eso me importa? —Armand seguía dispuesto a participar—. Además, creo que soy el único capacitado para llevar una lancha, y, si como dices las cosas se ponen feas, será mejor contar con alguien preparado, ¿no?

—En eso lleva razón —opinó también Jerom—. Yo no soy un experto en navegar, y menos una lancha, y Claudio no monta bien ni en bicicleta...

—¿Tú qué dices? —Alessandra se dirigió a Luly. Ella era la que realmente tenía que decidir.

—Está bien. —Luly respiró con resignación—. Vendrás con nosotros, pero no te moverás del barco y estarás preparado en todo momento por si tenemos que salir corriendo de allí, ¿entendido?

—Perfectamente. —Asintió Armand con la cabeza—. Pero aún no sé a dónde vamos ni por qué.

—Vamos a la isla de San Servolo —le indicó Luly.

—¿A la universidad? ¿Esta noche? —Armand no esperaba esa respuesta—. ¿Acaso planeáis una trastada o algo así?

—Vamos a colarnos en la biblioteca para buscar un libro que le interesa a Luly —contestó Jerom antes que nadie.

—¿Qué pasa? —Armand cada vez comprendía menos—, ¿se le ha caducado el carnet de biblioteca? ¿No puede esperar al lunes?

—No seas imbécil... —Luly lo calló en seco—. Es de una sala a la que nadie tiene acceso, y quiero ese libro. Necesito ese libro.

—Vale, vale, tampoco quiero saberlo. Lo haré, no necesito saber más.
—Armand dejó de preguntarse por todo—. Cuando queráis, nos vamos.

* * *

Fueron caminando hasta el embarcadero, no estaba lejos del Di Magio. Armand iba el primero, al lado de Alessandra, que le iba explicando los pormenores del plan, y los demás los seguían. Bajaron una cuesta bastante empinada que tenía forma de espiral, hasta llegar al lugar donde la lancha estaba amarrada.

—Las damas primero. —Indicó a las chicas por dónde debían subir.

—Gracias, señor barquero —respondió Luly ante tal gesto.

En poco menos de diez minutos se aproximaron a la isla, dieron un par de vueltas a una distancia considerable y, cuando se cercioraron de que todo estaba tranquilo, Armand posicionó la lancha hacia el pequeño embarcadero de detrás de la biblioteca, dio un buen acelerón y detuvo el motor. Esperaba no haberse equivocado en los cálculos, la intención era llegar a su destino en total silencio. Poco después sonrió satisfecho por la extraordinaria maniobra que había hecho.

Todos, salvo Armand, desembarcaron intentando hacer el menor ruido posible. Tal como habían planeado, él se quedaría en la lancha, preparado por si había que huir a toda prisa; Claudio se mantendría vigilando por los alrededores y, si había algún peligro, los avisaría con un toque al móvil de Alessandra. El resto se dirigió a la ventana que les indicó Claudio.

Alessandra quiso ser la primera, le indicó a Jerom que la ayudara a llegar hasta arriba. El chico anudó los dedos de sus manos para conseguir un apoyo para el pie de ella y la aupó hasta que llegó sobradamente a la ventana. Con un suave empujoncito, tal como Claudio planeó, la hoja de cristal se abrió hacia dentro. Alessandra miró hacia abajo y sonrió a los chicos antes de entrar en el edificio. La siguiente fue Luly, y, por último, Jerom, que sin ayuda, con un buen impulso, se agarró a la cornisa y se reunió con las chicas.

Todo estaba muy oscuro. Luly sacó linternas para todos.

—Tened mucho cuidado con la luz, no queremos que nos descubran, así que llevadlas pegadas a la pared y bajo ningún concepto las dirijáis contra las ventanas, ¿entendido? —dijo Jerom a las chicas—. Tenemos que procurar usar una sola e ir juntos todo lo que podamos.

—Tú mandas —le contestó Luly indicando que la siguieran—. Venga,

seguidme, yo sé por dónde es.

Salieron de los baños y atravesaron el pasillo hasta llegar a las escaleras que los llevarían hasta la sala principal. Al bajar los peldaños observaron que allí sí había algo de luz, muy tenue: la de las luces de emergencia que por la noche permanecían en reposo, lo que las hacía emitir una paupérrima luz. Jerom se acercó al mostrador del bibliotecario y abrió el cajón donde estaba guardada aquella llave antigua, la cogió y se reunió con las chicas. Luly los dirigió por el pasillo que conducía hasta su objetivo. Los tres se miraron. A Luly el corazón le latía a mil por hora, estaba deseando entrar de nuevo en aquella sala y poder tener ese misterioso libro entre sus manos. Lo primero que hizo fue probar a empujar la puerta, pero, como era de esperar, se encontraba bien cerrada. Jerom le dio la llave, y, con cuidado, la introdujo en la cerradura haciéndola girar hacia la izquierda hasta dos veces. Un chasquido más fuerte que los anteriores les indicó que la puerta ya no les ofrecería resistencia, y el chirrido que hizo al empujarla les pareció cien veces mayor de lo que fue, por eso se quedaron quietos, esperando a que pasara algo, se escuchara a alguien acercarse, o sonasen las alarmas por todas partes. Los tres tenían el corazón en un puño.

Tras unos momentos de preocupación, desecharon el peligro y entraron, siempre tras los pasos de la pelirroja, que pareció tener muy claro hacia dónde debía ir. Como si hubiera seguido un mapa, fue directa hasta el lugar donde se encontraba el libro. Una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Estaba allí, en el mismo lugar en el que lo había dejado, como si hubiera estado esperándola desde entonces. «Ya estoy aquí, he venido a por ti», susurró en voz baja como si en realidad el libro la estuviera escuchando.

Alessandra y Jerom se miraron con gesto de incredulidad mientras Luly sacaba el viejo volumen de su sitio y lo sostenía con su mano izquierda y con la otra buscaba la página donde había colocado su particular marcapáginas. Allí estaba el dibujo en la primera página, y, en la segunda, el texto que no comprendía, pero notó algo extraño, como si no todo terminase de encajar. Algo había cambiado desde la primera vez que había estado allí.

—No quisiera romper este momento tan romántico entre ese libro y tú —dijo Alessandra mirando fijamente a Luly—, pero creo que deberías hacer las fotos que necesites cuanto antes, y largarnos de aquí cagando leches, ¿no te parece?

—A mí sí me lo parece —contestó primero Jerom.

—¡Vámonos! —dijo Luly de repente, cerrando el libro y cogiéndolo con

fuerza.

—¿Piensas llevártelo? —Alessandra la miraba con recelo—. ¿Se te ha ido la cabeza? Ese no era el plan, creo recordar.

—Cambio de planes —respondió Luly echando a andar en dirección a la salida—. Necesito verlo con calma.

—¡Luly, por Dios! —Alessandra se resignó y la siguió junto con Jerom.

Luly se detuvo poco antes de llegar a la salida, haciendo que Alessandra y Jerom hicieran lo mismo.

—¿Qué pasa, Luly? —le preguntó Alessandra.

—¿Cerrasteis la puerta después de entrar? —preguntó Luly sin dejar de mirar la vieja puerta de madera.

—No... —Jerom miraba por encima del hombro de Alessandra en dirección a la salida—. Estoy seguro de haberla dejado abierta. Y además, tú la abriste, ¿recuerdas?

—Sí, pero dejé la llave puesta por fuera, no la saqué de la cerradura —contestó Luly, algo asustada.

—Y no hemos escuchado que se cerrase, ¿verdad? —puntualizó Alessandra, y, con ello, acabó de meterles el miedo en el cuerpo.

Jerom pasó como una bala al lado de las chicas y se acercó a la puerta para tirar de ella. No consiguió moverla lo más mínimo.

—¡Maldita sea! —gritó preocupado—. Como sea una bromita de Claudio, os juro que lo mato...

—¡Este se entera! —añadió Alessandra, sacando una escueta sonrisa—. Espera, lo llamaré al móvil para que se deje de tonterías y nos abra.

—Dile que no me gustan estas bromas —exigió Jerom a la vez que dejaba de empujar y se sentaba en el suelo.

—¿Y si no ha sido él? —Luly devolvió la preocupación a los tres.

—¡Jo! —maldijo Alessandra—, no tengo cobertura. Mirad vuestros móviles, venga.

—Yo tampoco tengo —aseveró Jerom tras sacar su teléfono a toda prisa para comprobar su señal. Después miró a Luly.

—Yo ni me lo he traído —alegó bajito mientras se abrazaba más fuerte al libro.

—Genial. —Alessandra trató de mantener la calma—. Venga, vamos a pensar fríamente. Si es cosa de Claudio no tardará en abrir, y si es porque se ha cerrado sola, no pasa nada, cuando Armand o Claudio vean que no salimos, seguro que vienen a buscarnos.

—¿Y si te equivocas? —Jerom no era tan optimista con aquella situación.

—Por si me equivoco, vamos a separarnos y a buscar bien por toda esta sala; es posible que haya otra salida, ¿no?

—Por intentarlo no perdemos nada —dijo Luly—. Jerom, tú quédate en la puerta y, si consigues abrirla, nos pegas un grito, ¿vale?

—De acuerdo, pero tened cuidado —les contestó Jerom.

Las chicas tomaron direcciones distintas. Si después de recorrer toda la sala no encontraban nada, acabarían en el punto de partida. Fueron despacio, observando con detenimiento cada palmo de la pared; no podían permitirse el lujo de dejar pasar por alto lo más mínimo. A mitad de recorrido escucharon la voz de Jerom.

—¡Chicas! —llamó, en una especie de intento por gritar en voz baja—. ¡Chicas!

—¿Qué pasa? —le gritó Alessandra.

—¡Shhh! ¡Oigo voces que se acercan! —comunicó inquieto.

—Serán Claudio y Armand —dijo Luly con cierto alivio.

—No son ellos. Creo que una de las voces es la de Anton. —Jerom había alcanzado el tope de preocupación—. Decidme que habéis encontrado otra salida, o estamos perdidos.

—Yo no he encontrada nada —se resignó Alessandra.

—Ni yo. —Luly estaba abatida; al final tendría que devolver el libro y después de aquello, jamás la dejarían ni tan siquiera acercarse. Era el fin de aquella aventura cuando se topó con el pomo de una puerta que se camuflaba a la perfección en la pared—. ¡He encontrado algo! ¡Rápido, venid!

Luly esperó a que Alessandra y Jerom llegasen al lugar donde ella esperaba. Las voces se oían ya con claridad. Los chicos se miraron. En sus miradas quedaba claro que no había más opción que aquella, y, en cuanto escucharon los chasquidos de la puerta de la sala, Luly giró el pomo, abrió y entraron sin pensárselo dos veces.

—¿Qué lugar es este? —preguntó, sobrecogida, Alessandra.

—Parece la sala de aislamiento del manicomio —respondió Jerom dirigiendo el haz de luz de su linterna hacia cualquier lugar en el que pudiera haber una salida—. Buscad otra puerta, ¡rápido!

—¡Allí! —Luly apuntó, iluminando la puerta de entrada a la habitación—. Este lugar es una pasada, no tenía ni idea de que existiera esto.

Jerom llegó junto a la puerta, cerró los ojos y pidió al cielo que no

estuviera cerrada con llave a la vez que giraba el pomo. Un gesto de alegría asomó en su cara cuando vio que al empujarla esta se abría. No la abrió del todo, se asomó para comprobar que todo estaba despejado y, cuando se cercioró de que era seguro, avisó a las chicas, y salieron de allí cerrándola tras de sí.

Se habían desorientado, no tenían ni idea de en qué parte del edificio estaban. Alessandra se acercó con cuidado a una ventana para mirar a la calle. Reconoció aquella parte del jardín.

—Estamos en la otra esquina de por donde hemos entrado —dijo a los dos—. Lo bueno es que no estamos muy lejos del embarcadero y la lancha, lo malo es que esto está un pelín más alto que por donde nos colamos.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Luly mientras guardaba su botín en la mochila—. No podemos volver atrás o nos pillarán.

—Hagamos lo que hagamos, tenemos que hacerlo ya. —Jerom calculaba la altura que había desde la ventana al suelo—. Tenemos que largarnos enseguida, habrá que saltar.

—¿Saltar? —Alessandra lo miró—. Creo que está demasiado alto, Jerom.

—No es tanto como parece. Yo os descolgaré todo lo que pueda, os suelto, y después saltaré yo. Es la única opción que tenemos.

—De acuerdo —afirmó Luly—. Hagámoslo.

Abrieron una de las ventanas. Luly fue la primera esta vez. Jerom la sujetó de las manos, y ella se descolgó por la pared todo lo que pudo, contaron hasta tres, y se soltó cayendo al suelo. El césped amortiguó la caída, y Luly hizo el gesto de estar bien. Volvieron a repetir la operación con Alessandra. Era el turno de Jerom, que tuvo que darse prisa porque comenzaba a escuchar las voces a lo lejos, iban hacia allí. Se colgó de la cornisa y se dejó caer. Vieron cómo las luces de unas linternas irrumpían en el pasillo donde se encontraba la ventana que acababan de usar. Jerom tocó a las chicas en el brazo y les hizo una señal para marcharse de una vez. Corrieron escondiéndose entre los árboles hasta llegar al lugar por donde entraron. Allí estaba Claudio, agachado detrás de uno de los bancos de piedra y con el móvil en la mano.

—Psss... ¡Claudio! —le susurró Jerom, dándole un buen susto.

—¡Joder! —Claudio se alegró de verlos al fin—. ¿Para qué queréis los móviles si luego ni los miráis? ¿Eh?

—No teníamos cobertura allí dentro —contestó Alessandra intentando

tranquilizarlo.

—Pues ese detallito casi echa a perder todo el plan. —Claudio respiró hondo—. ¿Lo tenéis?

—Lo tenemos. —Luly le guiñó un ojo.

—Pues vámonos como alma que lleva el diablo. Me las he visto y deseado para que el señorito Armand no se largara sin nosotros; en cuanto ha visto las luces y ha escuchado a Anton y a Mike, estaba desesperado por irse.

—¿Has dicho Mike? —Luly preguntó con gran curiosidad—. ¿Nuestro Mike?

—Dirás «tu Mike». —Alessandra la miró con ironía.

—No me preguntes a mí, el caso es que está con Anton. —Claudio las empujaba en dirección al embarcadero—. Ya habrá tiempo de hablar, ¿no os parece?

En cuanto Armand los vio acercarse al embarcadero, quitó los amarres de la lancha y se preparó para ayudarlos a subir. Una vez lo hicieron todos, se ayudó de un remo para separar la lancha del atraque con un empujón seco. Arrancó el motor y salieron a toda prisa; ya no les preocupaba que escuchasen el ruido, a esas alturas ya sabrían en la isla que alguien había estado allí.

—Ha faltado muy poco para que nos pillaran. —Armand conducía a toda velocidad hacia el mismo lugar del que habían partido—. Espero que, al menos, haya merecido la pena.

—La ha merecido —replicó Luly con una gran sonrisa—. Te aseguro que la ha merecido...

Alessandra, Jerom, Claudio y Luly chocaron sus manos en el centro de la lancha. Una gran aventura vivida por los cuatro, y algo le decía a Luly que aquello todavía daría para mucho más.

* * *

Luly entró en casa cuidando de no hacer demasiado ruido para no despertar a sus padres. No solía llegar tan tarde, aunque aquella noche se había retrasado más de lo acostumbrado. Todavía sentía la emoción recorriendo todo su cuerpo, pero al fin tenía el libro en sus manos, ahora estaba más cerca de poder averiguar el secreto que escondía.

En cuanto entró en su habitación, se sentó en el borde de la cama y sacó el libro como quien extrae un tesoro, con mucho cuidado. Era consciente de

que estaba poco más o menos como al principio, sin poder saber qué ponía en aquellas páginas.

Abrió el libro por la zona que marcaba la pulsera que había dejado, pero le resultó chocante que no estuviera como ella se lo había encontrado la primera vez. Echó en falta algo. Al principio no sabía el qué, pero al poco se percató de que faltaban algunas hojas. Solo veía el dibujo y unos cuantos datos y fechas, alguien había arrancado esas páginas del libro, y había sido recientemente. La cabeza de Luly comenzó a llenarse de preguntas, a qué venía el interés por esas hojas, qué ponía allí, quién era la persona interesada en que aquella información desapareciera. Abrazada al libro y entre dudas, se quedó dormida.

XIII

El lunes fue el día del reencuentro con la normalidad, de la vuelta a las clases, el regreso de las carreras por los pasillos de la universidad, el volver a ver las caras de amigos, profesores y demás. Mike esperaba con ansia su clase con segundo para volver a verla, y Luly no dejaba de repetirles a sus amigos que hasta que no consiguiera traducir lo que ponía en aquel libro, no podría decirles nada acerca de su misterio.

El cruce de miradas entre los dos fue de auténtico órdago por demostrar que uno sabía más que el otro; aguantaron todo lo que pudieron hasta saludarse. Mike estaba seguro de que Luly tenía algo que ver con la desaparición del libro, aunque, por otra parte, no la creía capaz de semejante acción, al menos no sola, pero, claro, contaba con amigos tan fieles que la seguirían hasta el fin del mundo si fuera preciso. Estuvo atento a ella toda la clase, a sus ojos, a sus gestos, a sus cuchicheos con Alessandra, hasta que la hora de clase llegó a su fin cuando sonó el timbre.

Luly, como casi siempre, se quedó la última para abandonar el aula. Mike observó con atención cómo se acercó a él, se apoyó en la mesa, y, sin preámbulos, fue directa al grano.

—¿Le gustaría tomar un café esta tarde? —preguntó, mirándolo con sus enormes ojos azules.

—¿Y a qué se debe esa invitación? —Mike se recostó sobre el sillón poniendo un gesto de curiosidad en su rostro—. Y no me llames de usted, por favor.

—Hay algo de lo que me gustaría tratar contigo tomando un café.

—¿Es algo relacionado con la asignatura?

—Hum... —Luly miró un momento hacia el techo, como si pareciese dubitativa—. Yo diría que sí, la verdad.

—Vale, entonces dime a qué hora y dónde. ¿En el Di Magio?

—No, ese local lo tengo muy visto ya, mejor quedamos en Le Petit Paradise a las cinco y media, ¿te parece bien?

—No conozco ese lugar.

—No te preocupes, no tiene pérdida, la calle se llama Garibaldi. —Luly sonrió de nuevo—. Entonces..., ¿te parece bien, o no?

—De acuerdo, a las cinco y media en ese local, pero espero encontrar la calle, no me gustaría ni llegar tarde ni darte plantón.

—Seguro que no —aseveró, acompañando sus palabras con un guiño a cámara lenta antes de salir del aula, sin dar oportunidad de réplica al profesor.

* * *

Mike parecía un turista yendo con el móvil en la mano de un lado para otro. No le pareció muy normal que tuviera que andar por las callejuelas más estrechas y escondidas de Venecia. Tenía la sensación de perderse cada vez un poquito más, pese a que el móvil le indicara que estaba a menos de tres minutos, a menos de dos, a menos de uno, y aquello se parecía más y más a un laberinto.

El GPS indicó que ya había llegado a su destino, por más que él no viera nada hasta que giró la cabeza hacia un callejón tan estrecho que apenas pasaban dos personas a la vez, y allí al fondo estaba lo que buscaba, una pequeña puerta de madera con cristales decorados con flores de colores y nubes blancas, y encima colgaba un letrero de madera con el nombre del local: Le petit paradise.

Faltaba un minuto para las cinco y media, y se alegró de llegar puntual como siempre, a pesar de haberlo dudado seriamente en varias ocasiones. Se pensó si entrar a ver si Luly había llegado, y, en caso de ser que no, salir a esperarla.

Abrió la pequeña puerta y accedió al local, que, de forma engañosa, parecía mucho más pequeño de lo que en realidad era. Jamás imaginó que tras aquel callejón estrecho y aquella minúscula puerta habría una sala grande llena de columnas y arcos de medio punto; era como estar en el interior de la mezquita de Córdoba. Entre columna y columna estaban colocadas mesas con dos asientos. Era un lugar con luz tenue y música tranquila para ambientar,

que invitaba a pasar una velada muy agradable.

Oteó las mesas caminando entre ellas, pero no la encontró allí. Decidió esperarla fuera, pero, cuando se disponía a empujar la puerta, esta se abrió dejando frente a él la imagen de la mujer más bonita del mundo.

Se quedó observándola con la boca abierta. El cabello lo llevaba recogido en una trenza que le caía por el hombro izquierdo, como una lengua de fuego, hasta descansar sobre su pecho. El vestido sin tirantes, de una fina tela con flores tejidas a modo de tapiz y de escote corazón, que dejaba sus hombros al descubierto, era muy de estilo *vintage*, con la cintura ajustada y unos bolsillos laterales donde guardó sus manos en cuanto sujetó la puerta con el pie. Sus hermosos ojos y la amplia sonrisa que le mostró a Mike terminaron por desarmarlo.

—¿Te ibas sin mí? —preguntó Luly al ver que de su profesor no iba a salir ninguna palabra.

—Eh... No, claro que no. —Por fin reaccionó Mike—. Entré para ver si estabas y ahora salía para esperarte fuera.

—Pues ya me tienes aquí. —Luly se acercó a él e intercambiaron un par de besos—. ¿Has visto alguna mesa que te guste y esté libre?

—No hay muchas libres, la verdad, pero escoge la que tú quieras.

—Vale. —Comenzó a mirar por el local hasta que localizó la mesa que quería—. Aquella. Vamos.

Lo cogió de la mano y tiró de él atravesando el local de punta a punta hasta llegar a la mesa más escondida de toda la sala.

Nada más sentarse, el camarero se acercó a ellos para tomarles nota.

—Para mí un café con leche condensada, nata, hielo y todo bien batido, por favor —pidió primero Luly.

—Yo tomaré un té helado de frutos del bosque, si tiene —pidió Mike.

—Claro que tenemos, señor —le respondió el camarero, amable—. Enseguida traigo sus bebidas.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos y en completo silencio. Pudo parecer uno de esos silencios incómodos, pero todo lo contrario; por alguna extraña razón, se sentían bien así, cruzando sus miradas fijamente y permaneciendo callados, como si intentaran leerse la mente el uno al otro. El tiempo pasó más deprisa de lo normal, porque hasta el camarero tuvo tiempo de traerles las bebidas antes de que cruzaran una sola palabra.

—¿Y bien? —Fue Mike quien decidió romper el hielo—. ¿Qué es eso tan importante que tenemos que tratar?

—Para qué andar con rodeos, ¿no? —Luly se echó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa—. ¿Recuerdas que hace unas semanas te pregunté si sabías turco?

—Lo recuerdo a la perfección, y me sigue intrigando el porqué de esa pregunta. —Dio un sorbo a su té—. ¿Qué tienes que traducir con tanto interés?

—Se trata de un libro. ¿Me ayudarás a traducirlo? Tengo mucha curiosidad por saber qué pone.

—¿Un libro de la biblioteca? —Mike hablaba con convicción.

—Pues la verdad es que sí. —Luly comenzó a extrañarse de la seguridad con la que le contestaba su profesor—. ¿De dónde si no?

—También podría ser de la sala prohibida de la biblioteca. —Se lanzó de lleno.

—¿Cómo? ¿Conoces ese libro? —Luly se sorprendió al escuchar las palabras de su profesor.

—Lo cogiste el sábado por la noche, ¿verdad? —Mike se inclinó hacia delante, apoyando también en la mesa los antebrazos y cruzando los dedos de sus manos—. No sé cómo lo hiciste, pero siento curiosidad por saber el porqué de tomar tanto riesgo por un libro del que no sabes ni lo que dice...

—Sí, lo tengo yo. —Luly prefirió confesarlo de una vez, era una tontería comenzar a mentir—. No sé lo que pone en ese libro, pero sí sé que es como si me llamara.

—¿Como si te llamara? ¿El libro? —Mike pareció más sorprendido incluso que ella.

—No sé explicarlo, pero hay algo en ese libro que tiene que ver conmigo, y no sé qué es.

—Eso suena bastante raro.

—Sé que es de locos, pero es la verdad, y la prueba está en que las hojas del libro que me interesaban ya no están.

—¿Hojas?, ¿qué hojas?

—Cuando encontré el libro, se abrió por una parte en que había dibujado un extraño camafeo y después unas hojas que imagino que tenían relación con el dibujo, pero al volver ya no estaban... Alguien las había arrancado.

—Creo saber dónde están y quién se las llevó. —Frunció pensativo el ceño.

—¿Qué? —No daba crédito a lo que oía—. ¿Y por qué sabes tú eso? ¿Dónde están?

—Las tengo yo.

—¿Tú? ¿Y por qué las has arrancado? —Su rostro reflejó indignación.

—Solo he dicho que las tengo, no que me las llevase. Han llegado a mí por casualidad. Creo que fue el señor Petri.

—¿El viejo señor Petri? ¿Estás seguro?

—Todos los indicios señalan esa hipótesis. Los encontré en la casa que le he comprado hace poco.

—¿Qué tiene que ver el señor Petri con el libro? Y hablando de eso, ¿sabes dónde está?

—Está en coma en el hospital del norte. —Observó la cara de estupefacción de Luly—. Y lo cierto es que no tiene muy buena pinta, la verdad.

—Oh, qué lástima. —Se sintió triste por un momento, pero retomó el interés por el libro—. ¿Has traducido esas hojas? ¿Qué pone en ellas?

—Solo es una ficha de una paciente.

—¿Puedo verla? —Era toda impaciencia.

—Mira, esto es lo que haremos: el viernes quedamos aquí a la misma hora, tú traes el libro, y yo, las hojas, comprobamos si encajan, tratamos de averiguar algo más, y el sábado lo devolvemos todo a la biblioteca, ¿te parece?

—Me parece. —Sonrió satisfecha.

El silencio se apoderó del espacio entre ellos, al menos mientras acabaron de tomar sus bebidas, pero, después de armarse de valor, Mike volvió a romper el hielo.

—Hay otra cosa que me tiene intrigado aún.

—¿Sí?

—Me gustaría saber por qué me besaste...

—¿Besarte? ¿Yo? ¿Cuándo?

—¿Ya te has olvidado? Vaya...

—¿Hablas del primer día de clase? Solo era una broma al *profe* nuevo, nada más.

—Anda, sabes a qué me refiero.

—No, lo cierto es que no lo sé... —Se sintió confusa.

—En la plaza, ¿no lo recuerdas? La fiesta...

—¿Qué? Ni siquiera te vi en la fiesta, y tampoco te... —se calló de repente cuando unió todas las piezas.

—Sí, vaya si lo hiciste. —Mike sonreía pensando que la pelirroja jugaba

con él una vez más.

—¡Eras tú! —Luly comprendió todo—. ¿Ibas también de dorado?

—¿Cómo que también? —Ahora el sorprendido era él.

—En realidad no sabía que eras tú.

—¿Pensaste que besabas a otro? —Estaba perplejo.

—¿Cómo iba a imaginar yo que habría dos personas con el mismo ridículo disfraz?

—Oh... Lo siento mucho...

—Era un estúpido trato, y realmente no quería hacerlo.

—Pues lo disimulaste muy bien, vaya...

—Por eso fue extraño —susurró Luly con una sonrisa alegre—. Ahora ya entiendo por qué fue tan especial.

—¿Especial? —Comenzó a ruborizarse en cuanto notó que Luly había puesto las manos sobre las suyas.

—Sé que te gusto, ¿verdad? —Luly se lanzó de lleno.

—Esto es una locura. No podemos...

El profesor no consiguió terminar de pronunciar la frase. Sin tiempo a reaccionar, los labios de la chica sellaron los de él impidiéndole decir ni una sola palabra más. Los vasos bailaron en la mesa, a punto de caer, cuando Luly se incorporó de la silla y se echó hacia delante sobre la mesa para llegar hasta Mike. Cerraron los ojos y se dejaron llevar por el contacto de sus bocas, por el deseo de sentirse unidos de nuevo, esta vez sin máscara de por medio. Ambos sentían lo mismo desde hacía tiempo.

* * *

—¿Dónde te metiste ayer por la tarde? —le preguntó Alessandra a Luly en cuanto se vieron por la mañana—. Te llamé, pero tenías el móvil apagado y tu madre no sabía nada.

—Salí a pasear. Necesitaba desconectar un poco, eso es todo —le respondió con un guiño.

—¿Seguro? ¿Solo eso? —Alessandra la miraba con mucha atención—. Te noto rara.

—¿Rara yo? ¿Por? —Sonreía, no podía evitarlo.

—Sí, no sé, te noto bastante... bien, mucho mejor que en los últimos días. ¿Ha pasado algo? ¿Es por el libro ese?

—Bueno, podría decirse que sí...

—¿Ya sabes lo que pone y todo eso? —preguntó ávida por saber.

—Aún no, pero muy pronto.

—Y quién te lo va a traducir, si puede saberse.

—El *profe* de Literatura, por supuesto. —Una amplia sonrisa se perfiló en su cara.

—Vaya, vaya, ¿y cómo has conseguido convencerlo? No le habrás dicho que te has llevado el libro. Podrían expulsarnos si se enteran. —Alessandra la miró preocupada.

—Puedes estar tranquila, lo tengo todo bajo control.

—¿Bajo control? —Entrecerró los ojos para mirarla—. Se lo has dicho, ¿verdad?

—Sí, se lo he dicho. Y lo ha comprendido, así que no te preocupes.

—Más nos vale que no te equivoques o nos meterás en problemas muy serios.

—Confía en mí, Aless.

—Lo haré, como siempre. ¿Cuándo te va a traducir el libro entonces?

—Hemos quedado el viernes, así que el fin de semana te contaré todo.

—¿Quedado? ¿Tú y él? Dónde, si puedo saberlo.

—No, no puedes saberlo. —Se echó a reír—. Ya te he dicho que lo sabrás todo a su debido tiempo.

—Serás... —Alessandra la miraba atenta—. ¡Tú tienes una cita con él!

—¿Qué? No digas tonterías, anda, solo vamos a vernos para aclarar lo de ese libro, nada más.

—Sí, sí, y yo voy y me lo creo. —Alessandra le dio un golpecito en el brazo—. Esperaré al fin de semana para que me cuentes. Vamos a clase, anda.

* * *

Luly iba con paso rápido hacia la clase. Se entretuvo en la biblioteca más de lo previsto, el tiempo se le había ido sin que se diera cuenta mientras elegía un libro para una de las asignaturas. Estaba terminando de gestionar el préstamo en el mostrador de la señora Ferraro cuando escuchó sonar el timbre. Ya llegaba tarde, eso no podía evitarlo, pero trató de que ese retraso fuese el menor posible. Los pasillos estaban ya vacíos, los alumnos habían entrado en clase y se habían acomodado en sus pupitres, y estaba prácticamente corriendo a esas alturas, pero el destino le tenía preparado un

encuentro tan inesperado como anhelado.

—Creo que llegas tarde —dijo Mike deteniéndose a mitad de las escaleras.

—Perdí la noción del tiempo buscando esto. —Luly se detuvo a su altura y le mostró el libro culpable de su retraso.

—Los libros te traen de cabeza, ¿eh? —le contestó irónico, sacándole una leve sonrisa a la chica.

—¿Sabes? En realidad no son los libros lo que me tiene loca. —Subió un escalón por encima de Mike y se aproximó a él hasta que sus cuerpos se rozaron.

—Ah, ¿no? —Rodeó con sus brazos la cintura de la pelirroja, olvidando por un momento dónde se encontraban. En realidad no le importaba—. ¿Y qué es lo que te enloquece a ti?

—Tú. —Sonrió mientras con el brazo libre se abrazó al cuello de su profesor.

—¿Yo? —Mike le devolvió la sonrisa a la vez que alzó la cabeza ligeramente y comenzó a acercarla a la de ella—. Me alegro de ser la razón de tu extraña locura.

Aquel beso no sería recordado como uno de los mejores de la historia, tampoco como uno de los más largos, pero sí que fue uno de los más sinceros y apasionados. Como ocurrió en Le Petit Paradise, el tiempo pareció detenerse, el resto del mundo fue como si hubiera desaparecido, solo estaban ellos dos, sus dos corazones latiendo al compás de uno solo como dos almas que se habían estado buscando toda la vida.

No querían, pero supieron que debían separarse; ella, para conseguir llegar a clase, él, para reunirse con la señora Vecci en la sala de profesores, según esta última, para tratar el grave comportamiento de uno de los alumnos. Mike no tenía prisa y se quedó observando cómo su pelirroja terminaba de subir las escaleras y desaparecía por el pasillo. Cuando la perdió de vista, bajó él y tomó dirección a la sala. De camino hizo una parada en el mostrador de Sofía.

—Hola, Mike —lo saludó la secretaria—. Llegas tarde.

—¿Tarde? —Mike la miró fijamente—. Solo es una reunión sin importancia que ni debería celebrarse.

—La bru... digo, la señora Vecci se toma muy en serio la educación de todos los alumnos de la universidad.

—¿Se puede saber qué ha hecho esa pobre criatura para recibir la ira de

la señora Vecci?

—No lo sé, pero cualquier tontería, habrá pegado un chicle en la mesa, o llegaría dos minutos tarde, o no pidió permiso para ir a mear... Vete tú a saber. —Sofía se encogió de hombros.

—Seguro. —Mike sonrió, aquella mujer le caía muy bien—. En un rato te lo cuento.

—Suerte. Y recuerda, no la mires a los ojos o te convertirás en piedra.

—No seas mala, Sofía. —Soltó una carcajada y se fue alejando del mostrador—. Hasta ahora.

Abrió la puerta de la sala y entró. La señorita Vecci estaba de pie junto a la mesa, sirviéndose un café y mirando con atención cómo Mike entraba y cerraba tras él. Su expresión decía, claro y directo, que estaba contrariada por la falta de puntualidad de su compañero.

—Hola, y perdón por el retraso. Los alumnos me han entretenido al final de clase —saludó Mike antes de que la señorita Vecci hablara.

—No importa, no te preocupes. —Sonrió, pero hasta ella misma se dio cuenta de que no fue demasiado convincente—. Así son los alumnos.

—Bueno, dime, ¿quién es el peligroso delincuente de hoy? —preguntó Mike con un tono tan sarcástico que hizo que la señorita Vecci arrugara su nariz y lo mirase con los ojos entrecerrados.

—No es para tomarlo a broma, Mike, no se les puede dar cuartel. Por cierto, somos compañeros de trabajo y dos adultos solteros. Tengo entendido que no tienes pareja, ¿no?

—Eh... —Mike dudó un instante—. No, no salgo con nadie en este momento.

—En ese caso no hay motivo por el que no podamos quedar para cenar.

—Te agradezco la invitación, pero he de rechazarla. —No deseaba cenar con aquella mujer, pero tampoco quería revelar que estaba comenzando una relación con una alumna, y decidió mentir—. Lo cierto es que no hace mucho que acabo de romper con alguien y, de momento, no me apetece. Espero que me entiendas.

—No lo sabía. —El rostro de la profesora se tornó serio. No estaba acostumbrada a ser rechazada, pero prefirió mantener las formas e intentarlo más adelante—. No te preocupes, ya habrá más ocasiones.

—Claro que sí —respondió Mike—. Gracias por comprenderlo.

—No pasa nada.

XIV

Luly llegó a toda prisa y entró en el local al no ver a Mike en la puerta. Dirigió la vista hacia la mesa donde se habían visto la última vez, pero allí no estaba. Buscó por las demás mesas de la sala, pero no halló rastro de su profesor. Su primer gesto fue de extrañeza, lo segundo que pasó por su mente fue que igual la había dejado plantada. No podía ser, Mike no le haría eso. Miró su móvil por si le había dejado un mensaje y se le escapó una carcajada, con tanta prisa y celeridad había llegado quince minutos antes de la hora.

Pensó quedarse en la mesa, pero al final decidió salir fuera y esperarlo en la puerta como él había hecho la primera vez que quedaron allí. La historia pareció repetirse al contrario: justo al abrir la puerta se topó de frente con Mike. Una sonrisa asomó en el rostro de ambos hasta que Luly las ocultó uniendo sus labios con los de Mike en un beso tan sincero que la hizo flotar como si la ley de la gravedad no fuese con ella.

—Hola, señor profesor —le dijo al separar su boca, pero sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—Hola, señorita alumna. —Mike miraba absorto los ojos azules de aquella pecosa tan hermosa.

—¿Las traes? —preguntó desviando la vista hacia una carpeta que Mike traía bajo el brazo—. Me siento como una contrabandista.

—Las traigo —contestó él con una sonrisa al escuchar el comentario—. ¿Y tú?

—Por supuesto. Nuestra mesa nos espera.

Pidieron lo mismo que la primera vez. Mientras les traían los cafés, estuvieron hablando de cosas sin importancia, o al menos sin la misma importancia que el asunto que los había reunido allí. Los dos intentaron aguantar para no ser el primero en mostrar su parte, pero fue Luly la que no pudo esperar más y de su mochila sacó el libro. Mike observó todo el ritual que hizo ella. Le pareció divertida la forma en que miró a un lado y a otro del local antes de sacarlo, el sumo cuidado con el que lo trataba al cogerlo y depositarlo sobre la mesa, y, sobre todo, el gesto de joven delincuente que puso al quedarse mirando a Mike directamente a los ojos.

—Bien. Aquí está el libro —le dijo sonriente—. Ahora tú.

Mike cogió la carpeta y abrió la cremallera muy despacio, intentando crear un suspense que con Luly funcionó a las mil maravillas. Sacó unas cuantas hojas viejas que iban guardadas en una funda de plástico y las colocó en la mesa, justo al lado del libro.

—Mi parte del trato... —La miró y vio en su rostro la misma ilusión que la de una niña pequeña cuando consigue algo que anhela.

Luly abrió el libro por el lugar que señalaba su pulsera. Mike se quedó mirando la escena.

—¿Es tuya? —preguntó él.

—Sí, la dejé como marcapáginas. Por este lugar se abrió la primera vez que vi el libro.

Mike sacó las hojas de la funda y las colocó en el libro justo después del

dibujo. Encajaban a la perfección.

—Sí —Dijo Mike—. Son las hojas que faltan. No me equivoqué.

—Pero ¿por qué el señor Petri las arrancó y se las llevó? No tiene sentido.

—Creo que sí lo tiene.

—¿Las has traducido? —Preguntó Luly con ansiedad—. ¿Sabes ya lo que dicen?

—Tampoco es que ponga nada del otro mundo, tan solo es una ficha de paciente del antiguo manicomio.

—¿Cómo? ¿Estás seguro? —Luly pareció un poco decepcionada—. ¿Nada más? ¿Y por qué lo escribieron en turco?

—Era una forma de llevar un registro paralelo al oficial. Los pacientes con alguna peculiaridad también se registraban en ese libro y, para ocultar su contenido, se redactaba en turco antiguo. Era una buena forma de evitar a los curiosos, y supongo que se decantaron por el turco debido a la guerra entre venecianos y turcos en el siglo XVIII.

—Muy bien pensado, pero no contaban con mi curiosidad...

—Deja que eche un vistazo al libro —dijo Mike acercándolo a él y hojeándolo por encima.

—¿Y bien?

—Lo que imaginaba. Es un libro de altas de pacientes. Lo original que tiene es que en cada ficha dibujaban algún objeto característico que llevara la persona en el momento de llegar.

—De ahí lo del dibujo, ¿no? —dedujo Luly—. Ese camafeo era de un paciente, ¿cierto?

—De una paciente, para ser exactos.

—¿Una?

—Sí, se llamaba Chloé y, como al parecer no tenía ningún familiar, la dieron de alta con el apellido del bibliotecario de entonces —dijo Mike con tono misterioso—. ¿Y sabes? Resulta que es el mismo de ahora...

—¿El señor Petri? —Luly estaba bastante sorprendida.

—Al menos es lo que pone en las hojas que le faltan al libro y que, al parecer, se llevó el señor Petri.

—Pero ¿por qué lo hizo?

—No lo sé, y me temo que es posible que jamás lo sepamos si no despierta del coma.

—¿Y ya? —Luly no fue capaz de ocultar su decepción—. ¿No podemos

hacer nada?

—Claro que sí: guardar las hojas dentro y devolver el libro a su lugar.

—¿Cómo? Pues serás tú quien lo lleve a la señora Ferraro...

—¿Yo? No fui yo quien se lo llevó sin permiso, y ni borracho me enfrentaría a la señora Ferraro.

—Cobarde. —Luly se echó a reír al ver que no era solo cosa suya, y que la bibliotecaria infundía un terrible respeto—. Lo dejaremos de la misma forma en que lo cogimos y ya está.

—Es más sencillo que todo eso, tan solo hay que decírselo a Anton y él te puede abrir la sala. No es necesaria tanta parafernalia.

—¿El señor Anton? —preguntó Luly—. ¿Lo sabe?

—Estaba con él cuando lo cogisteis, fuimos unos pasos por detrás de vosotros.

—¡Sí! ¡Eras tú el que iba con Anton! —Luly se dio cuenta en aquel instante—. ¿Qué hacías tú allí?

—Lo mismo que tú: iba a ver el libro, solo que no para llevármelo, sino para consultar lo de las hojas.

—Está bien, podemos devolverlo mañana si quieres, porque... me acompañarás, ¿verdad?

—De acuerdo, hablaré con Anton y le diré que vamos mañana. ¿Te parece bien a las diez en la plaza? Podemos desayunar antes de embarcar hacia la isla.

—¿Me estás invitando?

—Eso parece.

—Entonces... —Luly lo miró fijamente a los ojos—. ¿Es una cita?

—¿Qué? —Mike sonrió al verla tan expectante ante la respuesta que él debía darle—. Hablamos de desayunar, ¿eso entra dentro de lo que es una cita?

—Por supuesto.

—Vale, entonces es una cita.

Ambos se quedaron mirándose en silencio con una sonrisa en sus bocas que alargaron justo hasta que sus labios se encontraron en el centro de la mesa. Cuando estaban juntos se sentían cómodos, el resto del mundo no existía para ellos ni les importaba nada lo más mínimo; sentían que eran el uno para el otro.

* * *

—¿Sabe algo Anton? —preguntó Luly mientras iba abrazada a Mike por la cintura, sentados en el barco.

—Se lo conté anoche, pero tranquila, no dirá nada a la señora Ferraro.

—No me refería a eso —Luly lo miró a los ojos—. Hablo de lo nuestro.

—Saber, saber, no, pero se lo imagina seguro —respondió Mike—. Es un tipo muy inteligente, seguro que se ha dado cuenta de que hay algo raro entre el profesor y la alumna.

—Entonces, ¿no vas a hacer como si no hubiera nada entre nosotros? Digo... cuando veamos a Anton...

—No, prefiero que lo sepa. —Mike sonrió y le dio un beso en la frente mientras la abrazaba más fuerte.

* * *

Anton los esperaba en el embarcadero. Permanecía inmóvil, observando con atención y con una amplia sonrisa cómo la pareja descendía por la pasarela de la barcaza. Se saludaron nada más encontrarse de frente y echaron a andar en dirección al viejo edificio. Ni Anton hizo preguntas ni ellos necesitaron dar respuestas cuando Mike cogió de la mano a Luly y continuaron su camino.

—Así que esta es la ladronzuela, ¿eh? —dijo Anton sonriendo a Luly.

—Solo lo tomé prestado porque la señora Ferraro es intratable —Luly intentó justificar su comportamiento.

—Por esta vez te voy a comprender, pero solo porque conozco a la temible bibliotecaria, aunque es algo que no debe repetirse.

—No lo ha hecho con maldad, y tenía una buena razón para ello.

—Eso, eso —se apresuró a asentir ella.

—Por cierto, todo este lío que habéis montado habrá servido de algo, ¿no?

—Para poco más de lo que tú sabes —le aclaró Mike—. En el libro no hay mucho más aparte de las hojas que te enseñé.

—El señor Petri es la respuesta a todas las dudas, nos tememos... —aseveró Luly.

—O sea, que estáis en punto muerto —afirmó Anton mirándolos atento mientras abría la puerta del antiguo manicomio—. Hoy entraremos por aquí, prefiero no tocar nada de la señora Ferraro.

—Como tú digas... —convino Mike, riendo.

—Esta parte del edificio no la has visto nunca, imagino —comentó Anton dirigiéndose a Luly al llegar a la puerta del viejo sanatorio mental.

—Bueno..., yo no diría tanto... —le respondió bajando la mirada y con una sonrisa de niña traviesa—. Fue por esta parte por donde salimos...

—Ajá..., entiendo. —Anton se percató de ello y echó a reír—. Vamos, entremos.

El guarda abrió la puerta y, al entrar, los fue conduciendo por los pasillos y salas. Luly iba prestando atención a todo, había muchos detalles que la noche que entraron obvió. La sala del instrumental médico la dejó absorta, tanto que Mike tuvo que tirar de ella hasta llegar a la entrada de la sala acolchada.

—Entonces, supongo que también conoces este sitio, ¿cierto? —Anton volvió a mirar a Luly mientras abría y los invitaba a pasar—. Imagino que saldríais por aquí.

—¡Correcto! —afirmó sonriendo—. Pero no me dio tiempo a verla bien con las prisas, y me parece un lugar fascinante.

—No creo que los que pasaran noches aquí opinaran lo mismo —dijo Mike mirando a su alrededor—. Yo me volvería loco de remate si me encierran aquí unas horas nada más.

—Es sobrecogedor.

Anton abrió la pequeña puerta que daba a la sala secreta de la biblioteca y entró. Mike y Luly lo siguieron. Se encontraron en el pasillo donde estaba el hueco en el que debía estar ubicado el libro. Luly lo extrajo con mucho cuidado de su mochila y lo colocó en el estante.

—¿No coges la pulsera? —le preguntó Mike al ver que la pequeña joya seguía de marcapáginas en su interior.

—Creo que no —manifestó la pelirroja con un guiño—. Quiero dejarla como recuerdo, y, si en el futuro alguien la encuentra, que se haga preguntas.

—Me parece una bonita idea.

Pasaron el resto de la mañana con Anton, y después del almuerzo se marcharon. El viejo guarda se despidió de ellos en el embarcadero.

—¿Seguro que no os queréis quedar un rato más?

—Me gustaría hacerle una visita al señor Petri por si ha cambiado algo en su estado. En otra ocasión.

* * *

Anton se despertó sobresaltado y se vio obligado a sentarse en la cama. Estaba desorientado, con la respiración a gran revolución. Sentía miedo y no entendía por qué razón. Intentó recordar lo que soñó, porque debió de ser eso, una pesadilla de las fuertes, pero no se acordaba de absolutamente nada. Se incorporó del todo y fue hasta la cocina, necesitaba un vaso de agua. Al pasar junto a la ventana miró hacia el viejo edificio y, entonces, creyó ver algo fuera de lo normal. Juraría que había visto una luz en su interior, pero eso no podía ser. Fijó su máxima atención hacia el lugar, pero no volvió a ver nada, ni luz ni nada raro. Tal vez solo había sido un espejismo, pero algo lo tenía intranquilo. Pensó que a lo mejor los chicos habían vuelto, pero descartó esa idea por poco probable.

Tomó la decisión de echar un vistazo. Se vistió, cogió su linterna y salió de casa por atrás, intentando no hacer ruido por si de verdad había alguien y así poder tener a su favor el elemento sorpresa. Se movió con sigilo hasta llegar a las puertas del edificio. Miró con atención en busca de alguna luz, pero no vio nada. Introdujo la llave con mucha lentitud y la giró con sumo cuidado para no hacer excesivo ruido. Entró y apuntó con su linterna hacia el mostrador, después al pasillo de la sala, pero no había nada fuera de lo normal. Escuchó en la primera planta un tintineo que le aceleró el corazón y lo hizo enfocar el haz de luz hacia las escaleras. Aguzó el oído y volvió a escucharse un sonido suave, como lejano, una especie de cascabel.

Un paso tras otro, fue avanzando hasta las escaleras y, en el primer peldaño, se detuvo. El suave tintineo se oía todavía, y decidió seguir adelante; subió uno a uno los escalones en un intento de pisar con cuidado para no llamar la atención. Antes de llegar arriba, apagó la linterna y se asomó despacio. El tintineo seguía, pero ahora provenía de la parte de abajo.

Se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos. Avanzó en dirección al final del pasillo. Se detuvo un momento para prestar atención. Se podía oír a la perfección, y salía una luz mortecina por debajo de la puerta de la sala acolchada. Parecía que no había duda: había alguien allí.

Se cansó de ir siempre dos pasos por detrás y decidió coger el toro por los cuernos. Corrió hasta la puerta de la sala con la intención de sorprender a quien hubiese dentro, pero, al abrir la puerta, no encontró a nadie ni a nada. El tintineo se apagó. Anton enfocó hacia la puerta que daba a la sala secreta y se acercó para abrirla, pero no fue capaz, estaba cerrada. Volvió lo más rápido que pudo, fue hasta la entrada que había en el pasillo de la sala. La

pequeña puerta también estaba cerrada. «Si hay alguien aquí dentro, está encerrado», pensó. Tras buscar en el mostrador de la señora Ferraro las llaves, abrió procurando hacer el menor ruido posible.

Entró con cuidado, con la linterna apagada, y cerró la puerta tras de sí. El miedo lo embargaba, pero la curiosidad podía más. No reparó en el peligro que corría, no sabía quién podía haber allí ni si le causarían algún daño. Sus ojos se acostumbraron pronto a la oscuridad, la luz amarillenta que había visto antes se reflejaba en movimiento por la pared, como si fuera la emitida por una vela. Avanzó despacio en dirección a la lúgubre luz, pero sabía que se estaba acercando y que tarde o temprano la alcanzaría. Llegó hasta el comienzo de un pasillo cuando notó que se detenía. Se apoyó sobre el lateral de una estantería. Prácticamente la tenía a un par de metros, así que respiró hondo, reunió todo el valor que tenía y se giró con rapidez hacia el pasillo.

No había nadie. La vela era un viejo candil de aceite que se apoyaba en una de las baldas de la estantería. Aquel pasillo era demasiado largo como para que nadie hubiera podido correr tanto y no ser visto. Anton encendió su linterna y la dirigió en todas las direcciones. Desde aquel punto en el que se encontraba, divisaba las dos entradas.

—¡Vamos! ¡Ya está bien de juegos! —gritó con convicción—. Seas quien seas, sabes que no tienes escapatoria, así que será mejor que salgas.

No obtuvo ninguna respuesta, solo silencio. Esperó unos minutos hasta que volvió a oír el mismo sonido de antes, pero esta vez ya no estaba allí dentro, se escuchaba de nuevo en la sala acolchada. No podía ser, nadie podía haber pasado sin que él lo hubiera visto. Corrió hasta la puerta que daba a la sala, pero no pudo abrirla. Entonces, el tintineo cesó. Volvió sobre sus pasos hasta el pasillo donde estaba el candil. Era peligroso entrar allí con un utensilio de fuego, y decidió apagarlo y llevárselo. Seguía alumbrando con una intensidad muy baja, como si se estuviera quedando sin aceite. Anton lo cogió del asa y vio brillar algo justo al lado: era la pulsera que Luly dejó en aquel misterioso libro.

XV

Era domingo, y Mike se encontró con que no había hecho ningún plan para ese día, por eso decidió hacerle una visita al señor Petri, y, con suerte, descifrar alguna de las muchas incógnitas que tenía respecto a aquel anciano.

Al llegar al hospital saludó a las enfermeras, que le devolvieron el saludo entre sonrisas y agradecimientos por pasar a ver al enfermo olvidado. Mike subió, entró despacio y sin hacer ruido, como intentando pillarlo con un ojo abierto o haciendo cualquier otra cosa extraña. Acercó una de las sillas y

se sentó junto a la cama, observando con atención a aquel hombre ya moribundo. En el fondo, no creía que volviese a despertar y sabía que era cuestión de tiempo que dejase de respirar y se llevara a la tumba todos los secretos y todas las respuestas a las preguntas de Mike.

Lo miraba fijamente a los arrugados párpados, deseaba entrar en su mente para arrancarle las respuestas él mismo, y, entonces, el señor Petri abrió los ojos de repente, haciendo que Mike echase la espalda hacia atrás. Se quedaron mirándose, callados, sin moverse, sin pestañear, durante unos segundos. Hasta que Mike habló:

—Buenos días, señor Petri —dijo Mike con tono pausado—. Me llamo...

—Sé quién eres, muchacho —el anciano no lo dejó terminar la frase—. Hace mucho tiempo que estás en mis sueños...

—¿Cómo dice? —Estaba confundido y sorprendido—. ¿Me conoce?, ¿de qué? Aún no nos han presentado en la universidad. Cuando fui a la biblioteca, usted ya no estaba.

—De mucho antes, Michael, de cuando solo eras un crío.

—¿Sí? —Mike vagaba por los huecos de su memoria de la infancia—. Discúlpeme, señor Petri, pero no consigo recordarle.

—Eras tan solo un niño. —El anciano lo miraba con atención, como si estuviera viendo la imagen de aquel chiquillo—. Lo siento mucho, de verdad que lo siento con todo mi corazón.

—¿Se encuentra bien? —Mike pensó que estaba teniendo alucinaciones y no decía nada coherente—. Llamaré a las enfermeras.

—No hace falta, ya no me queda mucho. —El señor Petri comenzó a respirar con dificultad, y su voz comenzó a apagarse pausadamente—. Necesito pedirte perdón.

—¿A mí? ¿Pedirme perdón?

—Sí, y a tu familia, por todo el sufrimiento causado.

—Vale, llamaré a la enfermera. —Mike se incorporó de la silla, pero aquel anciano, con una fuerza sorprendente e inesperada, lo sujetó de la muñeca hasta que se encontraron sus ojos.

—Yo era quien conducía aquel coche...

—¿Que usted qué? —Mike no sabía cómo reaccionar—. ¿De qué me está hablando?

—Del atropello.

—Pero... —Mike era una mezcla de sentimientos, no sabía si creer lo

que escuchaba de aquel anciano, o enfadarse, salir corriendo, llorar o echarse a reír.

—Lo siento mucho, créeme. He intentado ayudar en la sombra y por eso compré vuestra casa; ahora por fin vuelve a vuestras manos. Tenía que contarle antes de marcharme de este mundo.

—Pero... ¿Por qué?, ¿por qué lo hizo?

—Un despiste. —El anciano comenzó a cerrar sus ojos—. Y después me entró miedo y hui... Lo siento, lo siento, lo siento...

—Ya no importa... —Mike se dio cuenta de que al señor Petri se le iba el último suspiro de vida, e hizo lo que le dictó el corazón—. Le perdono..., puede descansar en paz, señor Petri.

Las enfermeras entraron corriendo en la habitación y apartaron a Mike de la cama. Vio cómo intentaban reanimarlo, pero ya nada pudieron hacer, su hora había llegado. El viejo bibliotecario murió con una sonrisa en los labios.

* * *

—Hola, yaya, ¿cómo te encuentras? —preguntó Luly mientras se acercaba despacio a la camilla donde descansaba su bisabuela, pero esta vez no obtuvo ni una sonrisa ni una respuesta.

—Está sedada, hija mía —contestó su madre en voz baja—. Esta noche pasada su salud empeoró.

—No digas eso, mamá. —Los ojos de Luly comenzaron a volverse vidriosos, pese a que intentaba contener las lágrimas.

—Voy a bajar a la cafetería a por un capuchino, ¿quieres que te traiga algo?

—No, mamá, gracias.

La señora Wallace salió de la habitación dejando a Luly con la vista fija en su bisabuela. Tomó la mano de la yaya y la acarició con dulzura y tristeza. Y la yaya abrió los ojos y la miró.

—¡Yaya! —La sonrisa regresó al rostro de la joven por unos instantes.

—Mi querida Luly... —La voz de la yaya sonaba demasiado débil—. Te estaba esperando, pequeña mía...

—¿Qué quieres, yaya? ¿Qué necesitas?

—Tengo que contarte una cosa que nadie sabe. ¿Recuerdas la historia que te conté de cómo conocí a Emile?

—Claro que sí, en la isla.

—Debajo del banco donde nos conocimos, creo que hay algo para ti.

—¿Para mí?

—Un viejo amigo lo había dejado allí, pero yo no podré recogerlo, así que tendrás que ser tú.

—¿Qué es, yaya?

—Lo verás cuando lo encuentres, y ahora déjame contarte mi mayor secreto. Prométeme que quedará entre tú y yo.

—Así será, yaya.

—Después de conocer a tu yayo y prometernos, volví aquí en unas vacaciones.

—Ah, ¿sí? —Otra cosa que Luly desconocía—. ¿Y viste a tu don Juan?

—Sí, lo vi. —Una medio sonrisa apareció en los ajados labios de la yaya—. Esquivé a George por unas horas y fui hasta la isla para verlo.

—¿Y qué pasó?

—Pasó algo que nunca debió haber pasado, hija.

—¿Emile y tú...? —La cara de sorpresa de Luly era mayúscula.

—Sí, mi niña, y aunque se lo conté a tu yayo y me perdonó porque estaba locamente enamorado, cuando regresamos a Nueva York y me enteré de que estaba embarazada, no estaba segura de quién era el padre.

—¿Cómo?

—George no la quiso porque no estaba seguro de si era suya y me obligó a darla en adopción. —Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas—. No sabes cómo he lamentado ese día toda mi vida...

—¿Y a dónde la llevasteis? ¿No sabes qué fue de ella?

—La dejamos en el orfanato —le respondió casi sin fuerzas ya—. Solo le dejé un par de recuerdos míos... un brazalete y un pequeño camafeo... Y ya no supe más de ella hasta que, veinte años después, apareció en San Servolo. Su vida había sido muy dura y se había vuelto loca buscando a sus padres, y, al menos, creo que encontró a uno.

—Estoy alucinando, yaya. —Luly tuvo una revelación y el corazón comenzó a latirle a mil por hora—. ¿Cómo se llamaba, yaya? ¿Cómo le pusiste a esa niña?

—Chloé.

El monitor de las constantes vitales comenzó a emitir un pitido agudo, y, al momento, entraron el doctor y dos enfermeras que apartaron a Luly. Ella no dejaba de mirar a su yaya, que había cerrado los ojos y parecía sonreír. Luly comprendió que era el adiós, y, en su corazón, solo le deseaba un feliz

descanso.

XVI

Aquel día todo salió mal. Luly no dormía bien desde el entierro de su bisabuela hacía ya unas semanas, y aquella noche se levantó durante la madrugada con mal pie, de esos que acaban con el dedo pequeño chocando con la esquina del armario. El alarido que dio la dolorida chica despertó a sus padres, que, sobresaltados, comenzaron a preguntar a gritos qué le había pasado.

—¡Joder! —gritó entre muecas de dolor—. No pasa nada, mamá, volved a dormir.

—¡Te he dicho que no digas palabrotas! —Su madre no elevaba la voz jamás, pero cuando lo hacía, motivada por algún taco o similar, temblaban los cimientos de la casa y la de todo el vecindario.

—Vale, mamá —respondió en voz baja, entre refunfuños, en su camino hacia el baño. Por alguna razón no conseguía conciliar el sueño, y a tan solo una hora de que sonase el despertador para ir a clase, sus ojos parecían los de una lechuza. Volvió a la cama para dormir de nuevo, pero ya no fue posible.

La cosa no mejoró en las siguientes horas. El despertador había sonado y Luly se había levantado. Al vestirse se quedó con el botón del vaquero en la mano, y, poco después de buscar otro pantalón, se le enganchó el suéter en el pomo de la puerta y le hizo un jirón.

—¡Jo...! —Se tapó la boca con la mano para ahogar la palabra.

—¿Has dicho algo, hija?

—¡No, mamá, habrá sido el viento!

Al final optó por cambiar sus planes de vestuario para aquel día y ponerse el vestido que llevó la primera vez que Mike y ella se habían visto en el café.

La sonrisa de su querida Alessandra al abrir la puerta la hizo pensar que el día podía cambiar e ir a mejor. Era una de las cosas que su amiga conseguía con facilidad: hacerla sonreír y ser más optimista con todo. Al menos así fue durante el trayecto en barco.

* * *

Esperaban a que sonara el timbre. Estaba todo el grupo al completo hablando de cosas intrascendentes, pero Luly no prestaba mucha atención a lo que decían sus amigos. Ella tenía la atención puesta en el pasillo, justo enfrente de clase.

En un principio, su rostro dibujó una sonrisa algo bobalicona al ver a Mike allí, de pie, con sus gesticulaciones al hablar de cualquier tema, conversando con la señorita Vecci. Cuando aquella conversación comenzó a derivar en algunas risas —más por parte de la profesora—, a Luly comenzó a cambiarle el semblante.

* * *

Mike se dio cuenta demasiado tarde de que había caído en la trampa de la señorita Vecci. Siempre evitaba tener conversaciones de más de quince segundos con ella, pero aquella mañana le sacó un tema que le apasionaba y, sin enterarse, se encontró hablando de forma animada con ella. El tema: la película que habían emitido en televisión la noche anterior, y que, casualmente, ambos habían visto.

—Sigo pensando que es una obra maestra del cine, aunque a ti no te guste —le decía Mike tras un rato discutiendo los pormenores de la película.

—No digo que no sea buena —continuó la señorita Vecci entre risas—, pero creo que está sobrevalorada.

—¿Sobrevalorada? —Mike sonrió de mala gana—. En fin, supongo que es como todo, cuestión de gustos.

—Cierto, no nos puede gustar a todos lo mismo, ¿verdad? —dijo ella en un tono que a Mike le pareció que iba con doble sentido.

—Cuestión de gustos, supongo.

Fue en ese instante. La profesora pareció trastabillarse con uno de los tacones y se fue contra Mike, que la agarró con fuerza para que no cayese de la misma forma que lo hicieron los libros y las carpetas que llevaba. Ella se aferró con ganas al cuello de su salvador, y por unos segundos quedaron mirándose frente a frente.

—¿Estás bien? —preguntó Mike interesándose por ella y minimizando el dolor que sentía por un pinchazo en la espalda.

—Sí, lo estoy, gracias a ti...

—Me alegro. —Mike se zafó de ella tras un no pequeño esfuerzo y, amablemente, se agachó para recoger sus cosas. Al levantarse y entregárselas, la señorita Vecci se despidió y desapareció por el fondo del pasillo. Mike se giró y vio a Luly junto a las escaleras, con una cara mezcla de enfado y tristeza que no había visto nunca en ella.

Luly apartó la mirada de él y continuó la conversación con sus amigos. Mike cayó en la cuenta, seguro que había malinterpretado lo que acababa de ocurrir con la señorita Vecci. Esperaría a terminar la clase para hablar con ella.

Las molestias en su espalda fueron a más conforme pasaban los minutos, le costó bastante acabar la clase y, para colmo, cuando intentó hablar con Luly, esta le contestó con un somero «no hay nada de qué hablar» y lo dejó allí plantado con la palabra en la boca y retorciéndose de dolor. Antes de finalizar la jornada, dio con sus huesos en el hospital.

* * *

Luly volvió a despertarse bañada en sudor otra noche más, y ya comenzaba a perder la cuenta. Tenía extraños sueños, muchos de ellos aterradores. En todos había un elemento en común: el camafeo.

Se levantó y fue hasta el baño, necesitaba echarse agua fresca en la cara. Se quedó mirando su reflejo, sus ojos parecían ya cansados como si fuese una viejecita. Se acordó de nuevo de su yaya, de aquel camafeo que le comentó. Su madre le dijo que solo eran alucinaciones de sus últimos momentos, pero Luly aún dudaba, y eso que buscó en el banco y sus alrededores, pero sin encontrar nada; allí solo había piedras y polvo.

Volvió a la cama e intentó dormir un poco y, tras un largo rato dándole vueltas a todo, al fin cayó rendida.

* * *

Anton se acercó a la muchacha pelirroja que no dejaba de dar vueltas a uno de los bancos de piedra sin quitar la vista del suelo.

—Hola, Luly —saludó tras acercarse a ella y ponerse a buscar por el suelo lo que fuese que estaba buscando la chica—. ¿Qué buscamos?

—Ah, hola, Anton. —Luly rio al darse cuenta de que ni se había

enterado de que Anton estaba a su lado—. Creo que busco algo, pero no sé exactamente qué.

—¿Se te han caído las lentillas? ¿Monedas? Porque aquí solo veo tierra y gravilla...

—Bah, es una tontería. Mi yaya me dijo antes de morir que bajo este banco había un objeto para mí, pero, por más que busco, solo veo lo que tú dices: polvo y piedras.

—¿Sabes algo de Mike? —preguntó Anton.

—Que está en el hospital.

—¿Es que no piensas ir a verlo? —Anton suspiró resignado—. Parecéis dos críos, de verdad.

—Puede ser, pero ahora no me apetece nada verlo, que vaya la señorita Vecci.

—No pienso meterme, pero creo que deberíais hablar.

—Puede que sí, pero ahora no es el momento. —Luly resopló fuerte—. ¡Aquí no hay nada!

—Vaya, a lo mejor ya no está aquí, quizá alguien se lo llevó. —Anton miró hacia la entrada, el director reclamaba su atención—. Tengo que dejarte, Luly.

—Hasta luego, Anton.

—Nos vemos, pelirroja. —Anton se alejó de ella, pero al poco le gritó —: Busca más abajo; antes de echarle gravilla, el suelo era adoquinado.

Luly se quedó pensativa y, acto seguido, hundió su zapatilla en la gravilla hasta que notó la resistencia de algo duro. Comenzó a retirar puñados de grava de debajo del banco hasta que dejó al descubierto el viejo suelo de adoquines. Llamó su atención uno de ellos, de un color más oscuro que el resto. Luly sonrió.

Los demás alumnos la miraban extrañados preguntándose qué diablos hacía allí, tirada en el suelo, cavando una especie de agujero debajo del banco, pero nadie se detuvo a preguntar o a ofrecer su ayuda. Nada de eso le importó a Luly, ella siguió con su tarea. Sacó del bolso una lima para uñas y comenzó a sacar la tierra que había entre las juntas de los adoquines que rodeaban al único que a ella le interesaba.

Tras un buen rato y mucha paciencia, el adoquín comenzó a moverse, y Luly consiguió extraerlo de su sitio. Allí estaba lo que buscaba, su particular tesoro, aquel secreto que había permanecido oculto durante años: una cajita metálica, ya oxidada y con los dibujos desgastados; aunque podían leerse

algunas letras que daban a entender que, una vez, allí dentro había habido caramelos. La sacó con mucho cuidado, con miedo de que se le fuera a deshacer en las manos antes de revelar lo que escondía en su interior, aunque creía saber qué contenía. La abrió despacio y corroboró lo que ya esperaba: allí estaba el camafeo que había visto en aquel libro, con el que soñaba casi todas las noches y que, con total seguridad, perteneció a su tía primero y a su tía abuela después.

* * *

Anton entró en la habitación del hospital tras dar un par de golpecitos en el marco de la puerta. Mike sonrió al verlo, acostado en la cama.

—¿Qué tal estás, profesor?

—He estado mejor, pero también te digo que otras veces he estado mucho peor, así que me lo tomo con filosofía.

—¿Qué dicen los matasanos?, ¿para cuándo la libertad?

—Creen que en una semana más o menos —respondió con tono de resignación—. Se me está haciendo eterno estar aquí, Anton.

—Ánimo, los días pasan más rápido de lo que crees, y el mundo no se va a ir, te esperará seguro.

—No es el mundo lo que me preocupa que no me espere... —le respondió con cierta tristeza.

—Tampoco ella se marchará a ninguna parte, así que tranquilo. —Anton sabía muy bien por dónde iban los tiros.

—¿La has visto estos días? ¿Has hablado con ella? —preguntó directamente.

—Pues la vi esta misma mañana.

—¿Te dijo algo? ¿Te preguntó por mí?

—No... Lo siento, no hubo suerte. —Anton sonreía con ternura al ver el sufrimiento del joven—. Creo que por ahora es mejor que te lo tomes con calma. Cuando regreses todo volverá a la normalidad, ya lo verás.

—No quiere ni hablarme, Anton. Ni coge mis llamadas ni contesta a mis correos, me ha bloqueado en el móvil. Nada, no quiere saber nada de mí.

—Tranquilo, Mike, tarde o temprano hablaréis y lo aclararéis todo.

—Eso espero, Anton. Eso espero. —Mike suspiró un instante—. ¿Y qué tal está ella? ¿Cómo lleva lo de perder a su bisabuela?

—Creo que está bien. Esta mañana la noté un poco cansada, y ahora me

pregunto qué sería lo que buscaba en aquel banco.

—¿Buscar? ¿Qué banco? —La curiosidad se despertó en Mike.

—Uno de los bancos de piedra de la plazoleta. Dijo que buscaba algo que su bisabuela había dejado allí para ella. No pude preguntarle nada más porque tuve que marcharme.

—Oh, vaya, pensé que sería algo relacionado con el libro. —Mike miró con atención a Anton—. Por cierto, ¿se sabe algo del libro?

—No tengo ni idea. Desde que no estáis vosotros, yo no me meto en ese tema. —Anton se encogió de hombros—. Y, teniendo en cuenta que ya no está el señor Petri, veo difícil que se resuelva el misterio.

—Me hago cargo de ello, y menos aún teniendo allí a la señora Ferraro. Ahora será imposible entrar, a no ser, claro, que tú entres...

—Sabía que me dirías eso, pero prefiero esperar a que salgas de aquí, vengas a cenar a casa y, después, si te apetece, entramos a buscar el libro, ¿de acuerdo?

—Vale, Anton, me parece bien esa idea.

Anton estuvo casi una hora con Mike. Hablaron de tantas cosas que el tiempo pasó volando para ambos, sobre todo para el paciente.

—¿Tienes que irte ya, Anton?

—Sí, he de marcharme ya; pero no te preocupes, el domingo volveré a visitarte. Si quieres, claro.

—Claro que quiero. —Mike sonrió agradecido—. ¿Me harías un favor, Anton?

—Por supuesto que sí. Dime.

—¿Harás por ver a Luly y entregarle esto? —Mike alargó el brazo y sacó de debajo de su almohada un pequeño sobre que le entregó a Anton.

—Déjalo en mis manos. Yo me encargo.

* * *

Era viernes por fin. Anton detuvo a Luly antes de que subiera al barco.

—¿Tienes un segundo, pelirroja?

—Para ti, siempre. Además tengo que decirte algo importante.

—¿A mí? —preguntó sorprendido—. ¿El qué?

—Necesito venir mañana a la isla.

—¿Venir a la isla? —La curiosidad de Anton iba en aumento—. ¿Qué ocurre, Luly?

—Desde hace semanas tengo unos sueños muy extraños casi todas las noches, y creo que tratan de mostrarme que tengo que venir aquí.

—¿Cómo que aquí? Ya vienes todos los días, ¿no?

—No es eso, Anton, estoy segura de que está relacionado con el libro, con mi tía, con el señor Petri y con lo que encontré bajo el banco.

—¿Encontraste algo al final? —El rostro de Anton reflejaba incredulidad—. ¿Era cierto que había algo escondido?

—Pues sí, Anton, debajo de uno de los adoquines, tal como tú dijiste. —Luly sonreía—. Había escondido un antiguo camafeo que perteneció a mi bisabuela, y que creo que el señor Petri lo guardó allí.

—Espera, espera, ¿por qué el señor Petri iba a esconder algo de tu bisabuela? ¿Acaso se conocían?

—Ya te contaré la historia... Entonces, ¿nos vemos mañana?

—Ya sabes que yo estaré aquí, como siempre.

—Venga, ¡pues nos vemos! —Luly se despidió con la mano y salió disparada hacia el barco.

—¡Eh, espera!, ¡espera! —gritó Anton cuando se dio cuenta de que no le había dado el sobre. Luly se detuvo y se giró hacia él—. Esto es para ti, que casi se me olvida dártelo.

—¿El qué? —preguntó Luly mientras se acercaba a Anton para coger lo que le entregaba—. ¿Y esto?

—Tendrás que abrirlo para saberlo, yo solo soy el cartero. —Anton le hizo un guiño y esperó a que Luly se marchase.

* * *

No fue hasta estar metida en la cama cuando cogió el sobre. Lo tenía sobre su regazo mientras decidía si abrirlo o no. A pesar de no poner nada en él, sabía perfectamente de quién era. La Luly mosqueada le decía que lo hiciera trizas sin pensarlo, pero la Luly enamorada la estaba convenciendo poco a poco para abrirlo. No pudo resistirse por más tiempo y abrió el sobre. Dentro había un pequeño papel doblado, una carta dirigida a ella y firmada por Mike:

Mi querida pelirroja:

Me duele que tenga que ser de este modo, pero es la única forma que he encontrado para poder decirte esto.

Ya sé que piensas que he hecho algo malo, pero no es así.

No puedo dejar de echar de menos esos preciosos ojos verdes en los que me gusta perderme mientras me miras, y acariciar tu cabello rojo mientras permanecemos acurrucados en silencio.

Me pasaría los días enteros contando las pecas que bañan tu precioso rostro. Me pasaría la vida entera así, si quieres.

Solo pido que me contestes, nada más.

Mike

Luly abrazó aquel pedazo de papel contra su pecho, cerró los ojos y sonrió. Dejó la carta sobre la mesita de noche, justo al lado de donde tenía también la caja con el camafeo de su tía, y al poco se quedó dormida.

* * *

—¿Para eso me pides que venga? —Sack abrió los brazos mostrando sus palmas, en señal de incredulidad—. ¿En serio acabo de oír lo que acabo de oír?

—Vamos, Sack, necesito tu ayuda —siguió insistiendo Mike, sabedor de que si alguien podía ayudarlo, era su buen amigo Sack—. Te lo pido como un gran favor.

—Si eso está muy bien, Mike, y me mola la idea, pero no entiendo por qué quieres hacerlo. Y con total sinceridad, no creo que estés en condiciones físicas de moverte.

—Tengo que salir, Sack, de verdad, sé que tengo que salir e ir allí.

—¿A dónde, Mike? ¿A dónde tienes que ir?

—No puedo decírtelo, pero confía en mí, por favor. —Mike juntó las palmas de sus manos en señal de rezo.

—Vale, vale, lo haré —cedió Sack, suspirando resignado—. Me vas a meter en un lío, pero te juro que esta sí que me la cobro.

—Nadie se va a enterar, a primera hora estaré de regreso. Prometido.

—¿Y tus padres no se van a dar cuenta?

—Los he convencido de que ya no hace falta que se queden todas las noches aquí. Ya estoy mejor, así que los he mandado a casa a descansar. —Mike sonreía ante tan astuto plan; había pensado en cada detalle.

—De acuerdo, tú ganas.

Esperaron a que cayera la noche y la enfermera pasara por la habitación

para anunciar que solo los acompañantes podían quedarse. Sack le contestó sonriente que él estaba a punto de marcharse para que el enfermo durmiese a pierna suelta. El plan se ponía en marcha.

—¡Vamos, deprisa, no hay tiempo que perder! —Mike se levantó de la cama con algún esfuerzo y comenzó a quitarse la bata de paciente.

—Estamos locos, ¿lo sabías?

Sack empezó a hacer lo propio con su ropa hasta quedarse en ropa interior, cogió la bata y se la puso él.

—Supongo que un poco..., pero es por una buena causa. —A Mike se le escapó una pequeña carcajada mientras se iba poniendo los pantalones y la camiseta de su amigo.

—De verdad que no sé por qué te hago caso. —Sack se acostó en la cama y se tapó con la sábana hasta la nariz—. Péinate un poco antes de salir y pellízcate las mejillas a ver si coges algo de color, que todavía pareces un muerto...

—Estás en todo, Sack... ¿Ves? Por eso me encanta contar contigo, no se te escapa una.

—Lárgate ya de una vez —lo apremió su amigo—. Y no te detengas ni hables con nadie hasta que estés fuera. Las llaves de la moto están en el bolsillo del pantalón, y, por Dios, ten cuidado.

—No te preocupes, lo tendré. Gracias, amigo mío.

El profesor de Literatura salió de la habitación con cuidado, mirando con atención a un lado y a otro del pasillo. Había cierto bullicio de gente, todas aquellas personas que habían ido a visitar a algún enfermo y que ya se marchaban. Aprovechó para acercarse al grupo más numeroso, unas cuatro o cinco personas, y, con discreción, consiguió salir del hospital. Primer objetivo cumplido.

Se subió en la moto con algunas molestias, pero, una vez que se puso el casco, salió en dirección al embarcadero. No sabía cuál era la razón, pero en su interior algo le decía que debía ir a la isla aquella misma noche, y todo a pesar de que su corazón lo instaba a tomar la dirección de la casa de Luly.

XVII

Anton permanecía sentado en uno de los bancos del embarcadero, esperando. Luly le había dicho que llegaría sobre las once de la noche, que antes le era imposible. Era una noche extraña, había demasiada quietud en el ambiente, y el silencio llenaba cada rincón de la isla. El viejo guardián se sentía algo intranquilo, y aún faltaba una hora para que tuviera compañía.

El sonido del motor de la embarcación rompió aquella atmósfera. Anton miró su reloj para corroborar la hora. Faltaban unos minutos para las diez,

pero estaba seguro de que aquel transporte se dirigía a su isla, lo había escuchado ya tantas veces que hubiera apostado cualquier cosa a ello.

Se incorporó para ver quién venía en el barco, tal vez Luly se había adelantado. Una cosa era segura, en fin de semana el transporte no iba a la isla si no se subía nadie a él. Saludó al conductor como siempre y esperó a ver quién bajaba por la pasarela. Sonrió al ver a Mike.

—Buenas noches, ¿cómo usted por aquí?

—Buenas noches, Anton. —Bajó despacio, evidenciando que aún tenía serias molestias, pero con una gran sonrisa en la cara—. Supongo que te echaba de menos...

—No deberías haberte escapado, mira cómo estás. —Se ofreció a darle apoyo con su hombro, pero Mike lo rehusó.

—Tenía que venir a la isla —le contestó—. No me preguntes la razón, pero algo en mi interior me empujaba a venir.

—¿Tú también? —Recordó que hacía poco había escuchado esa misma respuesta—. ¿También tienes tú sueños extraños?

—¿Cómo sabes lo de los sueños? —La cara de Mike era de sorpresa.

—La pelirroja me dijo algo parecido. —Miró su reloj—. De hecho, en cincuenta y cuatro minutos estará también aquí.

—¿Luly viene ahora?

—Así es, parece que después de todo sí es posible que esté ocurriendo algo extraño por aquí.

—Necesito entrar en la biblioteca, Anton. —Sacó las hojas del libro—. Creo que el libro quiere decirnos algo.

—¿Ese dichoso libro? Por cierto, ¿has averiguado ya por qué se llevó el señor Petri aquellas hojas?

—No lo tengo muy claro aún, pero sé que está relacionado con esa paciente, la que aparece en la ficha del libro. Yo diría que era su hija de verdad y no una simple paciente más.

—¿Y por qué no se lo preguntaste a él directamente?

—Iba a hacerlo, pero me sorprendió con una confesión que no esperaba.

—¿Una confesión? —El interés de Anton llegó a su punto máximo—. ¿Qué escondía el viejo bibliotecario?

—Él conducía el coche que me atropelló cuando era niño.

—Estás de broma, ¿no? —Anton lo miraba fijamente, sin dar crédito a las palabras que acababa de escuchar.

—No bromeo, amigo, creo que la culpa lo acompañó desde ese día, y

hasta el momento de su muerte no fue capaz de decirlo.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

—También fue él quien compró la casa cuando mis padres la pusieron a la venta para poder curarme. —Mike suspiró—. Por eso mis padres saltaban de alegría aquel día en que alguien pagó por la casa más dinero de lo que valía. Y yo hace nada que la he comprado casi regalada. Ahora comprendo que era el señor Petri intentando redimirse.

—Y además, tiene relación con el libro... —Anton se tocaba la barbilla pensativo—. Vaya con el viejo señor Petri, era toda una caja de sorpresas, ¿eh?

—Eso parece. Y la clave está en el libro, estoy seguro.

—Más bien creo que la solución viene en ese barco. —Anton señaló al transporte que se acercaba al embarcadero de la isla—. Creo que ella conoce la respuesta a tus preguntas.

—¿Luly?

—Eso sí, una cosa os advierto, como me montéis un numerito aquí, os tiro a los dos por el embarcadero, ¿entendido?

—Alto y claro, señor. —Mike sonrió mientras asentía ligeramente con la cabeza.

El transporte volvió a arribar al embarcadero, y Anton saludó de nuevo al conductor, pero, en esta ocasión, acompañado por Mike. Luly apareció sobre la pasarela de desembarque. Se detuvo un momento al ver que Anton no estaba solo, y, aunque una sonrisa parecía querer escapársele, mantuvo el rostro serio hasta que bajó a tierra firme.

Mike y Luly se quedaron mirándose sin decir nada, como esperando que fuese el otro quien diese el primer paso. Al final no hicieron falta palabras, el instinto hizo todo el trabajo y el corazón ganó la batalla fundiéndolos en un tierno abrazo.

—Mucho mejor así —dijo Anton sonriente, sin que por ello la pareja se separase hasta pasado un buen tiempo—. Y bien, aquí estáis los dos, y supongo que habréis venido a algo más que a daros un abrazo, ¿no?

—Eso. —Luly miró a Mike a los ojos—. ¿Qué haces tú aquí?, ¿no se supone que estabas en el hospital?

—Y en teoría lo estoy. He dejado a Sack sustituyéndome. Solo espero que no lo pillen.

—Muy original, pero aún no me has contestado por qué estás aquí. ¿Anton te lo dijo?

—¡Eh, pelirroja! ¡Un respeto! —Anton intervino simulando gran indignación—. Que yo sé guardar secretos muy bien, ¿eh?

—Anton no me dijo nada, me he enterado cuando he llegado a la isla —respondió Mike—. Puede que suene raro, pero sentía la necesidad de venir a este lugar.

—¿A ver el libro? —preguntó Luly emocionada.

—Aún no lo sé, pero creo que sí.

—Según el profesor —añadió Anton—, el libro quiere decir algo.

—Demasiado fantástico, ¿no te parece? —Luly entrecerró los ojos para mirar a Mike—. Eso solo pasa en las películas.

—Solo hay una forma de averiguarlo —contestó Mike—. Y por cierto, la pregunta es qué haces tú aquí.

—Creo que he resuelto el misterio. —Luly sonreía de oreja a oreja—. Sé quién es la del libro.

—¿Y quién es? —preguntaron a la vez Anton y Mike, mirándose a continuación.

—La tal Chloé era hija de mi tía, es decir, una tía abuela mía —les respondió ella en un tono un tanto misterioso.

—¿Y cómo acabó aquí? ¿Y por qué quedó a cargo del señor Petri? —Mike seguía teniendo muchas dudas.

—La respuesta es sencilla: porque era una hija ilegítima de mi tía y el señor Petri.

—¡Guau...! —Mike no daba crédito a lo que escuchaba. En apenas unas semanas, habían averiguado tantas cosas que ni ellos mismos lo habrían imaginado—. Por eso lo ocultaron, claro.

—Vaya, vaya, con el señor Petri. —Anton sonrió, jamás pensó que aquel viejo bibliotecario, tan callado y poco sociable, escondiese una vida tan llena de secretos—. Pero sigo sin comprender todo lo que ha pasado con el libro. Un libro no desaparece así como así.

—Por supuesto que no —comenzó a divagar Mike—. Podríamos haber sospechado que el señor Petri se lo hubiese llevado para hacer desaparecer toda pista, sin embargo, solo se llevó un par de hojas y, además, en sus últimos días estuvo más preocupado de expiar sus culpas en otras cosas, creo.

—Y hay más... —habló Luly—. ¿Qué pasó con Chloé? Desapareció un buen día y ya no se supo más de ella.

—¿No te contó nada más tu tía? —preguntó Mike intrigado.

—Creo que antes de perder el juicio —comenzó a explicar Luly— dio

con el señor Petri, pero, cuando llegó a la isla, el viejo bibliotecario decidió que lo mejor era internarla y no revelar nunca quién era.

—Eso encaja, la verdad. —A Mike le parecían muy coherentes las deducciones de la pelirroja—. Y entonces, desapareció y ya nun...

Un grito estremecedor enmudeció a Mike e hizo que Luly se agarrara con fuerza a él. Anton se giró y encendió su linterna en dirección al lugar del que había venido el grito.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustada Luly.

—Puede que no estemos solos, chicos —contestó Anton—. No os preocupéis, hace unas noches también ocurrió algo raro; también escuché ruidos, aunque no fueron gritos como este.

—¿Y qué pasó? —preguntó Mike temiendo la respuesta.

—Entré al edificio y seguí los ruidos, pero no vi a nadie. —Anton echó a andar en dirección al viejo edificio—. Vamos, chicos, somos tres, y esta vez no podrán escapar, podemos vigilar las dos salidas.

—¿Vamos?, ¿a dónde? —Luly estaba algo asustada, pero la curiosidad de saber qué pasaba era más fuerte que su miedo—. ¿Qué dos salidas?

—Las de la biblioteca secreta. —Anton se giró para responderle—. Los ruidos me llevaron hasta allí, hasta el mismo lugar en el que estuvo el libro.

—Venga, vamos. —Mike agarró con decisión la mano de Luly y echaron a andar tras Anton—. Acabemos de una vez por todas con esto.

El guarda sacó de su bolsillo el manajo de llaves mientras avanzaba hacia el edificio principal. Estaba decidido a resolver aquel misterio y a pillar a quienquiera que se hubiera atrevido a entrar sin su permiso y a reírse de él en su propia isla.

—Estoy segura de que es ella —dijo Luly en voz baja.

—¿Que es quién? —respondió Mike con otra pregunta—. ¿Quién hace los ruidos?

—Es ella, Mike, estoy convencida de que es Chloé, la hija del señor Petri. —Luly respiraba agitada a pesar de que caminaban despacio—. Ella murió aquí, sola y en el anonimato, y quiere lo único que tenía de su madre.

—¿Lo que encontraste en el banco? —preguntó Mike sin perder de vista a Anton.

—Creo que sí, que es eso lo que quiere. —Luly metió la mano en su bolso y sacó algo envuelto en un pañuelo—. Esto es lo que busca, es lo que me está pidiendo en los sueños.

—Chicos... —Anton se detuvo y se giró para mirarlos cegándolos un

instante con el haz de luz de la linterna—. Los fantasmas no existen, ahí dentro hay algún gracioso que está jugando con nosotros desde que descubristeis ese libro.

—Muy seguro estás de eso... ¿no? —Luly lo miraba y lo retaba con los ojos—. ¿Y si no encontramos a nadie de carne y hueso?

—Yo tampoco creo en fantasmas —añadió Mike mientras observaba el curioso camafeo—, pero hay que reconocer que están pasando cosas muy extrañas desde que ese libro apareció en nuestras vidas.

—Venga, sigamos o se nos escapará. —Anton reinició la marcha—. A partir de ahora, en silencio, tenemos que sorprenderlos.

Al llegar a las puertas del edificio, Anton abrió y les dio la llave de la sala acolchada. Con un gesto de sus ojos y sus manos, les indicó que, al pasar cinco minutos, entrarán a la sala secreta por el acceso oculto en la sala acolchada. Él iría por la entrada de la biblioteca. Si había alguien allí dentro, no tendría escapatoria.

Mike y Luly miraban expectantes la hora en sus móviles. El tiempo parecía transcurrir más despacio en aquellos momentos, y, justo cuando se hacían los cinco minutos, Mike introdujo la llave, la giró y entró en la sala acolchada, y, de inmediato, se fueron hacia la puerta y entraron a la sala tras abrirla. Escucharon ruido en la otra parte. Anton acaba de entrar, cerrando la puerta tras él. Al poco, creyeron oír un tintineo.

—¿Estáis dentro? —gritó con fuerza.

—¡Aquí estamos, Anton! —le devolvió el grito Luly.

—No os mováis, voy para allá.

Los chicos siguieron con la vista el haz de luz de la linterna de Anton, que no tardó en llegar a donde se encontraban ellos.

—Uno de los dos se tiene que quedar aquí vigilando esta puerta. Yo he cerrado la otra con llave. Iremos cada uno por las puntas de cada pasillo, uno por uno, ¿entendido?

Anton enfocaba con el haz de luz hacia el final, hasta que vio a Mike. Al final del recorrido no habían encontrado a nadie en ninguno de los pasillos. El tintineo se apagó. Anton comprobó que la puerta permanecía aún cerrada. Se miraron.

—¡Luly! —gritó Mike—. ¿Todo bien por ahí?

—Aquí todo sigue igual —respondió ella—. ¿Habéis visto algo?

—¡Nada! —Mike se encogió de hombros—. Aquí no hay nadie, Anton.

—Pues sí, eso parece. Lo hubiésemos visto sí o sí.

El tintineo volvió a sonar. No sabían decir a qué altura de la sala, pero estaba claro que era allí dentro.

—¡Luly!, ¿lo oyes? —preguntó Anton.

—¿El qué?, ¿la campanita? —respondió ella a gritos—. Perfectamente.

—Maldita sea... —murmulló Anton—. Esto no puede ser, es imposible. ¡Mike! Volvamos a hacer el mismo camino de vuelta, pero esta vez pondremos más atención, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Anton. ¡Vamos!

Comenzaron a desandar sus pasos deteniéndose e iluminándolo todo, desde el suelo hasta el techo. No vieron nada extraño, pero el tintineo se oía cada vez más claro a medida que avanzaban. Aquel sonido desapareció cuando enfilaron uno de los pasillos. Pusieron toda su atención, escudriñaron con la vista hasta el más mínimo espacio, pero solo siguieron viéndose el uno al otro. Continuaron al siguiente, y, entonces, el tintineo regresó. Se miraron de nuevo y, sin necesidad de ningún gesto, volvieron rápido al de antes. Dejó de escucharse otra vez, y Anton volvió a iluminarlo todo, estantería por estantería, balda por balda.

—¡Anton, espera! —gritó Mike a la vez que hacía un gesto con la mano para que se detuviera—. Vuelve a alumbrar el estante de antes.

—¿Has visto algo?

—Me ha parecido ver que algo brillaba. Vuelve a iluminar atrás.

Anton hizo caso e iluminó desde abajo la estantería, las baldas, y en esta ocasión aguzó la vista para fijarse bien en todo. Algo brilló un instante.

—¡Ahí! —gritaron a la vez, echando a correr hasta el lugar de donde procedía aquel destello.

Se detuvieron en el mismo punto y, asombrados, miraron al causante de todo aquello. Allí estaba, como la primera vez que lo vieron, quieto, bien colocado en su sitio, y el destello era provocado por la pequeña pulsera que sobresalía entre sus páginas.

—¡Chicos! —vociferó Luly—. ¿Qué pasa?, ¿qué habéis visto? Contadme algo, *porfa*...

—Ven y lo ves tú misma, venga —alentó Mike.

A los pocos segundos ya se había reunido con ellos. Se quedó observando atónita aquel extraño libro con su pulsera haciendo de marcapáginas. Mike y Anton la miraron invitándola con los ojos a que lo cogiera. Ella no lo dudó y lo sacó de su hueco una vez más. Algo había cambiado. Luly advirtió que la pulsera no estaba en el lugar donde ella la

había dejado, estaba más cerca del final del libro.

—Alguien lo ha cogido —comentó en voz baja—. Yo dejé mi pulsera por el principio.

—Venga, ábrelo —pidió Mike, preso de la curiosidad y los nervios.

—Eso —añadió Anton—. Salgamos de dudas de una vez por todas.

Luly abrió con cuidado el libro. Las dos hojas estaban repletas de fragmentos escritos a mano, anotados sobre toda la superficie de las páginas; unos en un sentido, otros en el otro, relleno hasta el último espacio en el que se pudiera escribir.

—No entiendo lo que pone —dijo Luly acercándole el libro a Mike—. Esto es cosa tuya.

—Parecen anotaciones —observó Mike—. Todas tienen fechas diferentes.

—Busca algo que sea fuera de lo normal —pidió Luly al profesor.

—Dadme unos minutos.

Mike fue leyendo los fragmentos uno por uno. La mayoría hacían referencia a pertenencias que los pacientes habían perdido o recuperado, sobre regalos de familiares, peleas y discusiones por un dulce, algún que otro accidente y asuntos de ese estilo. Pero Mike encontró lo que buscaba.

—Aquí. —Señaló con el dedo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa ahí? —preguntó Luly con ansiedad.

—Dice... —Mike comenzó a leer—: «En la mañana del presente día, uno de los celadores encontró unas zapatillas, un trozo de vestido y un brazalete con un cascabel. Se encontraban en la orilla, junto al pequeño muelle de atrás. Todo indica que pertenecen a la paciente número 110915. San Servolo, a tres de febrero de mil novecientos setenta y uno».

—¿Habla de Chloé? —preguntó Luly emocionada.

—Eso parece —respondió Mike—. Por lo que intuyo, no hicieron mucho caso a su desaparición.

—¿Qué quieres decir con eso? —Luly pareció indignarse por momentos—. ¿No la buscaron?

—Debió de ahogarse —Anton rompió su silencio— y lo callarían para no tener problemas, por eso lo anotaron lejos de la ficha de paciente.

—¿Y el señor Petri no hizo nada? —Luly parecía ya cabreada—. ¿No buscó a su propia hija? ¿Por qué lo haría?

—Quizás nunca se lo dijeron. —Mike la miraba con ojos tristes—. Seguro que la buscó hasta darse por vencido y fue entonces cuando enterró el

único recuerdo que tenía de ella e intentó hacer desaparecer cualquier rastro de aquel libro. Seguro que fue eso lo que pasó.

—Eso es muy injusto. —Luly estaba tan afectada por aquella historia que una lágrima resbaló por su mejilla.

El tintineo regresó a sus oídos. Los tres se giraron hacia la puerta secreta. Luly dejó el libro en el estante, y salieron a toda prisa hacia la puerta. El sonido se escuchaba tras la pared, como si estuviera en la sala acolchada.

Cuando entraron en la habitación, el tintineo parecía estar fuera. El sonido de aquella campanita pareció guiarlos hasta el exterior. Fuera del edificio, los tres se encontraron mirando el pequeño embarcadero, ya en desuso y olvidado. Avanzaron hasta llegar a él. Algo brillaba en la orilla: un objeto metálico que estaba semienterrado. Mike se agachó y lo sacó.

—¡Dios mío! —Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras sujetaba en su mano un brazalete de plata con forma de serpiente enroscada y un pequeño cascabel—. Esto no puede estar pasando...

—Creo que esto ya es cosa vuestra —Anton se dirigió a los dos.

—¿El qué es cosa nuestra? —preguntó Luly al ver que Anton retrocedía poco a poco.

—Os ha traído hasta aquí —le contestó mirándolos fijamente a los dos—. Devolvedle lo que busca.

Anton se giró y se marchó en dirección al embarcadero. Mike y Luly lo observaron desaparecer tras los árboles y después se miraron el uno al otro.

—Creo que lleva razón —habló Mike—, solo quiere el único recuerdo que tenía de su madre.

—Lo sé. —Luly asintió y sacó de su bolso el pañuelo donde llevaba envuelto el camafeo. Lo sacó despacio y se quedó mirándolo un instante.

—Venga, hagámoslo —la animó Mike mientras sujetaba con sus dedos el brazalete y hacía el gesto de prepararse para lanzarlo en dirección al agua.

—Sí, hagámoslo. —Luly lo imitó.

No hubo cuenta atrás ni palabra alguna, pero la sincronización fue perfecta. El camafeo y el brazalete volaron por el aire hasta chocar contra el agua, hundiéndose al instante y dejando un extraño brillo en la superficie.

—Adiós, Chloé —susurró Luly mientras cogía de la mano a Mike.

—Y gracias, Chloé —añadió Mike.

—¿Gracias? —preguntó extrañada—, ¿por qué las gracias?

—Porque, en cierto modo, ha sido ella la que nos ha unido desde el principio —argulló girándose hacia ella y cogiendo también su otra mano—.

Es como si hubiera manejado el destino para que acabara aquí.

—¿Acabar cómo? —Luly lo miraba nerviosa, en su pecho parecían correr caballos al galope.

—No me contestaste a la carta que te envié con Anton —le dijo acercándose un poco más a ella—. Te hice una petición.

—¿Petición? —contestó casi en un susurro—. No recuerdo ninguna petición, ¿me la recuerdas?

—Una sola. —Mike pegó su cuerpo al de Luly, sus labios estaban tan solo a unos centímetros, y los ojos fijos en los de ella—. Déjame contar las pecas de tu cara...

—Eso te llevará mucho tiempo.

—Toda la eternidad. —Mike la besó con todo su alma, y el beso sellaría aquel pacto de por vida.

FIN